Aldous Huxley

LOS ESCÁNDALOS DE CROME



En la imagen que figura en la portada de este libro aparece Aldous Huxley con otros dos jóvenes en Garsington Manor, la mansión de Lady Ottoline Morrell, autora de la fotografía. Era el año 1917, en plena Guerra Mundial, y allí pasaban gran parte de su tiempo los miembros del grupo Bloomsbury, entre ellos Bertrand Russell y los Bell.

En Los escándalos de Crome, el autor de Un mundo feliz, recrea el veraneo del joven Denis Stone en la mansión de Crome, clara recreación

de aquella casa, y el ambiente frívolo, diletante, que allí se vivía. Una novela divertida, a veces hilarante, pero que incluye uno de los más hermosos cuentos jamás escritos, la vida de Sir Ferdinando Lapith, un antepasado del anfitrión que, nacido enano, decidió adaptar su mundo a su pequeño tamaño, y vivió una vida feliz hasta que…

Los escándalos de Crome, a pesar de ser la primera novela de Aldous Huxley, es ya la obra de una pluma genial.



Aldous Huxley

Los escándalos de Crome

ePub r1.0
Titivillus 27.06.15

Título original: *Crome Yellow*
Aldous Huxley, 1921
Traducción: José Farrán y Mayoral

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

He aquí, lector, una obra maestra, no sólo entre las de su famoso autor, sino entre las obras maestras de la literatura contemporánea. ¿Novela? No, a lo menos en el sentido corriente. Más bien desfile de tipos admirablemente trazados, serie amenísima y variada de episodios e historietas. Y todo ello en un estilo como no se había producido en Inglaterra desde los tiempos de Oscar Wilde: claro, rápido, preciso, de la más alta calidad literaria. Estilo, como el de

Wilde, sin duda influido en sus cualidades formales por lo mejor de la literatura francesa. Pero como el de Wilde también animado, aunque de matices distintos, por un espíritu profundamente inglés, con su gusto por la paradoja, por el humorismo caricaturesco, excéntrico; y también por su tendencia empírica, por su aguda precisión casi científica; sabido es, por otra parte, que Aldous Huxley ostenta noble alcurnia científica y que él mismo es hombre de carrera. Pero aquella amenidad que campea, por ejemplo, en la obra gloriosa de su ilustre pariente el famoso naturalista Tomás Enrique Huxley, las altas cualidades de que éste

dio muestras en sus obras tan rigurosamente sabias, son carácter predominante en nuestro novelista y le han apartado de las tareas científicas, para hacer de él un poeta notable y uno de los mejores novelistas de nuestros tiempos. Y no hay que decir cómo su ciencia le ha servido para aguzar su talento de profundo y minucioso psicólogo, de observador admirable del pobre animal humano.

Hasta el punto de que acaso su extraordinaria sensibilidad pudiera explicarnos por ley de reacción su tendencia bastante cruel a la sátira y a la burla. Así, su marcado escepticismo con respecto a los hombres, a sus

instituciones y a sus ideas, lleva un sello de tristeza que descubre en su fondo un tesoro de amor a los hombres y una luz no extinguida de esperanza. Su lirismo brota a cada paso, en tal momento de su narración, en una anotación de paisaje, en una escena de amor, en la descripción de un tipo femenino; en algún momento parece a punto de abandonarse al sentimiento y a la ternura; pero en seguida reacciona, y un episodio cómico, una reflexión llena de humorismo, un satírico detalle, muestran su reacción y su defensa contra una efusión cordial que adivinamos llena de piedad y simpatía. Otra cosa modera la tendencia a la sátira y al sarcasmo de

nuestro autor, y es su admirable buen gusto. Malicioso y atrevido, gusta más, en los momentos peligrosos, de insinuar que de mostrar; y es un placer para el lector avisado ir adivinándole en lo que insinúa tan ingeniosamente.

Aldous Huxley pertenece, sin que con ello pierda nada su fuerte personalidad, a una clase de humoristas que ha dado por toda Europa obras admirables. No disponemos de espacio para analizar aquí las causas psicológicas, históricas y políticas de este fenómeno. Humoristas por exceso de sensibilidad, escépticos por desolación de no poder creer; temerosos, hasta un punto morboso, de

caer en ridículo si se dejan atrapar por el sentimiento o si toman la vida demasiado en serio, prefieren en sus obras lo grotesco a lo trágico, lo caricaturesco a lo normal. No es menester citar nombres: basta pensar en unas cuantas obras maestras del Teatro y de la Novela de estos últimos tiempos. Todo esto no afecta el valor estético de estas obras, entre las que hay algunas sin duda inmortales. Pero su arte, en muchos aspectos se nos muestra como de transición, hacia concepciones más sanas, más francas y valientes.

* * *

Estos personajes aburridos, egoístas, maniáticos, profundamente desgraciados en medio de sus extravagancias, son también tipos de transición, son los residuos de una época social en liquidación. Y no por decadencia, por ser excesivamente civilizados, según cierto modo de civilización, el cual ellos no pueden representar en sus innegables excelencias, sino por ser nada más que residuos, escorias, desechos, de un modo de civilización. Y ello, sobre todo, por ser víctimas de una educación descuidada, deficiente y perniciosa. Han visto muchas cosas y no han profundizado ninguna; han leído enormemente y han vivido muy poco;

poseen una ilustración enciclopédica y no hay en sus mentes un ideal que dé unidad a lo que saben y un sentido a sus vidas. Ahí tenéis a Henry Wimbush, tan amargado bajo su aparente impasibilidad «de sombrero hongo», refugiando en el pasado su temor de vivir, admirando las excentricidades de sus abuelos; pero incapaz de cometer ninguna por su cuenta; preconizando una vida hecha de lectura, por incapacidad de comprender la vida que le rodea. Ahí tenéis a Mr. Scogan, tipo del paradojista que raramente falta en las comedias y en las novelas inglesas; siniestro y canalla por incapacidad de elevación, por impotencia de entregarse a la religión o

a la poesía. Mr. Scogan logró ser un buen entendedor en pintura, y después de introducir en su memoria todos los nombres de los pintores y de las obras maestras de la pintura europea, confiesa su incapacidad para experimentar ante un cuadro la emoción estética. Tipo decadente, muy fin de siglo XIX, añora, aunque sin grande entusiasmo, la época de los Césares romanos. Pero él se contentará con seducir diabólicamente a una candorosa aldeanita. Y luego el pobre Dionisio Stone, con su enorme complejo de inferioridad y sus pretensiones de poeta, absolutamente inútil para la vida y para la obra, porque ha devorado ¡oh dolor!, sin gusto ni

alegría, «toneladas de libros». Verdadero protagonista del libro, sus fracasos forman la deshilachada trama de esta singular novela. El pobre Dionisio, con sus indecisiones, las actitudes con que intenta disimular sus debilidades e impotencias, es el personaje más característico entre todos los que se reúnen en Crome.

Y luego, entre los personajes masculinos, los grotescos. Es el ridículo Barbecue-Smith, que gana dinero y fama con libros que escribe su ser subconsciente, en estado hipnótico. Y el pobre Pastor, Mr. Bodiham, tan pobre, a pesar de su máscara de hierro, devorado por sus rabias puritanas y, sin duda, por

el sentido de su mediocridad y de su ambición fracasada.

Y las mujeres. Priscilla Wimbush, tipo de mujer decorativa de la alta sociedad, cuyo único ideal parece ser imitar con sus vestidos y sombreros las indumentarias solemnes y pasadas de moda del Palacio Real. Ana, fría, escéptica, aburrida, disimulando su frialdad y defendiéndola con sonrisas burlonas e hipócritas sofismas. Jenny la solitaria, encerrada en la torre de marfil de su sordera, recreándose en su placer egoísta de poner en caricatura a sus semejantes en un cuaderno que no ha de ver nadie más que ella.

Y aun los tipos que parecerían más

sanos y más risueños tienen algo de fracasados, de estropeados por deficiencia o ausencia de educación. Así Mary, la bonita rubia de ojos de azul porcelana y cabellera como una campana de oro, echada a perder por su snobismo, por su trato con artistas extravagantes, por sus lecturas teosóficas y freudianas. Pedante, calculadora, cientista, cree poder escoger con toda frialdad el hombre que la libertará de sus «represiones», y la infeliz, realizada su experiencia, se halla enormemente desgraciada porque se ha enamorado perdidamente, como una modistilla cualquiera. El robusto Gombauld, poco desbastado también por

la educación, víctima de los impulsos de su excesivo temperamento, candidato al fracaso por sus desorientadas experiencias artísticas. Y el ligerísimo Ivor, lleno de frívolas habilidades, como un artista de *music-hall*. Pinta, canta, improvisa al piano, escribe poesías, ama superficialmente a todas las muchachas que se le presentan, y se prepara unos cuarenta años llenos del amargo sentimiento del vacío que deja una vida inútil y sin objeto.

Estropeados, solitarios, evadidos, por impotencia de vivir, histriones caricaturescos de los verdaderos artistas, de los verdaderos poetas, de los verdaderos enamorados, de los hombres

verdaderos en fin. Flaubert titulaba una satírica y dolorosa novela suya, «La Educación Sentimental». Este libro de Huxley podía titularse «La Educación Antisentimental». Pues que en el fondo, satiriza, aunque no lo diga ni acaso lo piense el autor, los resultados de una educación que ha pretendido oponerse a la romántica a fuerza de positivismo, de ciencia particular y de conocimientos enciclopédicos. Y no podríamos decir cuál ha sido más perniciosa.

* * *

Pero no vaya a creerse que este libro

sea una de esas obras amargas, siniestras, pesimistas, que tanto se estilan ahora. Al contrario, gracias al humorismo, al lirismo y al recóndito amor del novelista por la humanidad, es un libro ameno, divertidísimo y tan lleno de interés, que no se puede abandonar una vez empezado. Anécdotas graciosas o picantes, deliciosas anotaciones de ambiente y de paisaje, rápidos diálogos chispeantes de aguda intención, finas observaciones en la conducta, en los gestos de los personajes. Y páginas enteras, capítulos enteros que podríamos llamar de bravura, donde el autor echa el resto en lo de hacer alarde de todas sus facultades extraordinarias. Así en la

formidable parodia de sermón protestante del capítulo IX, en los discursos paradójicos de Mr. Scogan, en escenas como la del jardín a oscuras y la de la noche pasada por los dos amantes en las torres del, castillo, en el maravilloso capítulo de la feria, etc. como si no fuera bastante, añade el autor las anécdotas deliciosas de la historia de Crome, magníficas estampas de época. Entre ellas, obra maestra que bastaría para inmortalizar este libro, la trágica historia de la pareja enana. Junto a ella, los claros colores risueños del episodio entre Jorge y las dos románticas hermanitas Emelina y Georgiana.

Crome Yellow es para mí una obra maestra, lo repito, de la literatura de nuestros tiempos. Tiene sus raíces en plena época y dilata sus hojas y flores en las alturas de lo Eterno Humano. Por eso algún día, para caracterizar ciertos tipos, se dirá, sin duda alguna, «parecen personajes de Crome».

* * *

Para el traductor que tiene conciencia de las bellas cualidades de la obra que se ha complacido en traducir, la tarea no es fácil; harto sabe él que tratándose de una obra como ésta, debe poner los cinco

sentidos en su trabajo; que no le bastará traducir el concepto, sino que deberá esforzarse por traducir, hasta donde le sea posible, el estilo; y ello sin caer en una literalidad absurda y procurando no desnaturalizar en ningún momento el carácter del idioma traductor.

Otro problema: el título. *Crome Yellow*, como se llama en inglés esta novela, es un juego de palabras. Un lector distraído traduciría maquinalmente Amarillo de Cromo. Pero no es eso. La substancia química evocada por esta palabra se ortografía en inglés Chrome. Crome, pues, no significa Cromo, sino que es el nombre de un dominio, de un castillo señorial.

Traducir, como se ha hecho en francés, *Amarillo de Crome*, aunque mantiene el equívoco de las palabras, no tiene ninguna significación. Porque amarillo en el título de esta novela no significa tampoco amarillo, sino que, en tono familiar, es equivalente a sensacional, escandaloso. A la prensa sensacional se la llama en Inglaterra *Yellow*, amarilla. No estamos del todo satisfechos con nuestro título *Los Escándalos de Crome*; la palabra escándalo tiene demasiado volumen para lo que quiere significar el autor. Pero, irónicamente, teniendo sobre todo en cuenta las acerbas censuras con que el Pastor Bodiham abomina de los personajes y las

anécdotas de Crome, nuestro título puede pasar.

Espero y deseo que los lectores españoles sepan rendir a esta preciosa obra los honores que le han rendido los más inteligentes públicos del mundo entero.

J. FARRÁN Y MAYORAL

CAPÍTULO PRIMERO

Por aquel ramal de línea férrea no había pasado nunca ningún tren expreso. Todos los trenes —los pocos que por allí había — paraban en todas las estaciones. Dionisio se sabía de memoria los nombres de estas estaciones: Bole, Tritton, Spawin, Delawarr, Knipswich para Timpany, West-Bowlby, y, finalmente, Camlet-on-the-Water. Él bajaba siempre en Camlet, dejando que el tren fuera trepando indolentemente Dios sabe hasta dónde, en el verde

corazón de Inglaterra.

En aquel momento, el tren, con un resoplido, salía de West-Bowlby. ¡Gracias a Dios, sólo faltaba una estación! Dionisio tomó sus bártulos de la red y los fue amontonando meticulosamente en el rincón opuesto al suyo. Tarea inútil. Pero algo había que hacer. Cuando acabó, se hundió de espaldas en su asiento y cerró los ojos. Hacía un calor extremado.

¡Qué viaje! Dos horas mutiladas, en seco, de su vida; dos horas en que podía haber hecho tantas, tantas cosas —escribir el poema perfecto, por ejemplo, o leer algún libro único, revelador—. Y en lugar de esto, la garganta se le

revolvía con el olor de los cojines polvorientos en que se recostaba.

Dos horas. Ciento veinte minutos. Todo hubiera podido realizarse en aquel espacio de tiempo. Todo. Nada. La verdad era que había dispuesto de centenares de horas, y ¿qué había hecho con ellas? Las había malgastado, había esparcido los preciosos minutos como si sus reservas hubieran sido inagotables. Dionisio gimió en el fondo de su alma, condenándose sin remisión, con todas sus obras. ¿Qué derecho tenía él a sentarse al sol, a ocupar asientos de rincón en compartimientos de tercera, a seguir viviendo? Ninguno, ninguno, ninguno.

El dolor y una congoja nostálgica indefinible se apoderaron de él. ¡Tenía veintitrés años, y una consciencia tan angustiosa de ello!

El tren se detuvo dando un topetazo. Por fin se hallaba en Camlet. Dionisio se levantó, hundióse el sombrero hasta los ojos, desbarató el rimero de su equipaje, se inclinó a la ventanilla y dio voces pidiendo un mozo de estación; tomó una maleta en cada mano, pero tuvo que dejarlas otra vez para poder abrir la portezuela. Cuando, por fin, sano y salvo y cargado con sus enseres, se halló en el andén, echó a correr a lo largo del tren hacia el furgón de equipa j es.

«¡Una bicicleta, una bicicleta!», gritó jadeante al guarda. Se sentía hombre de acción. El guarda no le hizo caso y continuó distribuyendo metódicamente, uno por uno, los bultos rotulados para Camlet. «¡Una bicicleta!», repitió Dionisio. «Una máquina verde, con el chasis cruzado, a nombre de Stone. S-T-O-N-E».

«Cada cosa a su tiempo, señor», dijo el guarda en tono calmante. Era un hombre voluminoso, imponente, con una barba naval. Se lo imaginaba uno en su casa, bebiendo té, rodeado de familia numerosa. En aquel tono debía de hablar a sus chiquillos cuando se ponían pesados. «Cada cosa a su tiempo,

señor». En el interior de Dionisio se derrumbó el hombre de acción, se vació como un globo pinchado.

Dejó su equipaje para recogerlo más tarde y echó adelante con su bicicleta. Siempre se llevaba la bicicleta cuando iba al campo. Esto formaba parte de las teorías sobre el ejercicio. Tal día había que levantarse a las seis de la mañana y pedalear hacia Kenilworth o Stratford-on-Avon, o lugares por el estilo. En un radio de veinte millas se encontraban siempre iglesias normandas, castillos de estilo Tudor, para visitarlos en una tarde de excursión. Por un motivo o por otro se quedaba siempre sin verlos, pero no importaba. Era muy bonito saber que la

bicicleta estaba allí y que una hermosa mañana realmente se levantaría uno a las seis.

Una vez en la cumbre de la larga cuesta que se eleva desde la estación de Camlet, se sintió de más buen humor. Le pareció que el mundo estaba bien. Los lejanos collados azules, las cosechas que blanqueaban en las laderas de la cima donde se hallaba el camino que seguía, los horizontes sin árboles que se iban cambiando a medida que avanzaba, decididamente todo aquello estaba muy bien. Se sentía sobrecogido por la belleza de aquellas combas profundamente embutidas en los costados de la colina debajo de él.

Curvas, curvas: repetía la palabra lentamente, intentando al repetirla hallar algún término en que pudiera expresar mejor su impresión. Curvas… No, no era esa la palabra. Hizo un gesto con la mano como para esculpir en el aire la expresión perfecta, y por poco se cae de la bicicleta. ¿Cuál sería la palabra para describir las curvas de aquellos vallecitos? Eran tan finas como las líneas de un cuerpo humano; estaban animadas por la sutileza del aire…

Galbe. Esta palabra era buena; pero era francesa. *Le Galbe évasé de ses hanches*: ¿se había leído jamás una novela francesa en que no se hallara esta frase? Algún día compilaría él un

diccionario para uso de novelistas. *Galbe, gonflé, goulu; parfum, peau, pervers, potelé, pudeur, vertu, volupté*.

Pero él tenía que dar con la palabra. Curvas, curvas… Aquellos vallecitos ofrecían las líneas de una copa modelada en el seno de una mujer; parecían las abolladas huellas de algún enorme cuerpo divino que hubiera reposado en aquellas colinas. Pero ¡qué locuciones tan enfadosas! Con todo, por medio de ellas, le parecía acercarse a la que necesitaba. Abollado, abultado, hoyoso —su espíritu andaba errabundo por corredores donde resonaban los ecos de la asonancia y de la aliteración cada vez más lejos del punto requerido.

Estaba prendado de la belleza de las palabras.

Volvió a darse cuenta del mundo exterior y se halló en lo alto de una pendiente. El camino se hundía, rápido y casi a cordel, en un ancho valle. Allá, en la vertiente opuesta, un poco más arriba del valle, estaba Crome, adonde se dirigía. Apretó los frenos; aquella vista de Crome era deliciosa contemplada desde allá arriba. La fachada con sus tres torres salidizas se elevaba atrevidamente por encima de los sombríos árboles del jardín. La casa se bañaba en plena luz solar; sus viejos ladrillos brillaban con destellos rosáceos. ¡Qué sazonado y rico era todo

aquello! ¡Qué soberbiamente mórbido! Y al mismo tiempo ¡qué austero! El declive se hacía cada vez más rígido; su bicicleta se precipitaba a pesar de los frenos. No pudo dominar las palancas y de pronto se lanzó cabeza. Dos minutos más tarde entraba por el portal del patio de honor. La puerta de la fachada estaba hospitalariamente abierta. Dejó la bicicleta apoyada contra la pared y entró. Quería darles una sorpresa.

CAPÍTULO II

No sorprendió a nadie; no halló a nadie a quien sorprender. Todo estaba tranquilo; Dionisio vagó de habitación vacía en habitación vacía, contemplando con placer los retratos y los muebles familiares, y todos los pequeños detalles de desorden que la vida había esparcido acá y allá. Casi se alegraba de que todo el mundo estuviera ausente; era divertido vagabundear por la casa como si se estuviera explorando una Pompeya muerta y abandonada. ¿Qué suerte de vida reconstruiría un arqueólogo con aquellos restos? ¿Cómo poblaría

aquellas habitaciones vacías? Allí estaba la larga galería, con sus hileras de respetables y (aunque, desde luego, esto no se podía confesar públicamente) harto cargantes primitivos italianos, sus esculturas chinas, su mobiliario discreto y sin época. Allí estaba el artesonado salón, con sus enormes sillones enfundados de cretona, oasis de comodidad entre las antigüedades austeras, mortificadoras de la carne. Allí estaba la salita con sus paredes limón pálido, sus sillas venecianas pintadas, sus mesas rococó, sus espejos, sus pinturas modernas. Más allá la biblioteca, fresca, espaciosa y oscura, tapizada de libros desde el suelo hasta

el techo, rica de infolios imponentes. Luego el comedor, sólidamente inglés, color de vino de Porto, con su gran mesa de caoba, sus sillas y su aparador del siglo dieciocho, sus cuadros del siglo dieciocho, retratos de familia, meticulosas pinturas de animales. ¿Qué se podía reconstruir con aquellos datos? Mucho había de Henry Wimbush en la larga galería y en la biblioteca, algo quizá de Ana en la salita. Y esto era todo. Entre todo aquello, acumulado por diez generaciones, los vivientes habían dejado muy pocas huellas.

Sobre la mesa de la salita vio su libro de poemas. ¡Qué fineza! Lo tomó y lo abrió. Era lo que los críticos llaman

«un librito». Leyó al azar:

«... pero el silencio y la oscuridad sin fondo
se ciernen sobre las luces de Luna Park;
y el estanque de Black, en la nocturna lobreguez,
abre una tumba brillante y tumultuosa».

Volvió a dejarlo, meneó la cabeza y suspiró. «¡Qué genio poseía yo entonces!», pensó, parodiando al viejo Swift. Hacía casi seis meses que el libro había sido publicado; se complacía en pensar que jamás volvería a escribir

nada como aquello. Se preguntaba quién podía haber estado leyéndolo. Ana quizá; sentíase halagado al pensarlo. Acaso, también, se habría ella reconocido por fin en la Hamadríada del tierno álamo; la flexible Hamadríada cuyos movimientos imitaban el cimbreo de un arbusto movido por el viento. La Mujer que fue Árbol, fue el título que había puesto al poema. Le había ofrecido el libro apenas publicado, esperando que el poema le revelara lo que él no se había atrevido a decirle. Pero ella no se había dado nunca por aludida.

Cerró los ojos y se la representó cubierta de una capa de rojo terciopelo,

cimbreándose en el pequeño restaurante de Londres donde a veces almorzaban juntos; ella se retardaba tres cuartos de hora y él, sentado a la mesa, consumiéndose de ansiedad, de irritación, de apetito. ¡Oh, qué condenada!

Se le ocurrió pensar si quizá la dueña de la casa estaría en su tocador. Bien pudiera ser; iría a mirarlo. El tocador de Mrs. Wimbush se hallaba en la torre central de la fachada que daba al jardín. Una escalerita de caracol conducía desde el vestíbulo al tocador. Dionisio subió por ella, llamó a la puerta.

—Adelante.

¡Ah! Ella estaba allí; casi hubiera preferido que no estuviera. Abrió la puerta.

Priscilla Wimbush estaba echada en el sofá. Tenía un portasecante sobre las rodillas y meditativamente chupaba la punta de un lápiz de plata.

—¡Hola! —dijo, alzando los ojos—. Ya había olvidado que iba usted a venir.

—Pues bien, lo siento mucho, pero aquí estoy —dijo Dionisio en tono suplicante—. Le pido a usted mil perdones.

Mrs. Wimbush se echó a reír. Su voz, su risa, eran profundas y masculinas. Todo en ella era hombruno. Tenía un rostro ancho, cuadrado, de

media edad, con una gruesa nariz saliente y unos ojos pequeños y verdosos, todo ello coronado por un peinado muy alto y lleno de complicación y que ofrecía un tono anaranjado inverosímil. Mirándola, Dionisio pensaba siempre en Wilkie Bard de cupletista.

«Y por eso yo me voy
a cantar a la ópera, a cantar a la ópera,
a cantar a la op-pop-pop-pop-pópera».

El vestido que llevaba aquel día era de seda púrpura con cuello alto y un

collar de perlas. Aquella indumentaria tan rica, de viuda regia, tan evocadora de la Real Familia, le comunicaba más que nunca una especie de elegancia de salón oficial.

—¿Y qué ha hecho usted durante todo este tiempo? —le preguntó ella.

—Pues el caso es —dijo Dionisio, y vaciló, recreándose en el efecto que preparaba. Traía una anécdota de Londres enormemente divertida, con la parte que él había tomado en ella, todo bien dispuesto y preparado para contarlo. Iba a ser un placer para él darle una expresión adecuada—. Pues bien, para empezar —dijo…

Pero ya era demasiado tarde. La

pregunta de Mrs. Wimbush había sido lo que los gramáticos llaman una figura retórica; no requería respuesta. Se trataba de un floreo de palabras, de un gambito en el juego de cortesía.

—Aquí me tiene usted, ocupada en mis horóscopos —dijo ella sin darse cuenta siquiera de que le había interrumpido.

Algo apenado, Dionisio resolvió guardarse su anécdota para oídos más complacientes. Se contentó, a manera de venganza, con expresar un «¡ah!», bastante glacial.

—¿Le he contado a usted cómo gané cuatrocientas libras en las grandes Carreras Nacionales?

—Sí —replicó él, frígido todavía y monosilábico. Ya se lo había contado por lo menos seis veces.

—Maravilloso, ¿verdad? Todo depende de las estrellas. En Otros Tiempos, cuando aún no disponía yo de las estrellas para ayudarme, acostumbraba a perder millares de libras esterlinas. Ahora —hizo una corta pausa— ya lo ve usted, cuatrocientas libras en las grandes Carreras Nacionales. Son las Estrellas.

Dionisio hubiera querido saber algo más de Otros Tiempos. Pero él era demasiado discreto, y es más, demasiado tímido para preguntárselo. Allí había ocurrido algo parecido a una

ruina. La vieja Priscilla —no tan vieja, desde luego, como ahora y más vivaracha— había perdido mucho dinero, tirado a manos llenas, a espuertas, en todas las carreras de caballos del país. También se había dado a los juegos de azar. El número de los millares de libras cambiaba según las diferentes versiones, pero en todas resultaba ser muy alto. Henry Wimbush se había visto obligado a vender algunos de sus Primitivos —un Taddeo da Poggibonsi, un Amico di Tadeo, y cuatro o cinco anónimos Sienenses— a los norteamericanos. Fue una crisis. Por primera vez en su vida, Henry hubo de hacer valer su autoridad y, según parece,

con buenos resultados.

La alegre y despreocupada existencia de Priscilla había venido a un precipitado final. Ahora pasaba casi todo el tiempo en Crome, cultivando una especie de enfermedad mal definida. Para consolarse se distraía con el Nuevo Pensamiento y el Ocultismo. Su pasión por las carreras no la abandonaba todavía, y Henry, que era en el fondo hombre de buen corazón, le daba cuarenta libras cada mes para sus apuestas. La mayor parte de su tiempo lo dedicaba Priscilla a sacar los horóscopos de los caballos, y así invertía su dinero científicamente, según lo que decretaban las estrellas. También

apostaba en el fútbol, y tenía un cuaderno grande donde registraba los horóscopos de todos los jugadores de todos los equipos de la Liga. La tarea de equilibrar los horóscopos de dos grupos contrarios de once, era realmente delicada y dificultosa. Un partido entre los Spurs y los Villa acarreaba en los cielos un conflicto tan vasto y tan complicado que no había que sorprenderse si ella a veces cometía algún error en cuanto al resultado.

—¡Qué lástima que usted no crea en estas cosas, Dionisio! ¡Qué lástima! —decía Mrs. Wimbush con su voz clara y profunda.

—No puedo decir que lo siento.

—¡Claro, y eso es porque usted no sabe lo que es tener fe! No tiene usted idea de lo divertida y animada que se hace la vida cuando se cree. Todo lo que nos sucede tiene entonces algún significado; nada de lo que hacemos deja de tener un sentido. No puede usted figurarse qué vida tan alegre nos procura la fe. Aquí me tiene usted en Crome. Y usted pensará que me aburro soberanamente; pues no, señor, no me aburro. No echo de menos para nada los Otros Tiempos. Tengo las Estrellas… —Diciendo esto, tomó la hoja de papel que estaba sobre el secante—. El horóscopo de Inman —exclamó—. He pensado que me gustaría jugar algo en el

campeonato de billar de este otoño. Pero tengo que buscar el acuerdo del Infinito —gesticuló con la mano en el aire—. Y después, ahí tengo el Más Allá y todos los espíritus, y nuestro Fluido, y Mrs. Eddy y el repetirse que no está uno enfermo, y los Misterios Cristianos y Mrs. Besan. Todo esto es espléndido. No se aburre tina ni un momento. No me explico cómo podía vivir antes, en Otros Tiempos. ¿Mis placeres de entonces? Correr de una parte a otra y eso era todo; nada más que correr de una parte a otra. Almuerzo, té, comida, teatro, cena, cada día. Era divertido, desde luego, mientras duraba. Pero después no dejaba rastro. Acerca de todo esto hay algo muy

interesante en el nuevo libro de Barbecue-Smith. ¿Dónde está?

Se incorporó y alargó la mano para tomar un libro que estaba en la mesita situada a la cabecera del sofá.

—Y a propósito. ¿Le conoce usted? —preguntó.

—¿A quién?

—A Mr. Barbecue Smith.

Dionisio le conocía vagamente. Barbecue-Smith era una firma en los periódicos del domingo. Escribía sobre la Conducta en la Vida. Acaso fuera el autor de Lo que Debe Saber una Joven.

—No, no lo conozco personalmente —dijo él.

—Lo he invitado para este fin de

semana. —Diciendo esto iba hojeando el libro—. Aquí está el pasaje en que yo pensaba. Le puse una señal. Siempre señalo las cosas que me gustan.

Y manteniendo el libro casi a la distancia del brazo tendido, porque era algo présbita, y haciendo gestos adecuados con la mano que le quedaba libre, empezó a leer, lentamente, dramáticamente.

«¿Qué representan los abrigos de pieles de mil libras? ¿Qué representan las rentas de un cuarto de millón?». Levantó los ojos de la página con histriónico movimiento de la cabeza; su peinado naranja cabeceaba de un modo impresionante. Dionisio lo miraba,

fascinado. Se preguntaba si era una cosa real o teñida, o una de esas Transformaciones Completas que se ven en los anuncios.

«¿Qué son los Tronos y los Cetros?».

La Transformación anaranjada —sí, debía de ser una Transformación— se agitaba de nuevo.

«¿Qué son los placeres de los Ricos, los esplendores de los poderosos, qué es el orgullo de los Grandes, qué son las brillantes diversiones de la Alta Sociedad?».

La voz que, interrogante, había ido subiendo de tono de frase en frase, descendió de nuevo y pronunció la

respuesta en tono cavernoso.

«No son nada. Vanidad, pelusa, vilanos al viento, ligeros vapores de la fiebre. Las cosas que valen se encuentran en el corazón. Las cosas visibles son dulces, pero las invisibles son mil veces más significativas. Lo que vale en la vida es lo Invisible».

Mrs. Wimbush bajó el libro.

—Hermoso, ¿verdad? —dijo.

Dionisio prefirió no aventurar una opinión, y pronunció un «h'm» evasivo.

—¡Ah! Es un libro exquisito, un hermoso libro —dijo Priscilla, dejando que las páginas fueran pasando, una a una, por debajo de su pulgar—. Y aquí está el pasaje sobre el Estanque del

Loto. Compara el Alma a un Estanque de Lotos, ¿sabe usted? —Levantó de nuevo el libro y leyó—: «Un amigo mío tiene un Estanque de Lotos en su jardín. Está situado en una hondonada enramada de rosas salvajes y eglantinas, entre las cuales el ruiseñor vierte su amoroso discanto durante todo el estío. Junto al Estanque, los Lotos florecen y los pájaros del aire se llegan a beber y bañarse en sus aguas cristalinas…». ¡Ah! Y a propósito, esto me recuerda —exclamó Priscilla, cerrando el libro de golpe y lanzando su gruesa risa profunda—, esto me recuerda las cosas que han pasado en nuestra piscina desde la última vez que estuvo usted aquí.

Habíamos permitido a los aldeanos que vinieran abañarse en ella por las tardes. No puede usted figurarse las cosas que han sucedido.

Se inclinó hacia delante, hablando con un cuchicheo confidencial; y de vez en cuando lanzaba un profundo gorgoteo de risa. «… baños mixtos… Yo los veía desde mi ventana… Mandé por unos anteojos de larga vista para estar más segura… y ya no tuve duda alguna…». Rompió a reír de nuevo. Dionisio también reía. Barbecue-Smith rodó por los suelos.

—Ya es hora de ir a ver si está servido el té —dijo Priscilla. Se incorporó del sofá y atravesó a paso

largo la habitación, entre el rumor sédeo del roce de sus faldas. Dionisio la seguía susurrando quedamente para sí:

«Y por eso yo me voy
a cantar a la ópera, a cantar a la ópera
a cantar a la op-pop-pop-pop-pópera».

Y después el trenzado pedacito del acompañamiento, al final: *«ra-ra»*.

CAPÍTULO III

La terraza situada delante de la casa era una larga y estrecha faja de césped, limitada en su borde exterior por una graciosa balaustrada de piedra. A cada extremo se alzaba un pequeño pabellón de ladrillos. Al pie de la casa, el suelo se inclinaba en rígida pendiente, de manera que la terraza resultaba muy elevada; desde la balaustrada hasta la verde pendiente había un declive de treinta pies. Vista desde abajo, la uniforme y alta pared de la terraza, construida, como la casa misma, de ladrillos, tenía casi el aspecto

amenazador de una fortificación, el baluarte de un castillo, desde cuyo parapeto se podían contemplar, a través de las profundidades del aire, distancias situadas al nivel de la vista. Abajo, en el primer plano, rodeado de sólidos macizos de tejos recortados, se extendía la piscina bordeada de piedra. Más allá se dilataba el parque, con sus robustos olmos, sus verdes extensiones de hierba, y, en el fondo del valle, el centelleo del estrecho río. Al otro lado de su corriente, el terreno se levantaba de nuevo en ancha pendiente, escaqueado de cultivos. Mirando por cima del valle, a la derecha, se divisaba una línea de azules colinas lejanas.

La mesa del té había sido puesta a la sombra de uno de los pequeños pabellones, y el resto de la reunión se hallaba ya congregado a su alrededor cuando Dionisio y Priscilla se presentaron. Henry Wimbush había empezado a servir el té. Era uno de esos hombres sin edad, siempre iguales, que había pasado de los cincuenta años, pero que lo mismo podía tener treinta como otra edad cualquiera. Dionisio lo había conocido así desde tiempo inmemorial. Durante todos aquellos años, su rostro pálido y bastante bello no había envejecido; se parecía al sombrero hongo gris pálido que siempre había llevado, en invierno como en

verano; sin edad, tranquilo, sereno, inexpresivo.

Junto a él, pero separada de él y del resto de la humanidad por las barreras casi impenetrables de su sordera, estaba sentada Jenny Mullion. Tenía quizá unos treinta años, la nariz arremangada, la tez blanca y sonrosada, y los cabellos castaños trenzados y arrollados en dos bollos laterales sobre las orejas. Residía en la torre secreta de su sordera, separada del mundo y mirándolo a través de sus ojos agudamente penetrantes. ¿Qué pensaba de los hombres, de las mujeres y de las cosas? He aquí lo que Dionisio no había podido jamás descubrir. En su

enigmático alejamiento, Jenny resultaba un poco inquietante. En aquel momento, parecía divertirla alguna chanza interior, porque estaba sonriéndose a sí misma, y sus ojos castaños parecían dos brillantes bolas de porcelana.

Al otro lado de la mesa, la seria, lunar inocencia del rostro de Mary Bracegirdle brillaba sonrosada y pueril. Tenía casi veintitrés años, pero nadie lo hubiera adivinado. Sus cortos cabellos, recortados como los de un paje antiguo, caían formando en derredor de sus mejillas una campana de oro elástico. Tenía unos grandes ojos de azul porcelana, con expresión de seriedad ingenua y a menudo perpleja.

Junto a Mary se hallaba sentado un hombre pequeño y desmedrado que se mantenía rígido y enhiesto en su silla. Mr. Scogan tenía la apariencia de uno de aquellos pájaros-lagartos extinguidos de la Época Terciaria. Su nariz era picuda, y sus ojos sombríos mostraban la brillante vivacidad de un petirrojo. Pero en él no había nada de dulce, ni de gracioso, ni de plumoso. La piel de su arrugado rostro moreno tenía un aspecto seco y escamoso; sus manos eran las manos de un cocodrilo. Sus movimientos se caracterizaban por una desconcertante y brusca rapidez mecánica de lagarto; su palabra era tenue, aflautada y seca. Compañero de colegio de Henry

Wimbush y su exacto contemporáneo, Mr. Scogan parecía mucho más viejo y, al mismo tiempo, mostraba una vivacidad juvenil de que carecía aquel cortés aristócrata cuyo rostro se parecía a un sombrero hongo gris.

Mr. Scogan podía tener el aspecto de un saurio extinguido, pero Gombauld era completamente y esencialmente humano. En las anticuadas historias naturales del primer tercio del siglo XIX podría haber figurado en un grabado al acero como tipo del Homo Sapiens, honor que en aquella época se atribuía generalmente a lord Byron. En efecto, con más cabellera y menos cuello, Gombauld hubiera resultado completamente byroniano; y

más que byroniano todavía, porque Gombauld era de origen provenzal, un joven corsario de treinta años, de negros cabellos, dientes centelleantes y grandes y luminosos ojos negros. Dionisio lo contemplaba con envidia. Envidiaba su talento: ¡si él pudiera escribir versos con la perfección que Gombauld pintaba cuadros! Pero además, en aquel momento, envidiaba a Gombauld sus ademanes, su vitalidad, la desenvuelta confianza de sus maneras. ¿Qué tenía de sorprendente que fuera del agrado de Ana? ¿De su agrado? «Acaso algo peor», pensó Dionisio amargamente, a medida que se dirigía hacia Priscilla atravesando la larga terraza de césped.

Entre Gombauld y Mr. Scogan una silla entoldada mucho más baja presentaba su dorso a los recién venidos, que se dirigían a la mesa del té. Gombauld se inclinaba sobre ella; su rostro se movía con vivacidad; sonreía, reía, hacía gestos rápidos con las manos. De las profundidades de aquella silla se elevaba el sonido de una suave y perezosa risa. Dionisio, al oírla, se sobresaltó. Aquella risa ¡qué bien la conocía él! ¡Qué emociones le evocaba! Apretó el paso.

En aquella silla tan baja, Ana más estaba echada que sentada. Su largo y esbelto cuerpo reposaba en actitud de gracia descuidada e indolente. En su

marco de brillante cabello castaño, su rostro mostraba una linda regularidad casi de muñeca. Y, en efecto, había momentos en que no parecía sino una muñeca; en que su rostro ovalado con sus ojos rasgados, de azul pálido, no expresaba nada; en que no era sino una indolente máscara de cera. Era la propia sobrina de Henry Wimbush; aquel semblante de sombrero hongo era una de las herencias familiares de los Wimbush; se transmitía por la familia apareciendo en todos sus miembros femeninos en forma inexpresiva de muñeca. Pero por aquella máscara amuñecada, como una alegre melodía que danza por encima de un bajo

fundamental e invariable, circulaba la otra herencia de Ana: la risa vivaz, el ligero regocijo irónico y la diversidad de expresiones cambiantes. Estaba sonriendo cuando Dionisio bajó los ojos hacia ella: su sonrisa de gata, como él la llamaba, con no muy buena intención. Sus labios se apretaban y a cada extremo de la boca, en las mejillas, se habían formado dos ligeras arrugas. Una infinidad de liviano y malicioso regocijo estaba al acecho en aquellos plieguecitos, en las pequeñas arrugas que se formaban alrededor de sus ojos entornados, en los ojos mismos, brillantes y risueños entre los párpados a medio cerrar.

Después de los cumplidos preliminares, Dionisio vio una silla vacía entre Gombauld y Jenny y se sentó en ella.

—¿Cómo está usted, Jenny? —le dijo a ésta gritando.

Jenny le contestó con una inclinación de la cabeza y sonrió en misterioso silencio, como si el asunto de su salud fuera un secreto que no podía ser públicamente divulgado.

—¿Y qué ha pasado en Londres desde que yo me fui? —inquirió Ana desde lo profundo de su silla.

Había llegado el momento; la extremadamente divertida anécdota se perecía por ser contada.

—Pues bien —dijo Dionisio, sonriendo satisfecho—, para empezar…

—¿Le ha contado a usted Priscilla nuestro gran descubrimiento de anticuarios? —dijo Henry Wimbush inclinándose hacia él.

Dionisio comprendió que el capullo más prometedor para él se había marchitado.

—Pues para empezar —dijo desesperadamente— hemos tenido la Danza…

—La semana pasada —continuó Mrs. Wimbush con voz suave, implacable— hemos desenterrado cincuenta yardas de tuberías de desagüe hechas de roble; esto es, tres troncos de

árbol perforados. Es una cosa muy interesante. No sabemos si fueron colocados allí por los monjes en el siglo XV o si…

Dionisio escuchaba sombrío.

—¡Es extraordinario! —dijo, cuando Mr. Wimbush hubo terminado—. ¡Realmente extraordinario! —Y se sirvió otra rebanada de torta. Ya no le quedaban ganas de contar su cuento sobre Londres; sentíase desalentado.

Hacía un momento que los serios ojos azules de Mary estaban fijos en él.

—Y ¿qué ha escrito usted últimamente? —le preguntó. Iba a resultar agradable tener un poco de conversación literaria.

—¡Oh! Versos y prosa —dijo Dionisio—. Sencillamente versos y prosa.

—¿Prosa? —dijo Mr. Scogan, agarrándose a la palabra de un modo alarmante ¿Ha estado usted escribiendo prosa?

—Sí.

—Pero ¿no será una novela?

—Sí.

—¡Pobre Dionisio! —exclamó Mr. Scogan—. Y ¿con qué asunto?

Dionisio se sentía bastante inquieto.

—¡Oh! Sobre cosas corrientes, ¿sabe usted?

—Sí, desde luego —gruñó Mr. Scogan—. No se moleste en describir el

argumento; se lo describiré yo. El joven Percy, el héroe, no había servido nunca para los deportes, pero siempre había sido muy inteligente. Pasa por el colegio de costumbre, luego por la consabida universidad, se va a Londres y allá vive entre los artistas. Pero se siente abrumado por ideas melancólicas; lleva sobre sus espaldas la carga del Universo entero. Escribe una novela de brillo deslumbrador; se enreda delicadamente en amoríos y al final del libro desaparece en el luminoso Futuro.

Dionisio se ruborizó hasta las orejas. Mr. Scogan había descrito el plan de su novela con precisión aterradora. Hizo un esfuerzo para reírse.

—Pues se equivoca usted completamente —dijo—. Mi novela no se parece en nada a todo eso.

Era una mentira heroica. Felizmente, pensaba, sólo había escrito dos capítulos. Aquella misma tarde, cuando desempaquetara, los haría trizas.

Mr. Scogan no hizo caso de su negativa y continuó:

—Yo no sé por qué los jóvenes tienen ustedes que seguir escribiendo sobre cosas completamente desprovistas de interés, como esas de la mentalidad de los adolescentes y de los artistas. Los antropólogos profesionales podrán hallar a veces interesante pasar de las creencias de los negritos a las

preocupaciones filosóficas de los aspirantes a título académico. Pero no pretenderá usted que un adulto cualquiera como yo se conmueva demasiado con la narración de los trastornos espirituales de esos muchachos. Y después de todo, en Inglaterra también, como en Alemania y en Rusia, hay más adultos que adolescentes. En cuanto al artista, se preocupa siempre por unos problemas tan en absoluto diferentes de los del adulto común problemas de pura estética, que ni siquiera se le ocurren a personas como yo, que una descripción de sus procesos mentales resulta cosa tan pesada para el lector corriente como

un trozo de matemáticas puras. Un libro serio sobre los artistas como tales, resulta ilegible; y un libro sobre los artistas como amantes, maridos, dipsomaníacos, héroes y cosas por el estilo, ya no vale la pena de escribirlo. Jean-Christophe es el prototipo del artista en literatura, así como el Profesor Rádium de los Comic Cuts es el prototipo del hombre de ciencia.

—Me apena mucho enterarme de que resulto tan poco interesante —dijo Gombauld.

—De ningún modo, mi querido Gombauld —se apresuró a explicar Mr. Scogan—. Como amante o como dipsomaníaco, no dudo de que no sea

usted un ejemplar fascinador. Pero en cuanto a combinador de formas, admita usted lealmente que es usted un pelmazo.

—Disiento completamente de usted —exclamó Mary.

Le faltaba algo el resuello cuando hablaba y su palabra iba siempre puntuada por cortos jadeos.

—He conocido muchos artistas y he hallado siempre muy interesante su mentalidad. Especialmente en París. Tschuplitski, por ejemplo; he frecuentado mucho a Tschuplitski la pasada primavera…

—¡Ah! Pero usted es una excepción, Mary; usted es una excepción —dijo Mr. Scogan—. ¡Usted es una *femme*

supérieure!

Un rubor de satisfacción convirtió el rostro de Mary en resplandeciente luna llena.

CAPÍTULO IV

A la mañana siguiente Dionisio se despertó para encontrar un sol brillante y un cielo sereno. Decidió ponerse un pantalón de franela blanca —un pantalón de franela blanca y una chaqueta negra, con una camisa de seda y su nueva corbata color de melocotón—. Y ¿qué zapatos se pondría? Blancos, desde luego; pero también tenía su encanto la idea de unos zapatos de charol negro. Permaneció en la cama durante unos minutos, reflexionando sobre este problema.

Antes de bajar —se había decidido

al fin por el charol negro— se dio un vistazo crítico en el espejo. Reflexionó que su cabello podría haber sido más dorado. Tal como estaba, su color rubio ofrecía cierto matiz verdoso. Pero su frente estaba bien. Su frente compensaba en altura lo poco prominente de su barba. Su nariz hubiera debido ser más larga; pero, en fin, podía pasar. Sus ojos hubieran debido ser azules en lugar de verdes. Pero su chaqueta estaba muy bien cortada, y discretamente emborrada le hacía parecer más robusto de lo que era en realidad. Sus piernas en sus blancas fundas resultaban largas y elegantes Satisfecho bajó las escaleras. Casi toda la reunión ya había acabado

de almorzar. Se encontró solo con Jenny.

—¿Ha dormido usted bien? —preguntó él.

—Sí. ¿Verdad que hace un tiempo magnífico? —contestó Jenny, con dos rápidos movimientos de cabeza—. Pero la semana pasada hemos tenido unas tempestades horrorosas.

«Dos rectas paralelas, reflexionó Dionisio, no se encuentran sino en el infinito». Podía él estar hablando eternamente del buen sueño encantador y ella de meteorología hasta el final de los tiempos. Pero con esto ¿podía una persona llegar a establecer contacto con otra? Todos formarnos unos con otros rectas paralelas. Sino que Jenny era un

poco más paralela que la mayoría de las mujeres.

—Son verdaderamente inquietadoras esas tempestades —dijo él, sirviéndose *porridge*—. ¿No le parece a usted? ¿Es que a usted no la asustan?

—No. Cuando hay tempestad me voy siempre a la cama. Se está más seguro acostado.

—¿Por qué?

—Porque —dijo Jenny, haciendo un gesto descriptivo— el rayo cae de arriba abajo y no de plano. Cuando se encuentra usted acostado se halla fuera de la corriente.

—Eso es muy ingenioso.

—Pero es verdad.

Hubo una pausa. Dionisio acabó su *porridge* y se sirvió carne salada. A falta de algo mejor que decir, y porque la frase absurda de Mr. Scogan por algún motivo le andaba por la cabeza, se volvió hacia Jenny y le preguntó:

—¿Se considera usted una *femme supérieure*?

Hubo de repetir su pregunta varias veces antes que Jenny comprendiera su sentido.

—No —dijo ella bastante indignada, cuando por fin entendió lo que Dionisio quería decir—. Ciertamente no. ¿Es que alguien le ha insinuado a usted que lo soy?

—No —dijo Dionisio—. Mr.

Scogan le dijo a Mary que lo era.

—¿Eso le dijo? —Jenny bajó la voz —. ¿Quiere usted que le diga lo que pienso de ese hombre? Pienso que es ligeramente siniestro.

Hecha esta declaración, volvió a entrar en la torre de marfil de su sordera y cerró la puerta. Dionisio no pudo inducirla a pronunciar ni una palabra más, ni lograr que le escuchara. Ella se limitaba a sonreírle, a sonreírle, y de vez en cuando a mover la cabeza.

Dionisio salió a la terraza para fumar su pipa de sobremesa y leer su periódico de la mañana. Una hora después, cuando Ana bajó, lo encontró todavía leyendo. Durante aquel tiempo

había llegado ya a las secciones de Tribunales y Bodas próximas. Se levantó para saludarla, al verla venir por el césped, Hamadríada vestida de blanca muselina.

—¡Oh, Dionisio!… —exclamó ella —. ¡Qué lindo está usted con sus pantalones blancos!

Dionisio se quedó terriblemente desconcertado. No había réplica posible.

—Me habla usted como si fuera un chiquillo con vestido nuevo —dijo con acento algo irritado.

—Yo le digo a usted lo que siento, querido.

—Pues no debiera usted sentirlo.

—Pero si no puedo evitarlo. Soy mucho más vieja que usted.

—¡Pues me gusta! —dijo él—. Cuatro años más que yo.

—Si está usted perfectamente lindo con sus pantalones blancos, ¿por qué no he de decírselo? Y ¿por qué se los ha puesto usted si no pensaba estar lindo con ellos?

—Vámonos al jardín —dijo Dionisio. Estaba confundido. ¡La conversación había tomado un giro tan absurdo e inesperado! Había preparado un comienzo de conversación harto diferente, en que él había de principiar con un: «¡Está usted adorable esta mañana!», o algo por el estilo, y ella le

respondería: «¿De veras?», y después de esto vendría un silencio lleno de significación. ¡Y ahora le salía hablándole de sus pantalones! Era irritante; se sentía herido en su orgullo.

Aquella parte del jardín que se inclinaba desde el pie de la terraza hasta la piscina, tenía una belleza que no dependía sólo del color, sino también de las formas. Era tan hermosa a la luz de la Luna como a la del Sol. Lo plateado del agua, las figuras sombrías de los tejos y de los acebos a todas horas y en todas las estaciones del año, eran como los caracteres distintivos de aquel paisaje. Era un cuadro en blanco y negro. Para colores había el vergel: se

extendía a un lado de la piscina, separada de él por una espesa muralla babilónica de tejos. Se pasaba por un túnel abierto en el seto, se abría un portillo en la pared y se encontraba uno con súbita sorpresa en un mundo de colores. Los arriates del mes de julio ardían y centelleaban bajo el sol. Encerrado en sus altas paredes de ladrillo, el jardín semejaba una gran cisterna de tepidez, perfume y color.

Dionisio mantenía abierta la puertecilla de hierro para que entrara su compañera.

—Parece como si se pasara de un claustro a un palacio oriental —dijo, aspirando profundamente el aire tibio,

perfumado por las flores—. «Vuelan en fragantes salvas…». A ver si lo recuerdo.

«¡Buena descarga, artilleros! Con
qué suavidad
con qué sonoridad se juntan
vuestros fuegos iguales,
cuyo penetrante estampido ningún
oído llega a descubrir,
pero cuyos ecos resuenan en los
ojos y en el olfato…».

—¡Qué mala costumbre tiene usted de citar! —dijo Ana—. Y como resulta que yo nunca conozco el texto ni el autor, me siento humillada.

Dionisio se disculpó:

—Nuestra educación tiene la culpa. Siempre nos parecen las cosas más reales e intensas cuando podemos aplicarles las frases hechas de alguien. Además, disponemos de una porción de nombres y palabras muy bonitos: Monofisita, Jámblico, Pomponazzi las pronunciamos triunfalmente y nos parece haber reforzado nuestros argumentos con su sola resonancia mágica. Este es el resultado de una educación superior.

—Duélase usted de su educación, si le parece —dijo Ana—. ¡Pero yo me avergüenzo de no poseerla! ¡Mire usted, qué tornasoles! ¿Verdad que son magníficos?

—Rostros morenos y coronas de oro —son reyes de Etiopía. Me gusta ver cómo los paros se cuelgan de las flores y picotean sus semillas mientras que los otros zafios pajarillos escarban sórdidamente la tierra para buscar su aliento y los miran con envidia desde el suelo. ¿Los miran de veras con envidia? Me temo que esto también sea literatura. Otra vez la educación. Y dale siempre con lo mismo.

Quedó silencioso.

Ana se había sentado en un banco situado a la sombra de un viejo manzano.

—Estoy escuchando, siga usted —dijo.

Él no quiso sentarse y empezó a pasearse arriba y abajo por delante del banco, gesticulando un poco a medida que hablaba.

—Libros —decía—, libros. ¡Lee uno tantos, al paso que trata con tan pocas personas y conoce tan poco del mundo! Grandes y gruesos libros acerca del Universo, el espíritu y la moral. No puede usted figurarse la cantidad de ellos que existe. Debo de haber leído veinte o treinta toneladas de ellos durante estos últimos cinco años. Veinte toneladas de raciocinios. Y cargado con este lastre lo echan a uno a vivir.

Continuaba paseándose arriba y abajo. Su voz se elevó, descendió,

permaneció silencioso un momento, y luego siguió hablando. Movía las manos, a veces agitaba los brazos. Ana lo miraba y escuchaba tranquilamente, como si asistiera a una conferencia. Era un muchacho simpático, y aquel día estaba encantador, ¡encantador!

—Entra uno en el mundo —prosiguió Dionisio— con ideas preparadas de antemano sobre todas las cosas. Tiene uno su filosofía y procura que la vida se adapte a ella. Más valiera haber vivido primero y luego formarse una filosofía para adaptarla a la vida… La vida, los hechos, las cosas resultan horriblemente complicados; y las ideas, hasta las más dificultosas,

engañosamente sencillas. En el mundo de las ideas todo resulta claro; en la vida real, todo es obscuro y embrollado. ¿Qué de extraño, pues, que uno sea desdichado, horriblemente infeliz?

Dionisio se paró ante el banco, y al expresar esta última pregunta, estiró los brazos y por un instante permaneció en postura de crucifixión; luego los dejó caer de nuevo.

—¡Mi pobre Dionisio! —Ana se sentía conmovida. Aquel joven estaba realmente demasiado patético, de pie ante ella, y con sus pantalones de franela blanca—. ¿Pero es posible sufrir por esas cosas? ¡Es ciertamente extraordinario!

—Usted hace como Scogan —exclamó Dionisio amargamente—. Me está usted mirando como un ejemplar para antropólogos. Pues bien, admito que lo soy.

—¡No!, ¡no! —protestó ella y retiró su falda con un gesto que le indicaba que se sentara a su lado. Él se sentó—. ¿Por qué no puede usted tomar las cosas como vienen? —le preguntó—. Es mucho más sencillo.

—Desde luego que lo es —dijo Dionisio—. Pero esa es una lección que ha de aprenderse poco a poco. Hay que desembarazarse primero de veinte toneladas de raciocinios.

—Yo siempre he tomado las cosas

como vienen —dijo Ana—. ¡Me parece tan natural! Se disfruta de las cosas agradables, se evitan las desagradables y asunto concluido.

—Concluido para usted. Pero es porque usted ha nacido pagana; mientras que yo estoy esforzándome laboriosamente para llegar a serlo. No puedo considerar nada como admitido, ni puedo disfrutar de nada tal como se presenta. Belleza, placer, arte, mujeres; me veo siempre obligado a inventar una excusa, una justificación para todas las cosas deleitables. De otro modo, no puedo disfrutar de ellas con la conciencia tranquila. Me forjo algún cuentecito sobre la belleza pretendiendo

que tiene algo que ver con la verdad y la bondad. Tengo que decirme que el arte es el proceso por el cual reconstruimos la divina realidad haciéndola surgir del caos. El placer es una de las vías místicas de unión con el infinito —los éxtasis de la bebida, de la danza, del amor. Y en cuanto a las mujeres, me estoy afirmando continuamente que son el ancho camino real que conduce a la Divinidad. ¡Y pensar que en esto de ver algo más allá de la estupidez de todo lo existente soy todavía un aprendiz! Parece increíble que alguien haya podido escapar de esos horrores.

—Más increíble me parece a mí —dijo Ana— que alguien pueda haber

sido víctima de ellos. ¡Me gustaría verme creyendo que los hombres son el camino real hacia la Divinidad!

La socarrona malicia de su sonrisa produjo dos plieguecitos a los lados de su boca, y por entre sus párpados entornados sus ojos brillaban riéndose.

—Lo que usted necesita, Dionisio, es una esposa joven, guapa y rolliza, una renta asegurada y un trabajito de su gusto, pero metódico.

—Lo que yo necesito es usted. —Esto era lo que él debía haber replicado, lo que ardientemente deseaba decir. Pero no pudo decirlo. Su deseo luchaba contra su timidez. «Lo que yo necesito es usted». Mentalmente gritó estas

palabras, pero ni el más leve sonido salió de sus labios. La miró desesperadamente. ¿Era posible que no adivinara lo que estaba sucediendo en su interior? ¿.Era posible que no comprendiera? «Lo que yo necesito es usted». Quería decirlo, quería…

—Me parece que voy a ir a bañarme —dijo Ana—. ¡Hace tanto calor!

La oportunidad había pasado.

CAPÍTULO V

Mr. Wimbush los había llevado a visitar la granja de la casa, y ahora estaban alineados los seis —Henry Wimbush, Mr. Scogan, Dionisio, Gombauld, Ana y Mary— junto a la baja tapia de la porqueriza, mirando a una de las pocilgas.

—Es una buena cerda —dijo Henry Wimbush—. Ha tenido una camada de catorce.

—¿De catorce? —repitió Mary, incrédula—. Volvió los atónitos ojos azules hacia Mr. Wimbush, después los dejó caer en la bullidora masa de *élan*

vital que fermentaba en la pocilga. Una inmensa cerda reposaba echada en medio del vallado. Su panza redonda y negra, franjeada por una doble hilera de pezones, se ofrecía al asalto de un ejército de cochinillos de color moreno negruzco. Con avidez frenética tiraban del flanco de su madre. La vieja cerda, de vez en cuando, se removía desasosegada o lanzaba un débil gemido de dolor. Uno de los cochinillos, el más renacuajo, el canijo de la carnada, no había podido lograr sitio en el banquete. Dando agudos chillidos, corría de un lado para otro probando a penetrar entre sus hermanos más robustos y aun a subirse encima de sus pequeños y

apretados lomos negros, para llegar al depósito materno.

—Catorce son, ciertamente —dijo Mary—. Razón tiene usted. Acabo de contarlos. ¡Es extraordinario!

—Esa otra cerda —continuó Mr. Wimbush— se ha portado muy mal. Sólo ha tenido cinco. Le concederé otra prueba. Si no se porta mejor la próxima vez, la engordaré y la mataré. Ahí está el verraco —dijo, señalando otra pocilga —. Hermoso animalote, ¿verdad? Pero ya se va haciendo viejo. También será menester suprimirlo.

—¡Qué crueldad! —exclamó Ana.

—¡Pero eso es lo práctico y lo eminentemente positivo! —dijo Mr.

Scogan—. En esta granja tenemos el modelo de un buen gobierno paternal. Que críen, que trabajen, y criando ya no puedan trabajar, criar, ni reproducirse, se les mata.

—La cría de los animales me parece ser toda indecencia y crueldad —dijo Ana.

Con la contera de su bastón, Dionisio se puso a rascar la espalda del verraco, cubierta de largas sedas. El animal se removió un poco para ponerse más cómodamente al alcance del instrumento que despertaba en él tan deliciosas sensaciones. Después se quedó completamente quieto, gruñendo quedamente de satisfacción. El cieno

añejo se desconchaba de sus costados en grises costras polvorientas.

—Es un placer —dijo Dionisio—, esto de poder hacer un favor. Yo creo que disfruto tanto rascando a este cerdo como él sintiéndose rascar. Si pudiéramos siempre hacer el bien con tan poco trabajo…

Se abrió la puerta de una valla, y se cerró de golpe; se oyeron unos pasos pesados.

—¡Buenos días, Rowley! —dijo Henry Wimbush.

—Buenos días, señor —contestó el viejo Rowley. Era el más venerable de los obreros de la granja, un hombre alto, sólido, que todavía andaba muy derecho,

con patillas grises y un perfil escarpado y digno. Grave, mesurado en sus maneras, espléndidamente respetable, Rowley tenía el aspecto de un gran estadista inglés de mediados del siglo XIX. Se detuvo a corta distancia del grupo, y por un momento todos contemplaron los cerdos en medio de un silencio sólo interrumpido por el rumor de un gruñido o el porrazo de una cortante pezuña en el lodo. Rowley, por fin, se volvió con la lentitud, solemnidad y nobleza con que lo hacía todo, y dirigiéndose a Henry Wimbush:

—Mírelos usted, señor —dijo, señalando con un gesto de la mano los cerditos que se revolcaban en el fango

—. ¡Qué bien les cae el nombre de puercos!

—Muy bien, ciertamente —asintió Mr. Wimbush.

—Este hombre me confunde —dijo Mr. Scogan, mientras el viejo Rowley trajinaba lenta y dignamente—. ¡Qué sabiduría, qué juicio, qué sentido de los valores! «¡Qué bien les cae el nombre de puercos!». Yo quisiera ahora poder decir con igual derecho, «¡Qué bien nos cae el nombre de hombres!».

Luego se dirigieron hacia el cobertizo de las vacas y los establos de las caballerías de tiro. Cinco gansos blancos tomando al parecer el aire de aquella hermosa mañana, se cruzaron

con ellos. Vacilaron, cloquearon; después, convirtiendo sus erguidos cuellos en rígidas, horizontales serpientes, huyeron atropelladamente, lanzando horribles silbos. Unos rojos becerros chapoteaban en el estiércol y el lodo de un espacioso corral. En otro cercado se estaba el toro, macizo como una locomotora. Era un toro muy tranquilo y su rostro expresaba melancólica estupidez. Miraba fijamente con sus ojos castaño-rojizos a sus visitantes, masticaba pensativamente los recuerdos tangibles de una pasada comida, tragaba, regurgitaba y volvía a masticar. Su cola latigueaba furiosamente de uno a otro costado;

parecía no tener nada que ver con su impasible corpulencia. Entre sus cortos cuernos tenía un triángulo de colorados rizos, menudos y densos.

—Espléndido animal —dijo Mr. Wimbush—. Raza escogida. Pero se va haciendo algo viejo, como el verraco.

—Engórdelo usted y mátelo —pronunció Mr. Scogan con una inflexión de voz delicada, precisa, de vieja solterona.

—¿Y no podían ustedes conceder a los animales algún descanso en la producción de crías? —preguntó Ana—. Me dan lástima, pobrecitos.

Mr. Wimbush negó con la cabeza.

—Por mi parte —dijo— prefiero

ver cómo crecen catorce cerdos donde antes no había más que uno. Es placentero el espectáculo de tanta vida en crudo.

—Me gusta oírle hablar así —prorrumpió Gombauld, con entusiasmo—. Vida en abundancia: eso es lo que necesitamos. Me place la pululación: todo debiera crecer y multiplicarse a más no poder.

Gombauld se ponía lírico. Todo el mundo debiera tener hijos —Ana debiera tenerlos, Mary debiera tenerlos— a docenas. Y recalcaba su opinión aporreando con su bastón el cuero de los costados del buey. Mr. Scogan debiera transmitir su inteligencia a unos

pequeños Scogan y Dionisio a unos pequeños Dionisios. El toro movió la cabeza para ver lo que pasaba; miró el redoblante bastón durante unos segundos; después retiró la cabeza satisfecho, al parecer, de que no ocurriera nada. La esterilidad era odiosa, contranatural, un pecado contra la vida. Vida, vida, y más vida. Y las costillas del plácido toro iban resonando.

Recostado contra la bomba del corral, algo separado del grupo, Dionisio lo estaba examinando. Gombauld, apasionado y vivaz, formaba su centro. Los otros le rodeaban, escuchando. Mr. Wimbush, tranquilo y

cortés bajo su hongo gris; Mary con los labios entreabiertos y los ojos que le centelleaban con la indignación de un partidario de la restricción de la natalidad. Ana miraba con los ojos entornados y sonreía; y junto a ella estaba Mr. Scogan, muy tieso, en actitud de metálica rigidez que contrastaba extrañamente con aquella gracia fluida que tenía ella, y que, aun hallándose en reposo, daba idea de un flexible movimiento.

Gombauld cesó de hablar, y Mary, muy colorada y ofendida, abrió la boca para refutarle. Pero no se dio bastante prisa. Antes de que pudiera pronunciar ni una palabra, la voz aflautada de Mr.

Scogan había ya pronunciado las frases iniciales de un discurso. No quedaba esperanza de poder colocar ni una palabra entre sus intersticios; Mary tuvo que resignarse.

—Ni usted con toda su elocuencia, querido Gombauld —estaba diciendo—, ni usted con toda su elocuencia podría convertir de nuevo el mundo a la creencia en las delicias de la simple multiplicación. Al mismo tiempo que el gramófono, el cinema y la pistola automática, la diosa de la Ciencia Aplicada ha ofrecido al mundo otro regalo más precioso aún que todos ellos: el modo de disociar el amor de la propagación. Eros, para todos cuantos lo

deseen, es ya un dios completamente libre; sus deplorables asociaciones con Lucina pueden romperse a voluntad. En el decurso de los próximos siglos, ¿quién sabe si el mundo no podrá disfrutar de una separación todavía más completa? Yo pienso en ello con optimismo. Donde el grande Erasmo Darwin y *miss* Anna Seward, Cisne de Lichfield, experimentaron y con todo su ardor científico fracasaron, nuestros descendientes experimentarán y triunfarán. Y el asqueroso procedimiento de la naturaleza será substituido por la generación impersonal. En vastas incubadoras públicas, ringleras sobre ringleras de botellas en gestación

procurarán al mundo la población que requiere. El sistema familiar desaparecerá; la sociedad, minada en su misma base, deberá requerir nuevos cimientos; y Eros, bellamente, irresponsablemente libre, revoloteará como alegre mariposa de flor en flor por un mundo resplandeciente.

—¡Qué bien suena todo eso! —dijo Ana.

—Siempre ocurre así cuando nos referimos a un distante porvenir.

Los ojos de azul porcelana de Mary, más serios y más sorprendidos que nunca, estaban fijos en Mister Scogan.

—¿En botellas? —dijo—. ¿Lo cree usted de veras? ¿En botellas?

CAPÍTULO VI

Mr. Barbecue-Smith llegó a tiempo para el té el sábado por la tarde. Era un hombre bajo y corpulento, con una cabeza muy ancha y sin cuello. En su primera juventud le había preocupado mucho aquella ausencia de cuello, pero se consoló al leer en el Louis Lambert de Balzac que todos los grandes hombres del mundo se habían distinguido por la misma peculiaridad, y ello por una razón muy sencilla: la grandeza consiste ni más ni menos en el funcionamiento armonioso de las facultades de la cabeza y del corazón;

cuanto más corto sea el cuello, más cerca se hallarán estos órganos uno de otro; argal… era una razón convincente.

Mr. Barbecue-Smith pertenecía a la antigua escuela de periodistas. Lucía una cabeza leonina con una melena grisácea de cabello extrañamente repugnante y cepillado hacia atrás, que partía de una frente ancha pero baja. Y por una cosa u otra, siempre parecía algo, nada más que un poquito desaseado. En su juventud se había llamado jovialmente a sí propio bohemio. Ahora ya no. Ahora era un maestro, una especie de profeta. Algunos de sus libros de alivio y enseñanza espiritual, habían alcanzado ya tiradas de ciento veinte mil

ejemplares.

Priscilla lo había recibido con grandes muestras de consideración. Él no había estado nunca en Crome; y ella acababa de enseñarle la casa. Mr. Barbecue-Smith estaba lleno de admiración.

—¡Todo tan exquisito, tan tradicional! —iba repitiendo. Tenía una voz opulenta, bastante untuosa.

Priscilla elogió su último libro.

—A mí me ha parecido espléndido —dijo a su manera generosa y jovial.

—Me alegro de que haya podido servirle de alivio —dijo Mr. Barbecue-Smith.

—¡Oh, inmensamente! ¡Y aquel trozo

sobre el estanque del Loto me parece una cosa tan bella!…

—Ya sabía yo que había de agradarle. ¿Sabe usted? Me vino del Más Allá.

Movió la mano como indicando el mundo astral. Salieron al jardín para tomar el té. Mr. Barbecue-Smith fue debidamente presentado.

—Mr. Stone también es escritor —dijo Priscilla, presentando a Dionisio.

—¿De veras?

Mr. Barbecue-Smith sonrió benignamente y escudriñando a Dionisio con una expresión de olímpica condescendencia.

—¿Y qué clase de cosas escribe

usted?

Dionisio estaba furioso, y para acabarlo de estropear sintió que enrojecía hasta las orejas. ¿Pero es que Priscilla no tenía el sentido de las proporciones? Los estaba colocando en la misma categoría a Barbecue-Smith y a él. ¡Claro, los dos eran escritores, los dos gastaban tinta y papel! A la pregunta de Mr. Barbecue-Smith, contestó:

—¡Oh!, escribo muy poco, casi nada —y esquivó la mirada.

—Mr. Stone es uno de nuestros más jóvenes poetas. Era la voz de Ana. La miró ceñudo, y ella le contestó con una sonrisa exasperante.

—¡Magnífico!, ¡magnífico! —dijo

Mr. Barbecue-Smith, dando al brazo de Dionisio un apretón alentador—. La vocación de Bardo es muy noble.

Apenas tomado el té, Mr. Barbecue-Smith se excusó; tenía que escribir algo antes de la cena. Priscilla se hizo perfectamente cargo de ello. El profeta se retiró a su habitación.

Mr. Barbecue-Smith bajó al comedor a las ocho menos diez minutos. Estaba de buen humor y mientras iba bajando las escaleras sonreía para sí frotándose las gruesas y blancas manos. En el comedor alguien estaba tocando el piano queda y vagarosamente. Se preguntó quién podría ser. Alguna de las señoritas, sin duda. Pero no, no era sino

Dionisio, quien se levantó precipitadamente y algo turbado cuando lo vio entrar en la sala.

—Siga usted, siga usted —dijo Mr. Barbecue-Smith—. A mí me gusta mucho la música.

—En ese caso no puedo continuar —contestó Dionisio—. Yo no hago más que ruido.

Hubo una pausa. Mr. Barbecue-Smith se apoyaba de espaldas contra la chimenea, calentándose al recuerdo de las lumbres del pasado invierno. No podía dominar su interior satisfacción, y continuaba sonriéndose a sí mismo. Finalmente, se volvió hacia Dionisio.

—Usted escribe —preguntó—, ¿no

es eso?

—A decir verdad, sí, un poco ¿sabe usted?

—¿Y cuántas palabras le parece a usted que puede escribir en una hora?

—Creo que no las he contado nunca.

—¡Ah!, pues tiene usted que contarlas, tiene usted que contarlas. Es muy importante.

Dionisio hizo un esfuerzo por recordar.

—Cuando estoy en vena —dijo— me parece que redacto un artículo de mil doscientas palabras en unas cuatro horas, pero a veces me toma mucho más tiempo.

Mr. Barbecue-Smith movió la

cabeza compasivamente.

—Sí, ya se ve, trescientas palabras por hora a lo más.

Dio unos pasos hacia el centro de la habitación, giró sobre los talones y se halló de nuevo cara a cara con Dionisio.

—Adivine usted cuántas palabras he escrito esta tarde, entre las cinco y las siete y media.

—No puedo imaginarlo.

—Vamos, adivine usted. Entre las cinco y las siete y media, que son dos horas y media.

—Mil doscientas palabras —aventuró Dionisio.

—No, no, no. —El rostro expansionado de Mister Barbecue-Smith

se iluminó de satisfacción—. Pruebe usted otra vez.

—Mil quinientas.

—No.

—Me doy por vencido —dijo Dionisio. Sintió que no le importaba mucho lo que escribiera Mr. Barbecue-Smith.

—Bien, pues voy a decírselo. Tres mil ochocientas. Dionisio abrió mucho los ojos.

—¡Pues no digo las que escribirá usted en un día! —dijo.

De pronto, Mr. Barbecue-Smith se puso muy confidencial. Arrastró un taburete hasta el sillón de Dionisio, sentóse en él y empezó a hablar queda y

rápidamente.

—Óigame usted bien —dijo, poniendo la mano en la manga de Dionisio—. Usted desea ganarse la vida escribiendo; es usted joven y le falta a usted experiencia. Permítame que le dé un buen consejito.

¿Qué iría a decirle aquel tipo?, se preguntaba Dionisio. ¿Hablarle de una recomendación para el director del John o'London's Weekly o indicarle dónde podría introducir un artículo medianejo por siete guineas?

Mr. Barbecue-Smith le dio unos golpecitos en el brazo y continuó:

—El secreto de escribir —dijo, musitando sus palabras al oído del joven

—, el secreto de escribir está en la Inspiración.

Dionisio lo miró asombrado.

—En la Inspiración… —repitió Mr. Barbecue Smith.

—¿Se refiere usted a toda esa monserga de la iluminación natural?

Mr. Barbecue-Smith asintió con la cabeza.

—¡Oh!, en ese caso estoy completamente de acuerdo con usted —dijo Dionisio—. Pero ¿y cuando no le visita a uno la Inspiración?

—Esa es precisamente la pregunta que yo esperaba —dijo Mr. Barbecue-Smith—. Usted me pregunta qué debe hacerse cuando no le visita a uno la

Inspiración. Y yo le respondo: usted posee la Inspiración; todo el mundo posee la Inspiración. Sólo se trata de saber hacerla funcionar.

El reloj dio las ocho. Ninguno de los otros invitados daba señales de vida; todo el mundo andaba retardado siempre en Crome. Mr. Barbecue-Smith continuó:

—Ese es mi secreto —dijo—. Se lo regalo a usted. (Dionisio produjo un murmurio y un guiño de agradecimiento apropiados a las circunstancias). Quiero ayudarle a encontrar su propia Inspiración, porque no me agrada ver a un joven simpático y formal como usted agotando su vitalidad y desperdiciando

los mejores años de su vida en un amolador trabajo intelectual que puede evitarse completamente por medio de la Inspiración. Ya sé yo también lo que es ese trabajo. Hasta mis treinta y tres años fui un escritor como usted —un escritor sin Inspiración. Todo lo que escribía lo exprimía de mí mismo a fuerza de torturarme. De tal modo, que en aquellos tiempos nunca fui capaz de escribir más de sesenta y cinco palabras por hora, y era lo peor que a menudo no podía vender lo que escribía. —Dio un suspiro —. Nosotros, los artistas —dijo a modo de paréntesis—, nosotros los intelectuales, no somos debidamente apreciados en Inglaterra.

Dionisio se estaba preguntando si existiría algún modo, compatible, desde luego, con la cortesía para disociarse de aquel «nosotros» de Mister Barbecue-Smith. No había ninguno; y, además, ya era demasiado tarde, porque Mr. Barbecue-Smith estaba reanudando el hilo de su discurso.

—A los treinta y ocho años yo era un pobre, atareado, fatigado, agobiado, desconocido periodista. Y ahora, a los cincuenta…

Se interrumpió modestamente, haciendo un gesto, separando una de otra sus manos regordetas y estirando los dedos a guisa de demostración. Se estaba exhibiendo. Dionisio pensaba en

aquel anuncio de la leche Nestlé: los dos gatos sobre una tapia a la luz de la Luna, el uno negro y desmedrado y el otro blanco, alisado y gordo. Antes y después de la Inspiración.

—La Inspiración ha producido este cambio —dijo Mr. Barbecue-Smith, solemnemente—. Me vino súbitamente, como un suave rocío del cielo.

Alzó la mano y la dejó caer sobre su rodilla, para imitar la caída del rocío.

—Era una tarde. Yo estaba escribiendo mi primer librito sobre la Conducta de la Vida: Heroísmos Humildes. Acaso usted lo ha leído; ha servido de consuelo para millares de personas. Estaba en la mitad del

segundo capítulo y allí me atasqué. Fatiga, agotamiento; hacía una hora que no había podido escribir más de un centenar de palabras y no sabía cómo seguir adelante. Allá me estaba sentado, mordiendo el mango de mi pluma y mirando la luz eléctrica que colgaba sobre mi mesa, un poco encima y enfrente de mí.

Y con el gesto indicaba minuciosamente la posición de la lámpara.

—¿Ha mirado usted alguna vez atentamente una luz brillante durante un buen rato? —preguntó, volviéndose hacia Dionisio.

Dionisio no recordaba haberlo

hecho.

—Pues de ese modo puede usted hipnotizarse —continuó Mr. Barbecue-Smith.

El gong sonó en el vestíbulo con un terrible crescendo. Nadie daba todavía señales de vida. Dionisio sentía un hambre canina.

—Pues eso fue lo que me sucedió —dijo Mister Barbecue-Smith—. Me había hipnotizado. Me quedé tan inconsciente como esto —hizo chasquear sus dedos—. Cuando volví en mi acuerdo, me di cuenta de que era media noche pasada y de que, sin darme cuenta, había escrito cuatro mil palabras. Cuatro mil —repitió, abriendo

mucho la boca—. La Inspiración me había visitado.

—¡Qué cosa tan extraordinaria! —dijo Dionisio.

—Al pronto me asusté. Aquello no me parecía natural. No podía persuadirme a que fuera del todo justo, y aun diría del todo honrado, producir inconscientemente una composición literaria. Además, me temía haber escrito un montón de disparates.

—Y ¿había escrito usted disparates? —preguntó Dionisio.

—Ciertamente, no —respondió Mr. Barbecue-Smith con algo de enojo—. Ciertamente, no. Lo que había escrito era admirable. Apenas algunas erratas y

faltas de ortografía, como se producen generalmente en la escritura automática. Pero el estilo, el pensamiento, todo lo esencial, resultaba admirable. Desde entonces, la Inspiración me visitó con regularidad. De este modo escribí todo mi libro Heroísmos Humildes. Tuvo un magnífico éxito y lo mismo ha sucedido con todo lo que he venido escribiendo.

Se inclinó hacia adelante y dio a Dionisio un metido con el dedo.

—Ese es mi secreto —dijo—. Y así es como usted podría escribir si quisiera, sin esfuerzo, con facundia, bien.

—Pero ¿cómo? —preguntó Dionisio, esforzándose por disimular

cuán profundamente le había ofendido aquel «bien» final.

—Cultivando su Inspiración, poniéndose en contacto con su Subconsciente. ¿Ha leído usted por casualidad mi obrita Toques de Caramillo hacia el Infinito?

Dionisio hubo de confesar que aquella era precisamente una de las pocas obras de Mr. Barbecue-Smith, acaso la única, que no había leído.

—No importa, no importa —dijo Mr. Barbecue-Smith—. No es sino un librillo sobre la conexión del Subconsciente con el Infinito. Póngase usted a tono con el Subconsciente y se hallará a tono con el Universo. En

realidad eso es la Inspiración. ¿Me comprende usted?

—Perfectamente, perfectamente —dijo Dionisio—. Pero ¿no le parece a usted que el Universo nos envía a veces mensajes inconexos?

—Pero yo no se lo permito —contestó Mr. Barbecue-Smith—. Yo lo canalizo. Le obligo a que pase por cañerías, para poner en movimiento las turbinas de mi espíritu consciente.

—Como si fuera el Niágara —sugirió Dionisio.

Algunas de las observaciones de Mr. Barbecue-Smith sonaban extrañamente a citas, citas de sus propias obras, sin duda.

—Precisamente. Como el Niágara. Y vea usted cómo lo hago. —Se inclinó hacia delante, y con el índice levantado fue marcando sus argumentos como señalando el compás de su discurso.

—Antes de quedarme transpuesto, me concentro en el asunto sobre el cual deseo ser inspirado. Supongamos que voy a escribir los Heroísmos Humildes; durante diez minutos antes de transponerme, no hago sino pensar en los huérfanos que mantienen a sus hermanitos y hermanitas, en la monótona labor realizada con paciencia y diligencia; y enfoco mi espíritu en las grandes verdades filosóficas, tales como la purificación y la elevación del alma

por medio del sufrimiento, y la transformación alquímica del plomo del mal, en el oro del bien. (Dionisio volvió a colgar su pequeña guirnalda de citas adecuadas). Luego me hundo en el Subconsciente. Dos o tres horas después, vuelvo a despertarme y me encuentro con que la Inspiración ha ejecutado su obra. Millares de palabras consoladoras, alentadoras palabras yacen ante mí. Las pongo en limpio con mi máquina de escribir y ya están listas para la imprenta.

—Todo eso me parece maravillosamente sencillo —dijo Dionisio.

—Y lo es. Todas las grandes,

espléndidas y divinas cosas de la vida son maravillosamente sencillas. (Otra vez las citas). Cuando tengo que escribir mis aforismos —continuó Mr. Barbecue-Smith—, preludio a mi Éxtasis hojeando al azar las páginas de un Diccionario de citas o de un Calendario de Shakespeare que hallo a mano. Esto me proporciona, por decirlo así, la clave; esto me asegura de que el Universo se verterá en mi espíritu, no en un chorro continuo, sino en gotas aforísticas. ¿Comprende usted la idea?

Dionisio asintió con la cabeza. Mr. Barbecue-Smith se metió la mano en un bolsillo y sacó un cuaderno de notas.

—Acabadas de gotear mientras

dormía en mi rinconcito del vagón. He observado que el tren es un buen conductor de la Inspiración. Aquí están.

Se aclaró la garganta y leyó:

«El camino de la Montaña es a veces empinado, pero el aire es allí puro y desde la Cima se contemplan los bellos horizontes».

«Las Cosas que Importan Realmente acontecen en el Corazón».

Dionisio reflexionó que era muy curioso ver cómo, a veces, el Infinito se repetía.

«Ver es Creer. Sí, pero Creer es también Ver. Si yo creo en Dios veo a Dios, aun en las cosas que parecen malas».

Mr. Barbecue-Smith levantó la vista de su cuaderno de notas.

—Este último aforismo —dijo— es particularmente sutil y bello, ¿no le parece a usted? Sin la Inspiración nunca hubiera acertado en ello.

Volvió a leer el apotegma con expresión más lenta y solemne.

—Directamente del Infinito —comentó meditativamente, y luego pasó al aforismo siguiente:

«La Llama de una bujía nos da Luz, pero también Quema».

En la frente de Mr. Barbecue-Smith aparecieron arrugas perplejas.

—No acabo de comprender lo que esto quiere decir —dijo—. Es ciertamente gnómico. Podría aplicarse a la educación superior —que ilustra a las clases inferiores, pero las incita al descontento y a la rebelión. Sí, sí, me parece que ese es el sentido. Pero resulta gnómico, muy gnómico.

Se frotó la barba, pensativo. El gong volvió a sonar clamorosamente, parecía implorar: la comida se estaba enfriando. Esto arrancó a Mr. Barbecue-Smith de

su meditación. Se volvió hacia Dionisio.

—Ahora ya comprenderá usted por qué le aconsejaba que cultivara su inspiración. Deje que el Subconsciente trabaje por usted; entréguese al Niágara del Infinito.

Se oyó ruido de pasos en la escalera. Mr. Barbecue-Smith se levantó, abandonó su mano por un instante en el hombro de Dionisio y dijo:

—Y basta por ahora. Ya volveremos sobre ello No olvide usted que confío absolutamente en su discreción sobre este asunto. Hay cosas íntimas, sagradas, que preferimos no hacer públicas.

—Desde luego —dijo Dionisio—. Lo comprendo perfectamente.

CAPÍTULO VII

En Crome todas las camas eran muebles antiguos, hereditarios. Camas inmensas semejantes a bajeles de cuatro mástiles, plegadas sus velas de tela de brillantes colores. Camas talladas y embutidas, camas pintadas y doradas. Camas de nogal y de roble, de raras maderas exóticas. Camas de todas las épocas, de todos los estilos, desde las del tiempo de *Sir* Ferdinando, quien mandó construir la casa, hasta las de la época de su homónimo, último vástago de la familia, a fines del siglo XVIII, pero todas ellas grandiosas, magníficas.

La más bella de todas era actualmente la cama de Ana. *Sir* Julio, hijo de *Sir* Ferdinando, la había mandado construir en Venecia para el primer parto de su esposa. La Venecia de principios del *seicento* había agotado en su construcción todos los expedientes de su arte extravagante. El cuerpo de la cama parecía un gran sarcófago cuadrado. En los artesones de madera se hallaban esculpidos de alto relieve manojos de rosas entre las que se revolcaban regordetes *putti*. Sobre el fondo negro de los artesones los esculpidos relieves estaban dorados y bruñidos. Las rosas de oro se retorcían en espirales alrededor de los cuatro

postes en forma de columnas, y sendos querubes, sentados en cada uno de sus capiteles, sostenían un dosel de madera adornado con las mismas flores esculpidas.

Ana estaba leyendo en la cama. Junto a ésta, en una mesita, había dos bujías encendidas. A su viva luz, su rostro, su brazo desnudo y su espalda adquirían cálidos matices y una calidad superficial de melocotón. Aquí y allí del dosel, sus esculpidos pétalos dorados destellaban entre sombras profundas, y la suave luz, cayendo sobre los tallados artesones de la cama, se quebraba bulliciosamente entre las rosas entretejidas, se entretenía en claras

caricias sobre las infladas mejillas, en los vientrecitos con hoyuelos, en los apretados y absurdos traseros de los retozones *putti*.

Se oyó un discreto golpecito en la puerta. Ana levantó la cabeza.

—¡Adelante! ¡Adelante!

Un rostro redondo, infantil, con su bruñida campana de cabello dorado, asomó por la rendija de la puerta. Más infantil todavía, un piyama color de malva entró en la habitación. Era Mary.

—He pensado entrar un instante para darle las buenas noches —dijo—, y se sentó en el borde de la cama.

Ana cerró el libro.

—Ha sido usted muy amable.

—¿Qué está usted leyendo?

Echó una ojeada al libro.

—Alguna cosa de orden inferior, ¿no es eso?

El tono en que Mary pronunció la palabra «inferior», revelaba una denigración ilimitada casi. Estaba acostumbrarla en Londres a relacionarse únicamente con personas de primer orden, que gustaban de cosas de primer orden, y ella sabía que en el mundo había pocas, muy pocas cosas, de primer orden, y aun éstas eran francesas casi todas.

—Así será, pero confieso que me agrada —dijo Ana.

Y no había más que decir. El

silencio que siguió fue bastante embarazoso. Mary jugueteaba inquietamente con el último botón de la chaqueta de su pijama. Recostada en el montón de los apilados cojines, Ana esperaba y se preguntaba qué iba a pasar.

—Tengo un miedo tan atroz de las represiones —dijo Mary por fin, rompiendo a hablar de pronto y de un modo extraño. Pronunciaba las apalabras al final de cada expiración y tenía que tomar aliento antes de terminar cada frase.

—¿Y qué motivos tiene usted para sentirse deprimida?

—He dicho represiones, no

depresiones.

—¡Oh!, represiones ya comprendo —dijo Ana—. Pero represiones ¿de qué?

Mary tuvo que explicarse.

—Los instintos naturales del sexo… —empezó en tono didáctico.

Pero Ana le cortó la palabra.

—Sí, sí, perfectamente. Ya lo entiendo. Represiones; las solteronas y todo lo demás. Y ¿qué tenemos con todo eso?

—Pues eso precisamente —dijo Mary—. Estoy asustada. Siempre resulta peligroso reprimirse los instintos. Empiezo a descubrir en mí síntomas parecidos a los que se leen en los libros.

Sueño constantemente que me caigo en pozos; y a veces hasta sueño que subo escaleras. Es muy inquietante. Son síntomas harto claros.

—¿De veras?

—Y si una no lleva cuidado, puede volverse ninfómana. No puede usted imaginarse lo graves que son estas represiones si no se las quita una a tiempo.

—Todo eso es muy alarmante —dijo Ana—. Pero no comprendo en qué puedo yo ayudarla.

—He pensado que lo mejor sería hablar un poco de ello con usted.

—Pues claro; con mucho gusto, querida Mary.

Mary tosió y aspiró profundamente.

—Supongo —comenzó sentenciosamente—, supongo que hemos de dar por aceptado que una joven inteligente de veintitrés años que ha vivido en una sociedad civilizada del siglo XX, no ha de tener prejuicios.

—El caso es que yo confieso tener algunos. —Pero no en cuanto a represiones.

—No, no muchos en cuanto a represiones; eso es verdad.

—Ni en cuanto a la manera de librarse de las represiones.

—Exactamente.

—Conforme, pues, sobre nuestro postulado fundamental —dijo Mary. Una

expresión solemne se mostraba en cada rasgo de su joven y redonda cara, irradiaba de sus grandes ojos azules—. Y ahora vamos a tratar de lo conveniente que es adquirir experiencia. Me parece que estamos de acuerdo en que el conocimiento es deseable y la ignorancia es indeseable.

Obediente como uno de aquellos complacientes discípulos de quienes Sócrates obtenía la respuesta que sea él deseara, Ana asintió a esta proposición.

—Y estamos de acuerdo también, me parece, en que el matrimonio es lo que es.

—Lo es.

—¡Bien! —dijo Mary—. Y en que

las represiones son lo que son…

—Exactamente.

—Y por lo tanto, según parece, sólo cabe una conclusión.

—Pero eso —exclamó Ana— ya lo sabía yo antes de que usted empezara.

—Sí, pero ahora lo hemos demostrado —dijo Mary—. Hay que hacer las cosas lógicamente. El caso es que…

—¿Pero qué caso puede presentarse todavía? Ha llegado usted a la única conclusión posible, lógicamente, cosa que yo no hubiera podido lograr. Lo único que le queda por hacer es informar de ello a cierta persona de su agrado, cierta persona que le gusta a

usted mucho, cierta persona a quien usted ama, y perdone usted la manera de expresarme.

—Pero el problema consiste precisamente en eso —exclamó Mary—. En que no estoy enamorada de ninguno.

—Siendo así, yo, en su lugar, esperaría a estarlo.

—Pero yo no puedo seguir soñando noche tras noche que me caigo en un pozo. Es demasiado peligroso.

—Pues bien, si realmente le resulta demasiado peligroso, lo natural es que procure usted remediarlo; busque usted otra persona cualquiera.

—Pero ¿a quién? —Una arruga pensativa frunció el ceño de Mary—.

Habrá de ser persona inteligente, con preferencias intelectuales que yo pueda compartir. Y, además, será menester que sienta un verdadero respeto hacia las mujeres, que se halle dispuesto a conversar seriamente sobre su obra y sus ideas a la vez que sobre mi obra y mis ideas. Usted ya comprenderá que no es muy fácil hallar la persona requerida.

—Bien —dijo Ana—, tenemos en casa en estos momentos tres hombres libres de compromiso e inteligentes. En primer lugar Mr. Scogan; pero acaso se parezca demasiado a una auténtica antigualla. Después tenernos a Gombauld y Dionisio. ¿Decidiremos que la elección habrá de limitarse a estos

dos últimos?

Mary asintió con la cabeza.

—Me parece muy bien —dijo, y luego vaciló con cierta perplejidad.

—¿Qué ocurre?

—Estaba preguntándome —dijo Mary, tomando aliento—, si realmente se hallarán libres de compromiso. Yo había pensado si usted acaso… si usted…

—Le agradezco mucho que haya usted pensado en mí, querida Mary —dijo Ana sonriendo con su hermética sonrisa de gata—. Pero por lo que a mí toca, le aseguro que los dos se hallan completamente sin compromiso.

—Me alegro mucho de saberlo —

dijo Mary, con rostro de satisfacción—. Y ahora se me presenta otro problema: ¿cuál de los dos?

—En eso no puedo aconsejarla. Eso depende de su preferencia.

—No depende de mi preferencia —pronunció Mary—, sino de los méritos que ellos tengan. Debemos aquilatarlos considerándolos minuciosamente y con imparcialidad.

—Es usted quien debe aquilatarlos —dijo Ana; quedaban indicios de sonrisa en los ángulos de su boca y alrededor de sus ojos entreabiertos—. Yo no puedo exponerme a dar un mal consejo.

—Gombauld tiene más talento —

comenzó Mary—, pero es menos educado que Dionisio.

En la manera de pronunciar Mary, «educado» daba a la palabra un significado especial y accesorio. La pronunciaba meticulosamente, con la punta de los labios, silabeándola delicadamente. ¡Había tan pocas personas educadas! ¡Y aun la mayoría, como las obras de arte de orden superior, eran francesas!

—La educación es lo primero, ¿no le parece a usted?

Ana levantó la mano.

—Yo no puedo aconsejarla —dijo —. Es usted quien debe decidir.

—La familia de Gombauld —

continuó Mary, reflexivamente—, procede de Marsella. Es una herencia bastante peligrosa cuando una piensa en la actitud de los latinos para con las mujeres. Pero, por otra parte, me pregunto a veces si Dionisio será un hombre verdaderamente serio o si no es más que un diletante. El asunto es dificultoso. ¿Qué le parece a usted?

—No puedo escucharla —dijo Ana —. No quiero responsabilidades.

Mary suspiró.

—Bien —me parece que hubiera hecho mejor con irme a la cama y allí pensarlo bien.

—Minuciosamente y con imparcialidad —dijo Ana.

Al llegar a la puerta, Mary se volvió.

—Buenas noches —dijo, y al pronunciar estas palabras se preguntaba por qué Ana se sonreía de tan curiosa manera. Quizá por nada, reflexionó. Ana sonreía a menudo sin motivo aparente. Sin duda era costumbre suya.

—Espero que esta noche no volveré a soñar que me caigo en un pozo —añadió.

—¡Peor son las escaleras! —dijo Ana.

Mary asintió con la cabeza.

—Sí, las escaleras son cosa mucho más grave.

CAPÍTULO VIII

El almuerzo del domingo por la mañana se efectuaba una hora más tarde que en los demás días, y Priscilla, que generalmente no se presentaba antes de la comida, honrábalo con su presencia. Vestida de seda negra, con una cruz de rubíes en el cuello, además de su habitual collar de perlas, presidía la mesa. Un enorme periódico extraordinario del domingo la ocultaba toda al mundo exterior, salvo el pináculo de su peinado.

—Veo que ha ganado Surrey —dijo con la boca llena— por cuatro puntos.

El Sol está en el signo de Leo: esto nos puede explicar su victoria.

—Espléndido juego el *cricket* —observó Mr. Barbecue-Smith, sin dirigirse a nadie en particular—, ¡tan profundamente inglés!

Jenny, que estaba sentada junto a él, tuvo un sobresalto como si despertara.

—¿Cómo? —dijo—. ¿Cómo?

—Tan inglés —repitió Barbecue-Smith.

Jenny lo miró sorprendida.

—¿Inglesa? Claro que lo soy.

Iba a explicarse, cuando Mrs. Wimbush arrió su periódico del domingo, y apareció su rostro cuadrado, empolvado de color de malva, rodeado

de esplendores anaranjados.

—Veo que empieza aquí una nueva serie de artículos sobre el más allá —dijo a Mr. Barbecue-Smith—. Este primero se titula País de sol y Gehena.

—¡País de sol! —repitió Mr. Barbecue-Smith, entornando los ojos—. ¡País de sol! ¡Bello título! Bello, bello.

Mary se había sentado junto a Dionisio. Después de una noche de escrupulosa meditación, se había decidido por Dionisio. Podría tener menos talento que Gombauld, podría faltarle un poco de seriedad, pero le parecía más digno de confianza.

—¿Escribe usted muchas poesías aquí, en el campo? —le preguntó con

alegre gravedad.

—Ninguna —contestó brevemente Dionisio—. No me he traído la máquina de escribir.

—¿Pero usted pretende no poder escribir sin máquina?

Dionisio negó con la cabeza. Detestaba la conversación durante el almuerzo, y, además, quería escuchar lo que estaba diciendo Mr. Scogan al otro extremo de la mesa.

—… Mi plan con respecto a la Iglesia —decía Mister Scogan— es magníficamente sencillo. En la actualidad los clérigos anglicanos llevan el cuello al revés. Yo los obligaría a llevar del mismo modo, no sólo los

cuellos, sino todas sus vestiduras, abrochados por detrás —las levitas, los chalecos, los pantalones, las botas— de manera que todos los clérigos ofrecieran al mundo una fachada lisa, no interrumpida por broches, botones ni lazos. La obligación de semejante uniforme me serviría para disuadir a los que quisieran entrar al servicio de la Iglesia. Al mismo tiempo serviría para realzar enormemente lo que con tanta razón deseaba el Arzobispo Laud, la belleza de la santidad, en los pocos incorregibles a quienes no asustara el uniforme.

—Según parece, en el Infierno —dijo Priscilla, leyendo en su periódico

del domingo—, los niños se divierten desollando corderos vivos.

—¡Ah! Pero, señora mía, eso no es más que un símbolo —exclamó Mr. Barbecue-Smith—, un símbolo material de una verdad espiritual. Corderos significa…

—Y vamos ahora a los uniformes militares —continuaba Mr. Scogan—. Cuando el color escarlata y los entorchados fueron abandonados por el caqui, no faltaron los que temieron por el porvenir de la guerra. Pero, luego, cuando vieron cuán elegante resultaba el nuevo traje, lo bien que ceñía la cintura, con qué voluptuosidad exageraba las caderas con los bultos de sus bolsillos;

cuando comprendieron los brillantes atractivos de los calzones, de las botas altas, se tranquilizaron. Supriman ustedes estas elegancias militares, estandaricen un uniforme de tela de saco y de impermeable, ya verán ustedes que pronto…

—¿Viene alguien conmigo a la iglesia esta mañana? —preguntó Henry Wimbush.

Nadie contestó. Agregó un incentivo a su invitación, y dijo:

—Soy yo quien lee los textos. Y después tenemos a Mr. Bodiham. Sus sermones son a veces dignos de oírse.

—Gracias, gracias —dijo Mr. Barbecue-Smith— por mi parte prefiero

adorar en la infinita iglesia de la Naturaleza. ¿Cómo dice Shakespeare a propósito de esto?… «Sermones en los libros, piedras en los claros arroyos…».

Tendió el brazo con elegante gesto hacia la ventana y apenas lo hizo tuvo consciencia vaga pero insistente y mortificante de que al citar aquel texto había cometido algún error. Algún error, pero ¿cuál podría ser? ¿Sermones? ¿Piedras? ¿Libros?

CAPÍTULO IX

Mr. Bodiham estaba sentado en su estudio del presbiterio. Las ventanas góticas del siglo XIX, estrechas y puntiagudas, admitían la luz de mala gana; a pesar de aquel tiempo brillante del mes de julio, la habitación estaba sombría. Pardos estantes barnizados se alineaban en las paredes, cargados de ringleras sobre ringleras de esos gruesos y pesados libros teológicos que los libreros de ocasión venden generalmente al peso. El manto de la chimenea y la repisa, elevada estructura de columnas ahusadas y de pequeños estantes,

también eran pardos y barnizados. El pupitre era pardo y barnizado. Lo eran las sillas, lo era la puerta. Una sombría alfombra, de color pardo obscuro con dibujos estampados, cubría el suelo. Todo era pardo en aquella habitación y se desprendía de ella un curioso olor pardo.

En medio de aquella parda penumbra, Mr. Bodiham estaba sentado en su pupitre. Era el hombre de la Máscara de Hierro. Un rostro gris metálico con pómulos de hierro y tina estrecha frente de hierro; surcos de hierro, duros e inmutables, caían perpendicularmente por sus mejillas; su nariz era el pico de hierro de alguna

flaca y delicada ave de rapiña. Tenía ojos pardos engarzados en cuencas cercadas de hierro; a su alrededor, la piel era obscura como si la hubieran ahumado. Densa cabellera de alambres cubría su cráneo; había sido negra y se estaba volviendo gris. Sus orejas eran muy pequeñas y finas. Sus mandíbulas, su mentón, su labio superior eran obscuros, obscuros como el hierro, cuando estaban afeitados. Su voz cuando hablaba, especialmente cuando la levantaba en los sermones, era dura como el rechinar de los goznes de hierro de una puerta que se abre rara vez.

Eran cerca de las doce y media. Acababa de llegar de la iglesia,

enronquecido y fatigado por el sermón. Sermoneaba con furia, con pasión, hombre de hierro que golpeaba con un mayal las almas de sus feligreses. Pero las almas de los fieles de Crome estaban hechas de caucho, de sólido caucho; y el mayal rebotaba. En Crome estaban acostumbrados a Mr. Bodiham; su látigo aporreaba sobre caucho y, casi siempre, el caucho dormía.

Aquella mañana había dedicado su sermón, como lo había dedicado muchas veces ya, a la naturaleza de Dios. Se había esforzado en hacerles comprender quién era Dios y cuán terrible era caer en sus manos. Dios —según ellos pensaban— era una cosa dulce y

misericordiosa. Estaban ciegos ante los hechos y, lo que era peor, ante la Biblia. Los pasajeros del Titanic cantaban: «¡Más cerca de ti, Dios mío!», mientras el barco se hundía. ¿Comprendían quién era Aquel a quien querían acercarse? Una clara lumbre de justicia, un fuego airado…

Cuando Savonarola predicaba, los hombres exhalaban grandes sollozos y gemidos. Nada rompía el silencio cortés en que Crome escuchaba a Mr. Bodiham —sólo alguna tos fortuita y, de vez en cuando, el rumor de alguna respiración cansada. En el primer banco se hallaba sentado Henry Wimbush, tranquilo, bien educado, elegantemente vestido. Había

veces en que Mr. Bodiham sentía ganas de saltar del púlpito y de sacudirles la badana— y otras en que hubiera querido aporrear y aun matar a toda la feligresía.

Estaba sentado en su pupitre, muy abatido. Al otro lado de las ventanas góticas, la tierra estaba cálida y maravillosamente tranquila. Todo estaba como había estado siempre. Y sin embargo, sin embargo… Hacía cosa de cuatro años que había predicado un sermón sobre este Pasaje del Evangelio de San Mateo, XXIV, 7: «Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino: y habrá hambres y pestes y terremotos en diversos lugares». Haría ya unos cuatro años. Había hecho

imprimir este sermón; era tan terrible, tenía tan vital importancia, que todo el mundo debiera conocer lo que se decía en él. Un ejemplar del opúsculo estaba en el pupitre —ocho pequeñas páginas grises, impresas con tipos que ya estaban muy gastados, como los dientes de un perro viejo, a fuerza de mascar y mascar bajo la prensa. Lo abrió y empezó a leerlo una vez más[1].

«Porque se levantará nación contra nación y reino contra reino: y se producirán hambres y pestilencias y terremotos en diversos lugares.

»Diecinueve siglos han transcurrido desde que Nuestro Señor pronunció estas palabras y ni uno solo de estos

siglos se ha visto libre de guerras, plagas, hambres y terremotos. Poderosos imperios se han derrumbado, epidemias han despoblado medio mundo, han ocurrido enormes cataclismos naturales en que millares de personas han perecido por la acción de las inundaciones, del fuego y de los ciclones. Una y otra vez, en el decurso de estos diecinueve siglos, han ocurrido tales cosas, pero no han vuelto a traer a Cristo sobre la Tierra. Eran los signos de los tiempos, en cuanto señales de la cólera divina contra la constante iniquidad de los hombres, pero no eran los signos de los tiempos en conexión con la Segunda Venida.

»Los cristianos fervientes han considerado la presente guerra como signo verdadero de que se acerca el Retorno del Señor. No solamente porque se trata de una grande guerra en que se hallan complicadas las vidas de millones de personas; no sólo porque el hambre aprieta sus garras en todos los países de Europa; no sólo porque las epidemias de toda especie, desde la sífilis hasta el tifus exantemático, se extienden por todas las naciones combatientes; no, no es por estos motivos por los que consideramos esta guerra como un verdadero signo de los tiempos, sino porque, en su origen como en su progreso, se nos muestra marcada

con ciertas características que aparecen enlazadas, sin ninguna duda casi, con las predicciones la Profecía Cristiana sobre la Segunda Venida del Señor.

»Voy a enumeraros los caracteres de la guerra actual que con la mayor claridad sugieren que se trata de un signo anunciador de la proximidad del Segundo Advenimiento. Nuestro Señor dice: “Este Evangelio del Reino será predicado en todo el mundo como testimonio para todas las naciones; y después vendrá el fin”. Aunque sería demasiado atrevimiento por nuestra parte determinar qué grado de evangelización será considerado suficiente por Dios, podemos a lo menos

esperar confiadamente que un siglo entero de infatigable labor misionera habrá podido realizar casi esta condición. Verdad es que la inmensa mayoría de los habitantes del mundo han permanecido sordos a la predicación de la religión verdadera; pero esto no desmiente el hecho de que el Evangelio ha sido predicado "en testimonio" a todos los infieles, desde los papistas hasta los zulúes. La responsabilidad de esta persistencia en la incredulidad recae, no sobre los predicadores, sino sobre los que reciben la predicación.

»Por otra parte, se ha reconocido universalmente que la "desecación de las aguas del gran río Éufrates",

mencionada en el capítulo dieciséis del Apocalipsis se refiere a la caída y extinción del poder turco y es, como sabemos, un signo de la proximidad del fin del mundo. La toma de Jerusalén y nuestras victorias en Mesopotamia son grandes avances en la destrucción del Imperio Otomano; por más que debemos admitir que el episodio de Gallipoli ha demostrado que el turco posee todavía un "notable cuerno" de poderío. Desde el punto de vista histórico, esta desecación del poder otomano empezó ya en el pasado siglo; durante los dos últimos años ha dado muestras de aceleración en su avance, y no hay duda de que la desecación completa está a la

vista.

»Siguiendo muy de cerca las palabras concernientes a la desecación del Éufrates, tenemos la profecía del Armagedón, esa guerra mundial que se halla estrechamente relacionada con la Segunda Venida. Una vez comenzada la guerra mundial, sólo puede terminar con el retorno de Cristo, y su venida será súbita e inesperada, como la de un ladrón en la noche.

»Examinemos los hechos. En la Historia, exactamente como en el Evangelio de San Juan, la guerra mundial se muestra inmediatamente precedida por la desecación del Éufrates, esto es, la caída del poder

turco. Este hecho, por sí solo, bastaría para identificar el actual conflicto con el Armagedón de las revelaciones y, por tanto, para indicar la proximidad del Segundo Advenimiento. Pero podemos aducir otras pruebas de naturaleza más sólida y convincente.

»El Armagedón es puesto en obra por las actividades de tres espíritus impuros semejantes a sapos, que salen de las bocas del Dragón, de la Bestia y del Falso Profeta. Si logramos identificar estas tres potencias del mal, podremos arrojar mucha luz sobre todo este asunto.

»El Dragón, la Bestia y el Falso Profeta, pueden ser todos identificados

históricamente. Satán, que sólo puede obrar por instrumento humano, ha puesto en juego estas tres potencias en la prolongada lucha contra Cristo, que ha llenado los diecinueve siglos precedentes de guerras religiosas. El Dragón, y esto ha sido suficientemente demostrado, es la Roma pagana, y el espíritu que sale de su boca es el Espíritu de la Infidelidad. La Bestia, algunas veces simbolizada en figura de mujer, es indudablemente el poder papal, y el Papado es el espíritu que aquélla escupe. Sólo queda un poder que responda a la descripción del Falso Profeta. El lobo bajo apariencia de oveja, el instrumento de la obra

diabólica en figura de cordero, y este poder es la llamada Compañía de Jesús. El espíritu que brota de la boca del Falso Profeta es el espíritu de la Falsa Moral.

»Podemos, pues, afirmar que los tres malos espíritus son la Infidelidad, el Papado y la Falsa Moral. ¿Han constituido estas tres influencias la causa real del presente conflicto? La respuesta es clara.

»El espíritu de Infidelidad es el espíritu mismo del Criticismo alemán. La Alta Crítica, como se la llama irónicamente, niega la posibilidad de los milagros, de la predicción y de la verdadera inspiración, e intenta explicar

la Biblia como un proceso natural. Lenta pero seguramente, durante los últimos ochenta años, el Espíritu de Infidelidad ha venido despojando a los alemanes de su Biblia y de su fe, de modo que Alemania es hoy una nación de incrédulos. De esta manera, la Alta Crítica ha hecho posible la guerra; porque sería absolutamente imposible que cualquier nación cristiana hiciera la guerra como la hace Alemania.

»Llegamos ahora al espíritu del Papado, cuya influencia en causar la guerra, ha sido tan considerable como la de la Infidelidad, aunque no quizá tan evidente de modo inmediato. Desde la guerra francoprusiana, el poder papal ha

venido disminuyendo constantemente en Francia, mientras que en Alemania no ha cesado de aumentar. Hoy, Francia es un estado antipapal, mientras Germania cuenta con una poderosa minoría católicorromana. Dos Estados que se hallan bajo el poder del Papado, Alemania y Austria, se hallan en guerra con seis Estados antipapales — Inglaterra, Francia, Italia, Rusia, Servia y Portugal. Bélgica es, desde luego, un Estado completamente papal y no podemos dudar de que la presencia junto a los aliados de un elemento tan esencialmente hostil, ha contribuido mucho a perjudicar la buena causa y es culpable de nuestros relativos fracasos.

Que el espíritu del Papado se esconde detrás de la guerra, se advierte claramente en la manera de agruparse las potencias en lucha, mientras que la rebelión en las partes católicorromanas de Irlanda no ha hecho sino confirmar una conclusión ya evidente para todo espíritu imparcial.

»El espíritu de la falsa Moral ha representado un papel tan importante en esta guerra como los otros dos espíritus malignos. El incidente del "papel mojado" es el más reciente y más claro ejemplo de la adhesión de Alemania a esa moral esencialmente anticristiana o Jesuítica. Su finalidad es el dominio mundial por Alemania, y el logro de este

fin justifica para ella todos los medios. Son los propios principios del Jesuitismo aplicados a la política internacional.

»La identificación es, pues, completa. Como fue predicho en el Apocalipsis, los tres malos espíritus han ido presentándose a medida que el poder otomano se acercaba a su fin y se han unido para realizar la guerra mundial. La advertencia: “He aquí que vengo como un ladrón” se refiere, pues, al período actual —a usted y a mí y a todo el mundo. Esta guerra conduce inevitablemente a la guerra de Armagedón y no tendrá fin hasta el retorno personal del Señor.

»Y cuando él vuelva, ¿qué sucederá? Los que están en Cristo, nos dice san Juan, serán llamados a la Cena del Cordero. Los que serán sorprendidos luchando contra Él, serán llamados a la Cena del Dios Grande, horrendo banquete donde no se comerá, sino donde se será comido. Porque como san Juan dice: “vi un ángel de pie en el Sol; y gritaba con alta voz diciendo a todas las aves que vuelan por el aire, venid y reuníos para la cena del Dios Grande; en la cual podréis comer la carne de los reyes y la carne de los capitanes y la carne de los hombres poderosos y la carne de los caballos y la de los que los montan y la carne de todos los hombres

libres y esclavos, pequeños y grandes”.

»Todos los enemigos de Cristo serán muertos por la espada de aquel que monta el caballo y todas las aves se hartarán de su carne. Esta es la Cena del Dios Grande.

»Todo esto podrá ocurrir más pronto o podrá ocurrir, según como el hombre cuente el tiempo, más tarde; pero más pronto o más tarde, inevitablemente, el Señor vendrá y librará al mundo de sus males presentes. Y ¡ay de aquellos que sean llamados, no a la Cena del Cordero sino a la Cena del Dios Grande! Entonces comprenderán, aunque demasiado tarde, que Dios es un Dios de cólera, como es un Dios de perdón. El

Dios que mandó los osos para devorar a los que se burlaban de Eliseo, el Dios que castigó a los egipcios por su porfiada perversidad, castigará inevitablemente a todos aquellos, si no se dan prisa a arrepentirse. Pero quizá ya sea demasiado tarde. ¿Quién sabe si mañana mismo, si dentro de un instante, no vendrá Cristo sobre nosotros, inopinadamente, como un ladrón? Dentro de un instante, ¿quién sabe si el ángel de pie en el Sol invitará a los cuervos y a los buitres a salir de las hendiduras de las rocas para devorar la carne putrescente de millones de injustos que la ira de Dios habrá destruido? Estad, pues, preparados; la

venida del Señor está cerca. ¡Ojalá sea para todos vosotros motivo de esperanza y no un momento para ser mirado con terror y con estremecimiento!».

Mr. Bodiham cerró el cuadernito y se recostó en su silla. La argumentación era firme y en absoluto convincente; y con todo hacía ya cuatro años que había predicado aquel sermón; cuatro años, y reinaba la paz en Inglaterra, el Sol brillaba, la gente de Crome era tan perversa e indiferente como siempre —y en realidad, si fuera posible, más perversa e indiferente que nunca. ¡Si al menos pudiera él comprender! ¡Si el Cielo se sirviera ofrecerle un signo al menos! Pero sus preguntas no hallaban

respuesta. Sentado allí, en su silla parda barnizada, bajo las ventanas ruskinianas, sentía impulsos de ponerse a gritar. Se agarraba a los brazos del sillón—apretándolos, para dominarse. Las articulaciones de sus manos empalidecían; se mordió el labio inferior. En pocos segundos se sintió capaz de relajar su tensión; comenzó a reconvenirse por su rebelde impaciencia.

«Cuatro años», pensó; y ¿qué eran cuatro años después de todo? Era inevitable que pasara mucho tiempo para que el Armagedón pudiera madurar y llegara a fermentar. El episodio de 1914 había sido una escaramuza

preliminar. Y lo de que la guerra hubiera terminado, era desde luego pura ilusión. La guerra continuaba todavía; su rescoldo seguía ardiendo en Silesia, en Irlanda, en Anatolia; el descontento en Egipto y en la India iba preparando el terreno quizá para una mayor extensión de la matanza entre las gentes paganas. El boicot de la China contra el Japón y las rivalidades de este último país con los Estados Unidos del Norte de América, en el Pacífico, podrían estar alimentando otra grande guerra en Oriente. La perspectiva, pues —Mr. Bodiham procuraba persuadirse a ello, era esperanzadora; el verdadero, el genuino Armagedón habría de empezar

pronto, y entonces, como un ladrón en la noche… Pero a despecho de todo este razonamiento consolador, sentíase desgraciado, insatisfecho. ¡Cuatro años atrás se había sentido tan confiado, las intenciones de Dios parecían entonces tan claras! Y ahora… Ahora tenía razón de encolerizarse. Ahora sufría de veras.

Súbita y silenciosa como un fantasma, apareció Mrs. Bodiham, deslizándose sin ruido por la habitación. Sobre su negro vestido, su rostro se mostraba pálido, de opaca blancura; sus ojos eran pálidos como agua en un vaso, y sus cabellos pajizos eran casi incoloros. Llevaba en la mano un sobre muy grande.

—El cartero ha traído esto para usted —dijo suavemente.

El sobre estaba abierto. Con un gesto mecánico Mr. Bodiham lo rasgó para abrirlo. Contenía un folleto más grande que el suyo y de apariencia más elegante. Casa Sheeny[2], Confecciones para Sacerdotes, Birmingham. Hojeó sus páginas. El catálogo venía impreso elegante y eclesiásticamente en caracteres antiguos, con iniciales góticas iluminadas. Unas líneas marginales de color rojo que se cruzaban en los ángulos al estilo de un marco de Oxford, encuadraban cada página impresa; unas crucecitas rojas hacían las veces de puntos. Mr. Bodiham hojeaba el folleto.

Sotanas de merino negro superior. Confeccionadas para todas las tallas.

Levitas para sacerdotes. Por nueve guineas. Elegante prenda confeccionada por nuestros expertos cortadores eclesiásticos.

Unas ilustraciones a media tinta representaban jóvenes clérigos, apuestos los unos, los otros deportivos y musculosos, otros con rostros ascéticos y grandes ojos extáticos, vestidos con chaquetas, levitas, sobrepellices, con trajes eclesiásticos de etiqueta, de lana negra de Norfolk.

Gran surtido de casullas.

Cíngulos de cuerda.

Faldas-sotanas especiales Sheeny.

Se sujetan a la cintura por medio de un cordón… Puestas bajo la sobrepelliz ofrecen la apariencia indistinguible de una sotana completa… Recomendadas para llevar en verano y en climas cálidos.

Con un gesto de horror y repugnancia, Mister Bodiham tiró el catálogo al cesto de los papeles. Mrs. Bodiham le miraba; sus pálidos ojos glaucos reflejaban las acciones de él sin comentario alguno.

—Esta aldea —dijo con su voz tranquila—, esta aldea se pone peor cada día.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Mr. Bodiham, sintiéndose de pronto

completamente rendido.

—Voy a decírselo.

Tomó una silla parda y barnizada, y se sentó en ella. Según parecía, en la aldea de Crome, Sodoma y Gomorra estaban renaciendo.

CAPÍTULO X

Dionisio no sabía bailar, pero cuando el ragtime brotaba de la pianola a borbotones melosos y en cálidos perfumes, en chorros de luces de bengala, todo empezó a danzar dentro de él. Menudos corpúsculos negros danzaban como negritos y tamborileaban en sus arterias. Se convertía en una jaula de movimientos, en un ambulante *palais de danse*. Era una cosa muy molesta, algo así como los síntomas preliminares de una enfermedad. Estaba sentado junto a una ventana, fingiendo con displicencia que leía.

Sentado ante la pianola, Henry Wimbush, fumando un largo cigarro por medio de una horadada columna de ámbar, pedaleaba con serena paciencia para extraer aquella música hecha pedazos. Abrazados estrechamente, Gombauld y Ana se movían con tal simetría, que parecían una sola persona de dos cabezas y cuatro pies. Mr. Scogan, burlescamente solemne, arrastraba los pies dando vueltas por la sala con Mary. Jenny, sentada a la sombra, detrás del piano, garrapateaba al parecer en un voluminoso cuaderno rojo. Junto a la chimenea, sentados en sillones, Priscilla y Mister Barbecue-Smith discutían sobre elevados temas

sin que pareciera estorbarles el ruido del Mundo Inferior.

—El optimismo —decía Mr. Barbecue-Smith, en tono de conclusión y expresándose entre los acordes de *Locas, locas mujeres*—, el optimismo es el abrirse de un alma a la luz; es una expansión hacia Dios y en Dios, es una espiritual unificación de sí mismo con el Infinito.

—¡Qué verdad es eso! —suspiró Priscilla, moviendo los funestos esplendores de su peinado.

—El pesimismo, por el contrario, representa la contracción del alma hacia las tinieblas. Es la concentración del yo sobre un punto del plano inferior; es la

esclavitud espiritual bajo los puros hechos, bajo los groseros fenómenos físicos.

—Van a volverme loco. —El estribillo de la música resonaba insistente en el espíritu de Dionisio Sí, iban a volverle loco los condenados. Loco por dentro; furioso retorciéndose, sí «retorciéndose» era la palabra, retorciéndose de deseo. Pero exteriormente estaba domesticado sin remedio; exteriormente: be, be, be.

Allí estaban Ana y Gombauld moviéndose juntos como si fueran una sola y flexible criatura. El animal de dos espaldas. Mientras él se estaba sentado en su rincón fingiendo leer, fingiendo no

querer danzar, fingiendo despreciar la danza. ¿Por qué? Pues por eso, por el be, be, be.

¿Por qué había nacido con un rostro tan diferente? ¿Por qué? Gombauld tenía un rostro de bronce como aquellos antiguos carneros de bronce que aporreaban las murallas de las ciudades hasta que las derribaban. Él había nacido con un rostro diferente, con un rostro de lana.

La música paró. La única y armoniosa criatura se partió en dos. Colorada, un poco jadeante, Ana, meciendo el cuerpo, atravesó la sala hacia la pianola y puso la mano sobre la espalda de Mr. Wimbush.

—Ahora un vals, por favor, tío Henry —dijo.

—Un vals —repitió él, y se dirigió hacia el cuarto donde estaban los rollos. Sacó el rollo viejo, puso el nuevo, empezó a desarrollarlo —como un esclavo a la muela— sumiso, bellamente bien educado. «Rum, tum, rum. Rum-titi-ti. Tum-ti-ti…». La melodía se balanceaba y avanzaba, deslizándose como un barco sobre un liso y aceitoso oleaje. La criatura de cuatro pies, más graciosa, más armoniosa que nunca en sus movimientos, se deslizaba por el pavimento. ¡Ah!… ¿Por qué había nacido él con un rostro tan diferente?

—¿Qué está usted leyendo?

Levantó la cabeza con sobresalto. Era Mary. Se había desprendido del desagradable abrazo de Mister Scogan, quien ahora se había apoderado de Jenny como de nueva víctima.

—¿Qué está usted leyendo?

—No lo sé —dijo Dionisio, sinceramente. Ella miró el título del libro; decía Vademécum del ganadero.

—Hace usted muy bien en sentarse y ponerse a leer tranquilamente —dijo Mary, fijando en él sus ojos de porcelana—. No comprendo por qué hay que danzar. ¡Es tan aburrido!

Dionisio no contestó; Mary lo irritaba. Oyó la profunda voz de Priscilla salir del sillón, junto a la

chimenea.

—Dígame, Mr. Barbecue-Smith, usted que conoce bien la ciencia —la silla de Mr. Barbecue-Smith produjo un ruido de modesta desaprobación—. Esa teoría de Einstein. Parece trastornar todo el Universo Sideral. Me preocupa mucho por mis horóscopos. Mire usted…

Mary repitió su ataque.

—¿Qué poeta prefiere usted entre los contemporáneos? —le preguntó.

Dionisio estaba furioso. ¡Maldita muchacha! ¿No podría dejarle solo?

Necesitaba escuchar la horrible música, observar cómo danzaban —¡ah, con qué gracia, como hechos el uno para

el otro!—, saborear en paz su desgracia. ¡Y ella venía a someterle a su absurdo catecismo! Aquello se parecía a las Preguntas de Mangold:

«¿Cuáles son las tres enfermedades del trigo?». «¿Qué poeta prefiere usted entre los contemporáneos?».

—El Pulgón el Mildeu y el Tizón —contestó con el laconismo del que está seguro de su crítica.

Le costó algunas horas, aquella noche, conciliar el sueño. Una pena vaga pero angustiosa se apoderaba de su espíritu. No era sólo Ana quien le hacía desgraciado; se dolía de sí mismo, del porvenir, de la vida en general, del Universo. «Esto de la adolescencia —se

repetía de vez en cuando— es cargante a no poder más». Pero el hecho de conocer su enfermedad no le servía para curársela.

Después de apartar a puntapiés todas las ropas de la cama, se levantó y buscó consuelo en la composición. Necesitaba aprisionar su indefinible dolor en palabras. Al cabo de una hora, nueve versos más o menos completos emergían por entre los borrones y lo tachado.

«No sé lo que deseo
cuando las noches de estío
son negras y calladas,
cuando el coro múltiple del viento
duerme entre las ramas silenciosas.

Anhelo y no sé lo que deseo:
y ningún son de vida ni de risa detiene
la corriente negra y silenciosa del tiempo.
No sé lo que deseo —no lo sé».

Los leyó en voz alta; después arrojó la garrapateada página al cesto de los papeles y se fue otra vez a la cama. Al cabo de pocos minutos se había dormido.

CAPÍTULO XI

Mr. Barbecue-Smith se había marchado. El auto se lo había llevado en remolino a la estación; un débil olor de bencina quemada conmemoraba su reciente partida. En el patio, para despedirle, se había reunido un destacamento considerable; y ahora se retiraba, rodeando la casa, hacia la terraza y el jardín. Andaban en silencio; nadie se había arriesgado todavía a comentario alguno sobre el huésped que acababa de partir.

—¿Y bien? —dijo Ana por fin, volviéndose hacia Dionisio y levantando

unas cejas escrutadoras—. ¿Y bien? —Ya era tiempo de que alguien comenzara.

Dionisio no respondió a la invitación; la pasó a Mr. Scogan.

—¿Y bien? —le dijo.

Mr. Scogan no respondió; solamente repitió la pregunta: «¿Y bien?».

Se dejó para Henry Wimbush el cometido de hacer una declaración.

—Un aditamento muy agradable a nuestro fin de semana —dijo. El tono con que lo dijo fue obituario.

Habían bajado sin darse mucha cuenta de lo que hacían, por la rígida pendiente de la avenida de tejos que descendía desde el costado de la terraza hacia el estanque. Sobre ellos se alzaba

dominante la casa, inmensamente elevada, con todo el peso de su terraza añadido a los setenta pies de su fachada de ladrillos. Las líneas perpendiculares de las tres torres se remontaban sin interrupción, acentuando la impresión de altura hasta el punto de hacerla abrumadora. Se detuvieron al borde del estanque para volverse y mirar la construcción.

—El hombre que edificó esta casa conocía bien su oficio —dijo Dionisio—. Era todo un arquitecto.

—¿Le parece a usted? —dijo Henry Wimbush, reflexivamente—. Yo lo dudo. El constructor de esta casa fue *Sir* Ferdinando Lapith, quien floreció en el

reinado de Elisabeth. Heredó la finca de su padre, a quien había sido concedida en tiempo de la disolución de los monasterios; porque Crome había sido en su origen un convento de monjes y aquella piscina fue su vivero de peces. *Sir* Ferdinando no se contentó con adaptar a sus propios fines las viejas construcciones monásticas; las hizo servir de canteras para construir sus graneros, sus establos y dependencias, y edificó para su uso tina espaciosa casa nueva de ladrillos, la casa que están ustedes viendo.

Alzó la mano en dirección a la casa y guardó silencio. Severo, imponente, casi amenazador, Crome se agigantaba

por encima de todos.

—Lo más notable de Crome —dijo Mr. Scogan, aprovechando la pausa para colocar su opinión—, es el hecho de ser por manera tan inconfundible y agresiva una obra de arte. No ha concertado compromiso alguno con la Naturaleza, al contrario, la desafía y se rebela contra ella. En nada se parece a la torre de Shelley, en su *Epipsychidion*, el cual, si bien lo recuerdo,

> *«No parece obra del arte humano,*
> *sino que, cual si fuera titánica, en el corazón*
> *de la tierra adquirió su forma y creció*

surgiendo de la montaña, de la piedra viva,
elevándose en cavernas luminosas e ingentes».

—No, no; en Crome no se hallan tales absurdos. Que las chozas de los campesinos parezcan haber brotado de la tierra a la cual se hallan pegados sus ocupantes, es justo, sin duda, y conveniente. Pero la casa de un hombre inteligente, civilizado y viciado, no ha de parecer nunca brotada de los terrones. Mejor le estará ser la expresión de su antinatural alejamiento de la vicia terrera. Este es un hecho que somos incapaces de comprender en

Inglaterra desde los tiempos de William Morris. Los hombres civilizados y artificializados han jugado desde entonces a ser campesinos. De aquí el gusto por la antigualla, las artes aplicadas, la arquitectura de cabañal y otras cosas por el estilo. Por los suburbios de nuestras ciudades pueden ver ustedes, reduplicadas en hileras infinitas, las arcaicas y premeditadas imitaciones y adaptaciones de la choza aldeana. La pobreza, la ignorancia y la provisión limitada de materiales producen la cabaña que, sin duda, posee en su adecuado medio su propio y casi titánico encanto. Y ahora nosotros empleamos nuestras riquezas, nuestros

conocimientos técnicos, nuestra rica variedad de materiales, en construir millones de cabañas de similor, en medios absolutamente inadecuados. ¿Puede llevarse más lejos la estupidez?

Henry Wimbush reanudó el hilo de su interrumpido discurso.

—Todo lo que está usted diciendo, mi querido Scogan —dijo para comenzar—, es ciertamente muy justo y muy verdadero. Pero de lo que yo dudo mucho es de que *Sir* Ferdinando compartiera las ideas de usted sobre la arquitectura y aun de que tuviera opinión alguna sobre este arte. Cuando construyó esta casa *Sir* Ferdinando, en realidad sólo le preocupaba un pensamiento: la

colocación conveniente de sus lugares excusados. La higiene constituía el más fuerte interés de su vida. En 1573 llegó a publicar sobre este asunto un librito —en la actualidad extremadamente raro— titulado *Algunos Consejos sobre los Lugares Privados, por Uno de los Miembros Más Honorables del Consejo Privado de Su Majestad, F. L., Caballero*, en que trata de toda esta materia con mucha erudición y elegancia. Su principio director en el saneamiento de una casa, consistía en procurar que la mayor distancia posible separara los lugares excusados de los albañales. De aquí se deducía inevitablemente que las letrinas habían

de estar colocadas en lo más alto de la casa, y que habían de comunicarse por medio de cañerías con pozos o canales situados en el subsuelo. Y no se crea que *Sir* Ferdinando era inducido a tales ideas por motivos únicamente materiales y meramente sanitarios: el hecho de colocar sus letrinas en tan elevada posición obedecía también a ciertas y excelentes razones espirituales. Porque, según él argumenta en el tercer capítulo de sus Consejos Excusados, las necesidades de la naturaleza son tan bajas y bestiales que al satisfacerlas nos hallamos expuestos a olvidar que somos las más nobles criaturas del Universo. Y para contrarrestar estos degradantes

efectos, él aconsejaba que las letrinas fueran en todas las casas la habitación más próxima al cielo, se hallaran bien provistas de ventanas que dominaran una extensa y noble perspectiva, y que en sus paredes se alinearan estanterías con libros que contuvieran los sazonados productos de la humana sabiduría, como los Proverbios de Salomón, La Consolación de Filosofía de Boecio, las Meditaciones de Epicteto y de Marco Aurelio, el Manual de Erasmo y todas las demás obras antiguas o modernas que dan testimonio de la nobleza del alma humana. En Crome halló propicia ocasión para poner en práctica sus teorías. En la cumbre de cada una de las

tres torres salientes colocó una letrina. De cada una de ellas descendía una cañería, de arriba abajo de la casa, esto es, desde una altura de más de setenta pies, atravesando por los sótanos y terminando en una serie de conductos provistos de agua corriente, que se abrían paso por el subsuelo al nivel de la base de la elevada terraza. Estos conductos se vaciaban en la corriente del río a algunos centenares de yardas del vivero de los peces. La profundidad total de las cañerías desde la cumbre de las torres hasta sus conductos subterráneos era de ciento dos pies. El siglo dieciocho, en su furia de innovación, arrasó aquellos monumentos

de inventiva sanitaria. Si no fuera por la tradición y por la relación detallada que de ellas nos ha dejado *Sir* Ferdinando, no tendríamos conocimiento alguno de que hubieran existido aquellas nobles letrinas. Y aun seríamos capaces de suponer que *Sir* Ferdinando construyó su casa según este pian extraño y magnífico por razones puramente estéticas.

La contemplación de las glorias del pasado producía siempre cierto entusiasmo en el espíritu de Henry Wimbush. Bajo su hongo gris, su rostro se animaba y se encendía a medida que iba explicándose. El pensamiento de aquellas letrinas desaparecidas le conmovía profundamente. Cesó de

hablar; la animación fue extinguiéndose poco a poco en su rostro, el cual tornó a ser el duplicado del grave y urbano chapeo que lo sombreaba. Hubo un silencio prolongado; todos los espíritus de los presentes parecieron hallarse penetrados de los mismos dulces y melancólicos pensamientos. Lo permanente, lo transitorio —*Sir* Ferdinando y sus letrinas habían desaparecido, pero Crome estaba en pie todavía. ¡Qué esplendoroso brillaba el Sol y cómo era inevitable la muerte! ¡Los senderos de Dios son desconocidos; los senderos de los hombres son más desconocidos todavía! …

—Es muy confortante —exclamó por fin Mister Scogan— oír hablar de esos fantásticos aristócratas ingleses. Tener una teoría sobre las letrinas y construir una inmensa y espléndida casa para ponerla en práctica. ¡Es bello, es magnífico! Cómo me place pensar en todos ellos: excéntricos milores, rodando por toda Europa en ponderosos carruajes, con rumbo hacia empresas extraordinarias. El uno se dirige hacia Venecia para comprar la laringe de la Bianchi; no la poseerá hasta que ella se muera, desde luego, pero ello no importa; está dispuesto a esperar; posee una colección de gargantas de famosos cantantes de ópera escabechadas en

frascos de vidrio. También se interesa por los instrumentos de virtuosos renombrados; está intentando sobornar a Paganini para que se desprenda de su pequeño Guarnerio, pero tiene pocas esperanzas de buen éxito. Paganini no quiere vender su violín; pero quizá se decidirá a sacrificar una de sus guitarras. Otros se van a las Cruzadas; otro parte para morir miserablemente entre los feroces griegos; otro, con su blanco sombrero de copa, va a capitanear a los italianos contra sus opresores. Otros no llevan rumbo fijo; se contentan con procurar un paseo continental a su excentricidad. En casa se cultivan a placer y con mayor

detenimiento. Beckford construye torres, Portland abre agujeros en el suelo; Cavendish, el millonario, vive en una cuadra, no come sino carnero y se divierte —entiéndase bien, sólo para su propio deleite— anticipando los descubrimientos de la electricidad en medio siglo. ¡Oh, gloriosos excéntricos! Cada época es vivificada por su presencia. Algún día, mi querido Dionisio —añadió Mr. Scogan, lanzando en su dirección una brillante mirada de abalorio—, algún día tendrá usted que ser su biógrafo Vidas de Hombres Estrafalarios. ¡Qué magnífico asunto! ¡Quisiera emprenderlo yo mismo!

Mr. Scogan hizo una pausa, levantó

la mirada hacia la casa que los dominaba con su mole, y murmuró dos o tres veces la palabra «Excentricidad».

Excentricidad… es la justificación de todas las aristocracias. Justifica las clases ociosas, la riqueza heredada, los privilegios, las donaciones y todas las demás injusticias de esta suerte. Si queréis realizar algo que sea razonable en este mundo, será necesario que dispongáis de una clase de personas que vivan en seguridad, libres de la opinión pública, libres de la pobreza, ociosos, no obligados a disipar su tiempo en las imbéciles rutinas que llevan el nombre de Honrado Trabajo. Habréis menester de una clase cuyos miembros puedan

pensar y, dentro de los justos límites, hacer lo que les plazca. Necesitáis de una clase en que las personas poseídas de alguna excentricidad puedan tolerarse y en que la excentricidad en general sea admitida y comprendida. Esto es lo más importante de una aristocracia: no sólo es excéntrica por sí misma —y a menudo de manera grandiosa—, sino que también tolera y fomenta siempre la excentricidad en los demás. Las excentricidades del artista y del pensador amigo de novedades no le inspiran ese temor, ese aborrecimiento, esa repugnancia que sienten los burgueses instintivamente hacia ellas. Viene a ser como uno de esos territorios

reservados para los Pieles Rojas, plantados en medio de una vasta horda de Pobres Blancos —coloniales al fin y al cabo. Dentro de los confines de dicho territorio, los hombres salvajes retozan —a menudo, hay que convenir en ello, de un modo bastante grosero y harto rimbombante—; y cuando espíritus hermanos nacen fuera de sus vallas, les ofrece una especie de refugio contra el odio que los Pobres Blancos en *bons bourgeois*, prodigan contra todo lo atrevido o que se aparta de lo corriente. Después de la revolución social no habrá territorios reservados; los Pieles Rojas se verán ahogados por el mar inmenso de los Pobres Blancos. ¿Y

después? ¿Tolerarán que usted siga escribiendo villancicos, mi buen Dionisio? ¿Y a usted, desgraciado Henry, le será permitido vivir en esta casa de las magníficas letrinas, para continuar sus tranquilas excavaciones en las minas de la frívola erudición? Y Ana…

—Y a usted —dijo Ana interrumpiéndole— ¿le será permitido continuar hablando?

—Puede usted tener la certeza —replicó Mister Scogan— de que no me será permitido. Tendré que dedicarme a algún Trabajo Honrado.

CAPÍTULO XII

«El Pulgón, el Mildeu y el Tizón…».

Mary sentíase perpleja y desolada. Quizá no había oído bien. Quizá lo que él había dicho en realidad era: «Squire, Binyon y Shanks» o «Childe, Blunden y Eearp», o acaso «Abercrombie, Drinkwater y Rabindranath Tagore». Quizás. Pero sus oídos no le engañaban nunca. «El pulgón, el Mildeu y el Tizón…». Se veía obligada, bien a pesar suyo, a admitir que Dionisio había pronunciado efectivamente aquellas palabras inadmisibles. Deliberadamente había él rechazado su tentativa de

entablar una discusión formal. Era horrible. ¡Un hombre que no quería hablar en serio con una mujer precisamente porque era una mujer! ¡Oh, imposible! Egeria o nada. Acaso Gombauld fuera más complaciente. Verdad era que su herencia meridional era un poco inquietante; pero a lo menos era un trabajador serio y ella se asociaría a su trabajo. ¿Y Dionisio? Después de todo, ¿qué era Dionisio? Un diletante, un aficionado…

Gombauld había destinado, para servirle de taller de pintura, un pequeño granero abandonado, rodeado de una verde cerca, que se hallaba al otro lado del corral de la granja. Era una cuadrada

construcción de ladrillos, con un techo puntiagudo y sendas ventanitas en la parte superior de sus cuatro paredes. Una escalerilla de cuatro peldaños conducía a la puerta; porque el granero se hallaba encaramado sobre el suelo, fuera del alcance de las ratas, por medio de cuatro macizos hongos de piedra gris. En su interior se esparcía un mustio olor de polvo y telas de araña; y el estrecho dardo de luz solar que entraba oblicuamente a todas horas por una de las ventanitas, siempre estaba lleno de corpúsculos plateados. Allí trabajaba Gombauld con una especie de ferocidad concentrada, durante seis o siete horas cada día. Se esforzaba en hallar algo

nuevo, tremendo.

Durante los últimos ocho años, la mitad casi de los cuales se gastaron en el empeño de ganar la guerra, él se había abierto camino laboriosamente con el cubismo. Ahora se hallaba ya del otro lado. Había empezado pintando una naturaleza convencional; después, poco a poco, se había ido elevando desde la Naturaleza al mundo de la forma pura, hasta que, por fin, se dedicaba a pintar únicamente sus propios pensamientos, exteriorizados por las formas geométricas abstractas, inventadas por el espíritu. La empresa le había parecido ardua y divertida. Y luego, de pronto, se había sentido insatisfecho; se

hallaba constreñido y aprisionado por limitaciones intolerablemente estrechas. Sentíase humillado al darse cuenta de lo escasas, toscas y desprovistas de interés que resultaban las formas que podía inventar; las invenciones de la Naturaleza se le mostraban innumerables, inconcebiblemente sutiles y primorosas. Había acabado con el cubismo. Se hallaba del otro lado. Pero la disciplina cubista le guardaba de caer en los excesos del culto de la Naturaleza. Tomaba de la Naturaleza sus ricas, sutiles, primorosas formas, pero su propósito era siempre trabajarlas, reduciéndolas a un conjunto que ofreciera la conmovedora sencillez y

estructura de una idea; combinar un prodigioso realismo con una prodigiosa simplificación. Le asediaban los recuerdos de las portentosas realizaciones de Caravaggio. Formas de respirante, vívida realidad, que emergen de las tinieblas y se construyen en composiciones tan luminosamente sencillas y puras como una idea matemática. Pensaba en la Vocación de Mateo, en el Pedro Crucificado, en los Tañedores de Laúd, en la Magdalena. ¡Poseía el secreto aquel asombroso rufián, poseía el secreto! Y ahora Gombauld volvía a buscarlo con ardoroso empeño. Sí, había de realizar algo tremendo, con tal de que pudiera

alcanzarlo.

Durante mucho tiempo una idea le hurgaba, se le difundía como un fermento por el espíritu. Había llenado de estudios una carpeta y había dibujado un cartón; y ahora la idea iba tomando forma en la tela. Un hombre caído de un caballo. El enorme animal, un descarnado y blanco caballo de tiro, llenaba la mitad superior del cuadro con su cuerpo gigantesco. Su cabeza inclinada hacia el suelo estaba en la sombra; el inmenso cuerpo huesudo era lo primero que se apoderaba de la mirada, el cuerpo y las patas, que caían a los dos lados del cuadro como las columnas de un arco. En el suelo, entre

las patas del dominante bruto, yacía en escorzo la figura de un hombre, con la cabeza en el extremo del primer plano, y los brazos ampliamente tendidos a derecha e izquierda. Una luz blanca, implacable, se derramaba de un punto situado a la derecha del primer término. El animal, el hombre caído, quedaban crudamente iluminados; a su alrededor, más allá y detrás de ellos, se difundía la noche. Estaban solos en las tinieblas; por sí mismos constituían un universo. El cuerpo del caballo llenaba la parte superior del cuadro; las patas, los enormes cascos plantados en inmovilidad y en pleno pisoteo, lo limitaban por los dos costados. Y

debajo yacía el hombre, con el rostro en escorzo en el punto focal del centro, con los brazos extendidos hacia los lados del cuadro. Bajo el arco del vientre del caballo, entre sus patas, la vista penetraba en una intensa obscuridad; debajo, el espacio quedaba cerrado por la figura del hombre tendido. Una sima central de tinieblas rodea da de formas luminosas…

El cuadro estaba más que a medio terminar. Gombauld había estado trabajando toda la mañana en la figura del hombre, y ahora estaba descansando un poco, el tiempo de fumarse un cigarrillo. Reclinando su silla hasta tocar en la pared, iba mirando

pensativamente su cuadro. Estaba satisfecho, y al mismo tiempo desolado. En sí mismo, aquello estaba bien; de esto no dudaba. Pero aquel algo que él buscaba, aquel algo que había de ser tan tremendo con tal de que pudiera alcanzarlo, ¿lo había alcanzado? ¿Lo alcanzaría jamás?

Tres golpecitos: ¡tras, tras, tras! Sorprendido, Gombauld volvió los ojos hacia la puerta. Nadie le había molestado jamás cuando estaba trabajando; esto constituía una de las leyes no escritas.

—¡Adelante! —gritó.

La puerta, que se hallaba entornada, se abrió del todo, mostrando, de cintura

arriba, la figura de Mary. No se había atrevido a subir más de la mitad de la escalerilla. Si él no la admitía, la retirada resultaría de este modo más fácil y más digna que si subía hasta el último peldaño.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

—Desde luego.

Ella saltó de un brinco los dos peldaños que faltaban y en un momento se halló en el umbral.

—El segundo correo ha traído una carta para usted —dijo—. He pensado que podía ser importante y se la he traído yo misma.

Sus ojos, su rostro infantil eran luminosamente cándidos en el momento

de entregar la carta. Jamás se había dado un pretexto tan baladí.

Gombauld miró el sobre y se metió la carta en el bolsillo sin abrirla.

—Por fortuna —dijo— no tiene ninguna importancia. Muchas gracias de todos modos.

Hubo una pausa; Mary sentíase algo intranquila.

—¿Puedo dar una mirada a lo que ha pintado usted? —dijo por fin, venciendo su temor.

Gombauld sólo se había fumado la mitad de su cigarrillo; en todo caso no se pondría a trabajar de nuevo hasta que lo hubiera terminado. Concedería a Mary los cinco minutos que lo

separaban de la amarga colilla.

—Ese es el mejor sitio para mirarlo —dijo.

Mary miró el cuadro un rato sin decir nada. En realidad no sabía qué decir; estaba turbada, desconcertada. Se había figurado encontrar una obra maestra del cubismo y estaba viendo la pintura de un hombre y un caballo que no sólo se podían reconocer como tales, sino que como tales se afirmaban agresivamente en el dibujo. *Trompe l'oeil*: no había otra palabra para expresar el delineado de aquella figura en escorzo bajo las patas pisoteantes del caballo. ¿Qué pensar? ¿Qué decir? Sentíase desorientada. La reproducción

del mundo real podía admirarse en los maestros antiguos. Naturalmente. Pero ¿en un moderno?… A los dieciocho años ella hubiera podido admirar aquello. Pero ahora, después de cinco años de aleccionarse con los mejores críticos, su reacción instintiva ante una obra contemporánea realista era el desprecio, una explosión de risa desdeñosa. ¿Qué se proponía Gombauld? ¡Se había sentido tan segura admirando su obra anterior! Pero ahora no sabía qué pensar. Era difícil, muy difícil.

—Esto viene a ser un alarde de claroscuro, ¿verdad? —se atrevió a decir por fin, felicitándose interiormente

por haber hallado una fórmula crítica tan cortés y al mismo tiempo tan aguda.

—Eso es —asintió Gombauld.

Mary estaba satisfecha; el pintor aceptaba su crítica; la discusión era seria. Inclinó a un lado la cabeza y entornando los ojos.

—Lo encuentro muy bello —dijo—. Desde luego, acaso es demasiado… demasiado *trompe l'oeil* para mi gusto.

Miró a Gombauld, que no respondió y continuó fumando, fumando y escrutando pensativamente su pintura. Mary continuó, jadeando:

—Cuando estuve en París en la pasada primavera, vi muchas obras de Tschuplitski. Admiro

extraordinariamente su obra. Sin duda, ahora se ha vuelto terriblemente abstracto; terriblemente abstracto y terriblemente intelectual. Se contenta con echar sobre la tela unos pocos cuadrilongos, muy planos, ¿sabe usted?, y pintados con puros colores primarios. Pero su dibujo es maravilloso. Se vuelve cada día más abstracto. Cuando yo estaba allá, había abandonado completamente la tercera dimensión y estaba pensando precisamente en renunciar a la segunda. Muy pronto, decía, no quedará sino la tela en blanco. Y esta es la conclusión lógica. La abstracción completa. La pintura se habrá terminado; él está acabando con

ella. Cuando haya logrado la pura abstracción, se dedicará a la arquitectura. Dice que es más intelectual que la pintura. ¿No le parece a usted? —preguntó con un jadeo final.

Gombauld tiró la punta de su cigarro y la pisoteó.

—Tschuplitski acaba con la pintura —dijo—. Y yo he acabado con mi cigarrillo. Pero ahora voy a continuar pintando.

Y, avanzando hacia ella, le rodeó la espalda con el brazo y la hizo girar en redondo en dirección contraria al cuadro.

Mary levantó hacia él la mirada; su cabello se bamboleaba hacia atrás como

una silenciosa campana de oro. Sus ojos estaban serenos; sonreía. Por fin había llegado el momento. El brazo de Gombauld la rodeaba. Él avanzaba lentamente, casi imperceptiblemente, y ella con él. Era un abrazo peripatético.

—¿No está usted de acuerdo con él? —repetía ella.

El momento podía haber llegado, pero ella no dejaría de ser intelectual, seria.

—No lo sé. Tendré que pensarlo. —Gombauld aflojó su abrazo, su mano se deslizó del hombro de ella.

—¡Tenga usted cuidado con la escalera! —añadió solícitamente.

Mary miró en derredor, alarmada. Se

hallaban ante la puerta abierta. Permaneció firme un momento, muy azorada. La mano que había estado primero en su hombro se dejaba sentir ahora mucho más abajo de la espalda. Le administró tres o cuatro amables golpecitos. Respondiendo automáticamente a su estímulo, avanzó.

—Tenga usted cuidado al bajar la escalera —le dijo Gombauld por segunda vez.

Ella tuvo cuidado. La puerta se cerró tras ella y se halló sola en el pequeño y verde cercado. Se volvió lentamente por donde había venido atravesando el corral; estaba pensativa.

CAPÍTULO XIII

Henry Wimbush trajo consigo a la hora de la comida un legajo de hojas impresas guardadas en una carpeta de cartón.

—Hoy —dijo, exhibiéndolo con cierta solemnidad—, hoy he terminado la impresión de mi Historia de Crome. Esta tarde he ayudado a componer su última página.

—¿La famosa historia? —exclamó Ana.

La redacción y la impresión de aquel Magnus Opus duraban desde época casi inmemorial para ella. Durante toda su

infancia la Historia del tío Henry había sido una cosa vaga y fabulosa, oída a menudo pero nunca vista.

—Me ha tomado cerca de treinta años —dijo Mister Wimbush—. Veinticinco años para escribirla y cerca de cuatro para imprimirla. Y ahora está terminada —contiene la crónica entera, desde el nacimiento de *Sir* Ferdinando Lapith hasta la muerte de mi padre William Wimbush; más de tres siglos y medio: una Historia de Crome escrita en Crome e impresa en Crome en mi propia imprenta.

—¿Podremos leerla ahora que está terminada? —preguntó Dionisio.

Mr. Wimbush asintió con la cabeza.

—Ciertamente —dijo—, y espero que no la hallarán ustedes desprovista de interés —añadió modestamente—. Nuestro archivo es particularmente rico en documentos antiguos, y hasta poseo algunos datos muy nuevos sobre la introducción del tenedor de tres púas.

—¿Y las personas? —preguntó Gombauld—. *Sir* Ferdinando y todos los demás, ¿eran gente divertida? ¿Hubo crímenes o tragedias en la familia?

—Vamos a ver —Henry Wimbush se frotó la barba pensativamente—. Sólo hallo dos suicidios, una muerte violenta, cuatro o cinco amores desgraciados, y media docena de borroncitos en los blasones, en forma de matrimonios

desiguales, seducciones, hijos naturales y cosas por el estilo. No, en conjunto resultan unas crónicas plácidas y exentas de acontecimientos extraordinarios.

—Los Wimbush y los Lapith siempre fueron personas prudentes y respetables —dijo Priscilla con un matiz de menosprecio en la voz—. Si yo tuviera que escribir la historia de mi familia, tendría que tacharla toda desde el principio al fin.

Se echó a reír jovialmente y sirvióse otro vaso de vino.

—Si yo tuviera que escribir la mía —observó Mr. Scogan—, resultaría algo inexistente. Después de la segunda generación, nosotros, los Scogan, nos

perdemos entre las brumas del pasado.

—Después de comer —dijo Henry Wimbush, algo picado en su amor propio por el comentario desdeñoso de su esposa sobre los señores de Crome —, voy a leer a ustedes un episodio de mi Historia que les obligará a admitir que también los Lapith, a su respetable manera, tuvieron sus tragedias y extrañas aventuras.

—Me alegro de saberlo —dijo Priscilla.

—¿De qué se alegra usted? —preguntó Jenny, emergiendo súbitamente de su íntimo mundo interior, como el cuco del reloj.

Recibió la explicación, sonrió,

asintió con la cabeza, luego cantó «¡Ah!, ya», y se volvió adentro, cerrando de golpe tras sí la puerta.

La comida había terminado; los comensales habían pasado al salón.

—Vamos, pues —dijo Henry Wimbush, acercando una silla a la lámpara. Ajustó sus redondos lentes con armadura de concha, y meticulosamente empezó a volver las páginas de su libro, todavía sin encuadernar y fragmentario. Por fin encontró el pasaje que buscaba.

—¿Puedo empezar? —preguntó, levantando la mirada.

—Sí —dijo Priscilla, bostezando.

En medio del atento silencio, Mr. Wimbush produjo una tosecilla

preliminar y comenzó a leer.

«El niño que estaba destinado a ser el cuarto *baronet* con el nombre de Lapith, nació en el año 1740. Era un nene muy pequeño, que no pesaba al nacer más de tres libras, pero que desde el principio fue robusto y sano. En honor de su abuelo materno, *Sir* Hércules Occam, de Bishop's Occam, fue cristianado con el nombre de Hércules. Su madre, como muchas madres, llevaba un registro en que anotaba mes por mes los progresos del niño. Andaba a los diez meses, y antes de cumplir los dos años había aprendido bastantes palabras. A los tres años sólo pesaba veinticuatro libras, y a los seis, aunque

sabía leer y escribir perfectamente y mostraba notables disposiciones para la música, no tenía más altura ni peso que un niño normal de dos años. Mientras tanto, su madre había tenido otros dos hijos, un niño y una niña, uno de los cuales murió del *croup* siendo muy pequeño, y el otro le fue arrebatado por la viruela antes de llegar a los cinco años. Hércules fue, pues, el único hijo sobreviviente.

»En el duodécimo aniversario de su nacimiento, Hércules no medía más de tres pies y dos pulgadas. Su cabeza, que era muy hermosa y de noble configuración, era demasiado grande para su cuerpo; con todo, era

exquisitamente proporcionado, y mostraba mucha fuerza y agilidad para su talla. Sus padres, con la esperanza de hacerle crecer, consultaron a todos los más eminentes médicos de su época. Sus diversas prescripciones eran seguidas a la letra, pero en vano. El uno le ordenaba un muy copioso régimen de carne; el otro, mucho ejercicio; un tercero, construyó un pequeño potro, copiado de los que usaba la Santa Inquisición, en el cual el joven Hércules era tendido, en medio de crueles tormentos, durante media hora mañana y tarde. En el decurso de los tres años siguientes Hércules ganó en altura unas dos pulgadas. A contar desde entonces,

su crecimiento se detuvo completamente, y permaneció todo el resto de su vida siendo un pigmeo de tres pies y cuatro pulgadas. Su padre, que había puesto en su hijo las más extraordinarias esperanzas y había planeado para él en su imaginación una carrera militar igual a la de Marlborugh, sufrió una decepción muy grande. «He traído al mundo un engendro», decía; y le tomó una repugnancia tan grande de su hijo, que el muchacho apenas se atrevía a presentarse ante él. El carácter del padre, que siempre había sido sereno, a causa de su desilusión se convirtió en mal humor y hurañía. Evitaba toda sociedad (pues según decía se

avergonzaba de presentarse como padre de un *lusus naturae*, entre seres humanos sanos y normales), y en su soledad entregóse a la bebida, que lo llevó muy rápidamente a la tumba; un año antes de que Hércules llegara a su mayor edad, su padre murió de apoplejía. Su madre, cuyo amor por el hijo había aumentado a medida que aumentaba la dureza del padre, no le sobrevivió mucho tiempo, sino que, pasado poco más de un año de la muerte de su esposo, murió de un ataque de fiebre tifoidea, después de haberse comido dos docenas de ostras.

»De este modo, Hércules, a los veintidós años, se halló solo en el

mundo y dueño de una considerable fortuna, de la que formaban parte la hacienda y la • mansión de Crome. La belleza y la inteligencia de sus primeros años persistieron en su edad viril, y, a no ser por su enana estatura, hubiera podido figurar entre los más hermosos y cumplidos jóvenes de su tiempo. Conocía perfectamente los autores griegos y latinos, así como todos los modernos de algún mérito que habían escrito en inglés, francés o italiano. Tenía muy buen oído para la música y tocaba bastante bien el violín, aunque había de hacerlo como quien toca el violoncelo, sentado en una silla con el instrumento entre sus piernas. Prefería

sobre todo la música del clave y el manicordio, pero la pequeñez de sus manos le imposibilitaba para tocar aquellos instrumentos. Tenía una pequeña flauta de marfil, hecha ex profeso para él, en la cual, cuando se sentía melancólico, acostumbraba tocar alguna melodía aldeana o alguna jiga, y afirmaba que aquella música rústica tenía más eficacia para serenar y entonar el espíritu que las más acabadas producciones de los maestros. Desde temprana edad se dedicó a la composición poética, pero, aunque consciente de sus grandes disposiciones para este arte, no quiso nunca publicar ninguna muestra de lo que había escrito.

«Mi estatura, decía, se refleja en mis versos; si el público llegara a leerlos, lo haría no porque soy un poeta, sino porque soy un enano». Se han conservado algunas obras manuscritas de *Sir* Hércules. Bastará una sola muestra para darnos ejemplo de sus cualidades de poeta.

“En tiempos remotos, cuando el
mundo era todavía joven,
antes de que Abraham apacentara
sus rebaños y Homero cantara,
cuando Túbal el forjador dominó la
llama creadora,
y Jabal habitaba en tiendas y Jubal
tocaba la lira,

la carne corrompida tuvo un parto monstruoso
y los obscenos gigantes hollaron la Tierra estremecida,
hasta que Dios, cansado de aquella progenie pecadora,
dio rienda suelta a su cólera y los ahogó con su Diluvio.
De nuevo fecunda, la repoblada Tierra produjo
el Héroe grosero y el Hombre de Guerra;
torres inmensas de músculos rematadas por un cráneo vacío,
temerarios neciamente, heroicamente imbéciles.
Pasaron largos periodos y el

hombre se hizo más refinado,
más débil de músculos pero de
Espíritu más vasto,
sonrió ante los espadones, las
flechas y las picas de sus
abuelos,
y aprendió a manejar el Lápiz y el
Cálamo.
El lienzo resplandeciente y la
página escrita
inmortalizaron su nombre a través
de las edades,
su nombre se halló blasonado en
las paredes del Templo de la
Fama;
porque el Arte se hacía grande a
medida que la Humanidad se

hacía pequeña.
De este modo podemos trazar el dilatado progreso del hombre, paso a paso;
el Gigante muere, el Héroe lo substituye;
el gigante vil, la estúpida Mole heroica:
ante el uno temblamos, ante el otro nos reímos.
El hombre aparece por fin. En él la pura llama del Espíritu
arde más brillante en ya ordenada estructura.
Antiguamente, cuando los Héroes luchaban y los gigantes pululaban,

los hombres eran enormes
montones de materia apenas
formada;
abrumado por la, fermentación de
una masa tan vasta,
el espíritu dormitaba y la
inteligencia se entorpecía.
La armazón más pequeña de los
tiempos más próximos
se ha modelado rápidamente; el
Alma descargada juega
y como un Faro lanza a lo lejos sus
rayos espirituales.
Pero ¿podemos pensar que la
Providencia detendrá
los pasos del hombre en su marcha
ascendente?

La Humanidad, en inteligencia y en gracia,
¿no se alejará más todavía de la raza de los gigantes?
¡impío pensamiento! Guiada por la propia Mano de Dios,
la Humanidad seguirá avanzando hacia la Tierra Prometida.
Tiempos vendrán (proféticamente columbro
auroras remotas en el cielo sombrío),
en que los felices mortales de una Edad de Oro
volverán la página lóbrega de la Historia,
y nuestra jactanciosa raza de

Hombres verán
una forma tan grosera, un espíritu
tan muerto y frío,
como vemos nosotros en los
gigantes, en los guerreros,
primitivos.
Tiempos vendrán en que el alma se
verá libre
completamente de toda materia
superflua;
en que el cuerpo, ligero, ágil como
el de un cervatillo,
retozará con gracia en el
aterciopelado césped.
Último parto y el más exquisito de
la Naturaleza,
la Humanidad perfeccionada

poseerá la Tierra.
¡Ah!, ¡pero no todavía! Porque aún
la raza de los Gigantes
enorme, débil de inteligencia, pisa
la hermosa faz de la Tierra;
groseros y repulsivos,
perversamente orgullosos,
los hombres se jactan a grandes
voces de sus imperfecciones.
Vanidosos de su corpulencia,
conservan todavía
la absurda jactancia de la fealdad
de los gigantes;
dirigen su estúpido menosprecio
hacia todas las cosas pequeñas
y, monstruos, considéranse nacidos
divinamente.

El hado se entristece al verlos ¡ay!,
más también se entristecen
los raros precursores de la raza
más noble
que vienen a anunciar la dorada
gloria de los hombres,
pero que, mientras señalan al
Cielo, viven por su parte en el
infierno".

»Una vez en posesión de su propiedad, *Sir* Hércules se ocupó en reformar el menaje de su casa. Pues aunque no se avergonzaba nada de su deformidad —al contrario, si juzgamos por el poema que hemos citado, se consideraba en muchos respectos

superior a la raza corriente de los hombres—, le molestaba la presencia de los hombres de talla normal. Comprendiendo también que había de renunciar a toda ambición para con el mundo de las personas grandes, se determinó a retirarse absolutamente de ellas y a crear, por decirlo así, en Crome, un mundo aparte para él, en que todas las cosas le estuvieran proporcionadas. En consecuencia, se deshizo de todos los antiguos sirvientes de la casa, substituyéndolos poco a poco, a medida que podía encontrarles sucesores adecuados, por otros de estatura enana. Al cabo de pocos años había reunido a su alrededor un servicio

numeroso, ningún miembro del cual pasaba de cuatro pies de altura, siendo los más pequeños apenas de dos pies y seis pulgadas. Los perros de su padre, perdigueros, mastines, lebreles y una manada de sabuesos, fueron vendidos o regalados por demasiado corpulentos y ruidosos, y substituidos por doguitos, perritos de aguas y otras razas de perros muy pequeños. Las cuadras de su padre fueron también vendidas. Para su uso particular, equitación o tiro, tenía seis caballitos negros de Shetland y cuatro selectos animales píos de la raza de New Forest.

»Una vez puesta en orden su casa a su entera satisfacción, sólo le quedaba

hallar una compañera digna de él con quien compartir aquel paraíso. *Sir* Hércules tenía un corazón muy susceptible y más de una vez, entre los dieciséis y los veinte años, se había sentido enamorado. Pero en esto su deformidad había sido origen de las más amargas humillaciones: una vez que se había atrevido a declararse a una joven que le agradaba, fue recibido con risotadas. Y como él insistiera, ella lo levantó del suelo y lo sacudió como si fuera un chiquillo importuno, diciéndole que se fuera a paseo y que no la molestara más. La anécdota se difundió pronto —la misma joven la repetía como un caso particularmente chusco—,

y las burlas y los vituperios a que dio ocasión causaron a Hércules los más crueles disgustos. De los poemas que escribió en aquella época deducimos que pensó en quitarse la vida. Sin embargo, con el tiempo pudo superar aquella humillación; pero aunque a menudo se sintió enamorado, y aun con verdadera pasión, nunca más se atrevió a declararse a las mujeres por quien se interesaba. Una vez tomó posesión de su herencia y halló que se encontraba en situación de crearse un mundo a su gusto, comprendió que si había de tomar esposa —lo cual deseaba ardientemente, por ser de temperamento afectuoso y aun apasionado—, debía elegirla como

había elegido a sus sirvientes —entre la raza de los enanos. Pero para encontrar una esposa conveniente se halló con algunas dificultades; porque no quería casarse con ninguna que no se distinguiera por su belleza y noble nacimiento. Rehusó casarse con la hija de Lord Bemboro porque, además de ser pigmea, era jorobada; otra joven huérfana, perteneciente a muy buena familia del Hampshire, fue rechazada por él porque su rostro, como el de muchos enanos, era arrugado y repulsivo. Finalmente, cuando casi desesperaba de salir adelante con su propósito, supo de buena fuente que el Conde Titimalo, noble veneciano, tenía

una hija de exquisita beldad y excelentes prendas y que sólo medía tres pies de altura. Sin pensarlo más se fue a Venecia, y apenas llegó, se dirigió a ofrecer sus respetos al Conde, a quien halló habitando con su mujer y cinco hijos en un aposento modestísimo, situado en uno de los barrios más pobres de la ciudad. Efectivamente, el Conde se hallaba en tan crítica situación que, según se decía, estaba negociando con una compañía trashumante de payasos y acróbatas que habían tenido la desgracia de perder su enano comediante, la venta de su diminuta hija Filomena. *Sir* Hércules llegó a tiempo para salvarla de aquel desgraciado destino, porque se

quedó tan encantado de la gracia y la belleza de Filomena, que, después de haberla cortejado sólo durante tres días, le hizo una formal petición de casamiento, que fue aceptada no menos jubilosamente por ella que por su padre, quien presintió que un yerno inglés constituiría una rica e infatigable fuente de ingresos. Después de un casamiento sin ostentación, al cual el embajador inglés asistió como testigo, *Sir* Hércules y su esposa se volvieron por mar a Inglaterra, donde se instalaron para llevar, como llevaron, una vida de no turbada felicidad.

»Crome y su servicio de enanos encantaron a Filomena, quien, por

primera vez, se juzgó mujer libre que vivía entre sus iguales en un mundo amigo. Tenía muchas preferencias comunes con su esposo, especialmente la de la música. Poseía una hermosa voz de intensidad sorprendente en persona tan pequeña. Llegaba al do mayor agudo sin esfuerzo. Acompañada por su esposo con su primoroso violín de Cremona, que tocaba, como ya hemos advertido antes, a modo de violoncelo, cantaba ella las arias más graciosas y tiernos de las óperas y cantatas de su país nativo. Sentados ambos al clave, hallaron que podían tocar a cuatro manos toda la música escrita para dos manos de tamaño normal, circunstancia que

deparó a *Sir* Hércules un placer inagotable.

»Cuando no hacían música juntos o no leían, cosa que hacían a menudo en inglés y en italiano, pasaban el tiempo en sanos ejercicios al aire libre: a veces remaban por el lago en una barquita, pero con mayor frecuencia montaban a caballo o guiaban su tronco, ocupaciones que, por serle completamente nuevas, deleitaban a Filomena.

»Cuando llegó a ser amazona muy aventajada, Filomena con su esposo acostumbraba a cazar en el parque, que era por aquel tiempo mucho más extenso que hoy. Pero no cazaban zorras ni

liebres, sino conejos, con una jauría de unos treinta doguitos de pelo negro dorado. Cuatro palafreneros enanos, con libreas de color escarlata y montados en caballitos blancos de Exmoor, acosaban la jauría, mientras su señor y su señora, vestidos de verde, los seguían montados en sus negros Shetlands o en sus pequeñas jacas de New Forest. Un cuadro del conjunto de esta caza — perros, caballos, palafreneros y señores — fue pintado por William Stubbs, cuya obra admiraba tanto *Sir* Hércules que lo invitó, a pesar de ser hombre de estatura ordinaria, a venir a instalarse en la mansión para que ejecutara aquella pintura. Stubbs pintó también un retrato

de *Sir* Hércules y su esposa guiando su carretela esmaltada de verde y tirada por cuatro Shetlands negros. *Sir* Hércules viste una casaca de terciopelo de color ciruela y calzas blancas; Filomena va vestida de muselina floreada y lleva un gran sombrero con plumas de color de rosa. Las dos figuras, en su placentero vehículo, se destacan vivamente sobre oscuro fondo de arboleda; pero a la izquierda de la pintura los árboles se van haciendo raros hasta desaparecer, de manera que los cuatro caballitos negros tienen por fondo un cielo pálido y extrañamente cárdeno del color de oro pardo de las nubes de tormenta donde se transparenta

el sol.

»De este modo transcurrieron cuatro años felices. Al cabo de este tiempo, Filomena se sintió embarazada. *Sir* Hércules estaba rebosante de alegría. “Si Dios es bueno, escribió en su diario, el nombre de los Lapiths será conservado y nuestra raza, exquisita y delicada, se transmitirá de generación en generación hasta que en la plenitud de los tiempos el mundo habrá de reconocer la superioridad de estos seres de que ahora acostumbra a burlarse”. Cuando su esposa dio a luz un niño, él escribió un poema sobre este asunto. El niño fue cristianado con el nombre de Ferdinando, en memoria del abuelo

edificador de la casa.

»En el transcurso de los meses, cierta sensación de inquietud comenzó a invadir los espíritus de *Sir* Hércules y su esposa. Porque el niño crecía con extraordinaria rapidez. Al cumplir el año, ya pesaba tanto como Hércules a los tres años. “Ferdinando sigue *crescendo*”, escribió Filomena en su Diario. “Esto no parece natural”. A los dieciocho meses, el niño era casi tan alto como el más pequeño de los palafreneros, hombre de treinta y seis años. ¿Era posible que Ferdinando estuviera destinado a ser un hombre de dimensiones normales, gigantescas? Ni el padre ni la madre se atrevían a

expresar semejante idea, pero en lo secreto de sus respectivos Diarios se traslucía su preocupación, llena de terror y congoja.

»Al cumplir los tres años, Ferdinando era más alto que su madre y sólo dos pulgadas más bajo que su padre. "Hoy por primera vez, escribió *Sir* Hércules, hemos comentado la situación. La horrible verdad no puede ya permanecer oculta: Ferdinando no es de los nuestros. En este tercer aniversario, día en que debiéramos regocijarnos por la salud, la fuerza y la belleza de nuestro hijo, hemos llorado juntos sobre la ruina de nuestra felicidad. ¡Dios quiera darnos fuerzas

para soportar esta cruz!”.

»A la edad de ocho años, Ferdinando era tan alto y disfrutaba de tan exuberante salud que sus padres decidieron, aunque con repugnancia, enviarlo a la escuela. Fue despachado para Eton a comienzos del segundo semestre. Una paz profunda se difundió por la casa. Ferdinando volvió para las vacaciones del verano, más alto y fuerte que nunca. Un día derribó al mayordomo y le rompió un brazo. “Es brutal, desconsiderado, rebelde a la persuasión”, escribió su padre. “Lo único que puede enseñarle buenas maneras son los castigos corporales”. Ferdinando, que a su edad medía

diecisiete pulgadas de altura más que su padre, no recibió castigos corporales.

»Durante las vacaciones de verano, tres años después, Ferdinando volvió a Crome acompañado de un enorme mastín. Lo había comprado en Windsor a un anciano, para quien el animal era demasiado costoso de mantener. Era una bestia salvaje, traidora; apenas entró en la casa, atacó a uno de los perrillos favoritos de *Sir* Hércules, lo aferró entre sus mandíbulas y lo sacudió hasta dejarlo casi muerto. Extremadamente conmovido por este suceso, *Sir* Hércules ordenó que el animal fuera encadenado en el patio de las caballerizas Ferdinando replicó

malhumorado que el perro era suyo y quería guardarlo donde le pluguiere. Su padre, ya encolerizado, le mandó que echara inmediatamente al animal de su casa si no quería pagarlo caro. Ferdinando se negó a dar un paso. En aquel momento entró su madre en la habitación, y el perro saltó sobre ella, la derribó, y en un instante le produjo serias magulladuras en brazos y espalda; un momento más e inevitablemente la hubiera aferrado por la garganta, si no hubiera *Sir* Hércules desenvainado su espada y atravesado el corazón del animal. Volviéndose hacia su hijo, le ordenó que saliera de la habitación inmediatamente, por indigno de

permanecer donde estaba su madre, a quien había estado a punto de asesinar. El aspecto de *Sir* Hércules era tan amenazador con un pie sobre el cuerpo del gigantesco perro, desnuda la espada y todavía sangrienta; tan conminatorios eran su voz, sus gestos y la expresión de su rostro, que Ferdinando se escabulló, aterrorizado, de la habitación y durante el resto de las vacaciones se comportó del modo más ejemplar. Su madre se restableció pronto de las mordeduras del mastín, pero el efecto causado en su espíritu por aquel suceso dejó profunda huella; desde entonces vivió siempre atacada de terrores imaginarios.

»Los dos años que Ferdinando pasó

en el Continente, dando la vuelta a Europa, constituyeron un período de feliz reposo para sus padres. Pero aun entonces les asaltaba el temor de lo futuro; no podían ya solazarse en las diversiones de sus años juveniles. *Lady* Filomena había perdido la voz y *Sir* Hércules se había vuelto demasiado reumático para tocar el violín. Cierto es que aún corría detrás de sus perrillos en la caza, pero su mujer se sentía ya demasiado envejecida y, desde el episodio del mastín, demasiado nerviosa para tales deportes. Cuando más, para complacer a su esposo, seguía la caza a distancia, en un calesín tirado por los más tranquilos y añosos de sus

shetlands.

»El día señalado para la vuelta de Ferdinando llegó por fin. Filomena, atacada de vagos temores y presentimientos, se retiró a su habitación y se metió en cama. Sólo *Sir* Hércules recibió a su hijo. Un gigante en vestido de viaje de color marrón, entró en la sala. "Bienvenido, hijo mío", dijo *Sir* Hércules con voz algo temblorosa.

»"¡Espero que os halláréis en buena salud, señor!". Ferdinando se inclinó para estrechar la mano de su padre, luego volvió a enderezarse. La coronilla de su padre alcanzaba al nivel de su cadera.

»Ferdinando no había venido solo.

Le acompañaban dos amigos de su edad y cada uno de estos jóvenes traía consigo un sirviente. Hacía treinta años que Crome no había sido profanado por la presencia de tantos miembros de la raza común de los hombres. *Sir* Hércules se sintió aterrado y lleno de indignación, pero había que obedecer a las leyes de la hospitalidad. Recibió a los jóvenes señores con grave cortesía y mandó los sirvientes a la cocina, con orden de que fueran bien tratados.

»La antigua mesa de familia fue puesta de nuevo en servicio una vez despolvoreada. (*Sir* Hércules y su esposa acostumbraban a comer en una mesita de veinte pulgadas de alto).

Simón, el anciano mayordomo, que apenas llegaba a mirar por encima del borde de aquella mesa enorme, hubo de ser ayudado en el servicio de la cena por los tres criados que habían traído Ferdinando y sus huéspedes.

»*Sir* Hércules presidía, y con su habitual cortesía sostuvo una conversación sobre los placeres del viaje por el extranjero, las bellezas del arte y de la naturaleza que se hallan por esos mundos, la ópera de Venecia, el canto de los huérfanos en las iglesias de aquella ciudad y otros tópicos parecidos. Los jóvenes no daban atención alguna a sus palabras; estaban muy ocupados en considerar los

esfuerzos del mayordomo para cambiar los platos y llenar las copas. Disimulaban sus risas con accesos violentos y repetidos de tos, o fingiendo atragantarse. *Sir* Hércules afectó no darse cuenta de ello y desvió la conversación hacia los deportes. A este propósito, uno de los jóvenes le preguntó si era verdad, como le habían dicho, que cazaba con pequeños dogos. *Sir* Hércules respondió que era cierto, y se puso a describir la caza con cierto detalle. Los jóvenes se morían de risa.

»Cuando se terminó la cena, *Sir* Hércules descendió de su silla y, excusándose con que había de ver cómo seguía su esposa, les dio las buenas

noches. El clamor de las risotadas le siguió mientras subía las escaleras. Filomena no se había dormido; había permanecido en la cama oyendo las enormes risas y las pisadas insólitas de pesados pies por las escaleras y por los corredores. *Sir* Hércules acercó una silla junto a la cama y estuvo sentado en ella en silencio un buen rato, teniendo en las suyas las manos de su esposa y apretándoselas de vez en cuando cariñosamente. Las diez serían cuando se sintieron asustados por un ruido violento. Hubo ruptura de vasos y explosión de gritos y risas. El alboroto continuó durante unos minutos, y entonces *Sir* Hércules se levantó y, a

pesar de las súplicas de su esposa, se dispuso a ir a ver lo que pasaba. No había luz en la escalera y *Sir* Hércules bajó a tientas con precaución, peldaño a peldaño y deteniéndose un momento en cada tramo antes de aventurar un nuevo paso. El ruido se acentuaba; el vocerío, oído desde allí, ya se articulaba en palabras y en frases distinguibles. Una raya de luz aparecía por debajo de la puerta del comedor. *Sir* Hércules se dirigió hacia ella atravesando el vestíbulo. Apenas llegaba a la puerta, produjose otro formidable estruendo de vasos rotos y metal entrechocado. ¿Qué estarían haciendo? Levantándose de puntillas, alcanzó a mirar por el ojo de

la cerradura. En medio de la asolada mesa, el viejo Simón, el mayordomo, tan tomado de bebida que apenas podía tenerse en pie, danzaba una jiga. Sus pies pateaban los vidrios rotos, haciéndolos tintinar y sus zapatos estaban empapados del vino derramado. Los tres jóvenes estaban sentados a su alrededor golpeando la mesa con las botellas vacías, animándole con gritos y risas; los tres criados se reían también, apoyándose en la pared. De pronto, Ferdinando tiró un puñado de nueces a la cabeza del danzarín, cosa que sorprendió y aturdió de tal modo al hombrecillo, que se tambaleó y cayó de espaldas derribando tina garrafa y

algunos vasos. Los jóvenes lo levantaron, le hicieron beber coñac y le dieron golpecitos en la espalda. El anciano hipó sonriendo. “Mañana, dijo Ferdinando, organizaremos un baile con toda la servidumbre de la casa”. “Pero con tal de que en él tome parte papá Hércules con su porra y su piel de león”, añadió uno de sus compañeros; y los tres prorrumpieron en risotadas.

»*Sir* Hércules no quiso ver ni oír más. Atravesó otra vez el vestíbulo y se puso a subir las escaleras, levantando penosamente las rodillas a cada peldaño. Todo había acabado; ahora ya no había lugar para él en el mundo; no había lugar para él al mismo tiempo que

para Ferdinando.

»Su esposa estaba todavía despierta; a la mirada interrogadora de ella, contestó:

»—Se están burlando del viejo Simón. Mañana nos tocará a nosotros. —Estuvieron un rato silenciosos.

»Finalmente, Filomena dijo:

»—No quisiera llegar a mañana.

»—Eso sería lo mejor —dijo *Sir* Hércules. Se fue a su gabinete, escribió en su Diario una completa y detallada relación de todos los acontecimientos de aquella noche. Mientras estaba todavía ocupado en aquella tarea, tocó el timbre para llamar a un criado y le ordenó que preparara agua caliente y dispusiera un

baño para las once. Cuando hubo terminado de escribir, volvió a la habitación de su esposa y preparando una dosis de opio veinte veces más fuerte de la que ella acostumbraba a tomar cuando no podía dormir, se la presentó diciendo:

»—Aquí tenéis vuestra poción somnífera.

»Filomena tomó el vaso, se recogió unos momentos, pero no bebió inmediatamente. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

»—¿Recordáis las canciones que solíamos cantar sentados *sulla terrazza* en el estío? —Empezó a cantar suavemente, con aquel fantasma de voz

resquebrajada, unos compases de la canción de Stradella: Amor, amor, *non dormir piú*—. Y vos tocabais el violín. ¡Parece que fue ayer y, con todo, hace ya tanto tiempo, tanto, tanto! *Addio amore. A rivederti*. —Se bebió la poción, y apoyando la cabeza en la almohada, cerró los ojos. *Sir* Hércules le besó la mano y se fue de puntillas, como si temiera despertarla. Volvió a su gabinete, y después de haber apuntado en el Diario las últimas palabras que le había dicho su esposa, vertió en el baño el agua que le habían traído obedeciendo a sus órdenes. Como el agua estaba demasiado caliente para entrar en el baño, tomó de un estante su

ejemplar de Suetonio. Quería leer cómo había muerto Séneca. Abrió el libro al azar. “En cuanto a los enanos”, leyó, “los aborrecía por considerarlos *lusus naturae* y de mal agüero”. Retrocedió como si hubiera recibido un golpe. Aquel mismo Augusto, bien lo recordaba, había exhibido en el anfiteatro un joven llamado Lucio, de buena familia, que apenas medía dos pies de alto y pesaba diecisiete libras, pero que tenía una voz estentórea. Volvió las páginas. Tiberio, Calígula. Claudio, Nerón era la narración de crecientes horrores. “A Séneca, su preceptor le obligó a matarse”. Luego Petronio, que había reunido a sus amigos

a su alrededor en su última hora, rogándoles que le hablaran, no de los consuelos de la filosofía, sino de galantería y amor, mientras su vida se iba escapando a oleadas por sus venas abiertas. Mojó otra vez la pluma en el tintero y escribió en la última página de su Diario: “Murió como un Romano”. Después, metiendo los dedos de un pie en el agua y hallando que ya no estaba demasiado caliente, se quitó la bata y, tomando una navaja de afeitar, se sentó en el baño. De un corte profundo seccionó la arteria de su muñeca izquierda; después se tendió y dispuso su espíritu a la meditación. La sangre manaba, flotando por el agua en círculos

y espirales que se disolvían. En pocos instantes todo el baño estuvo teñido de rojo. El color se hizo más intenso; Hércules se sintió dominado por invencible somnolencia; se sumergía en sueños cada vez más vagos. Pronto quedó profundamente dormido. No cabía mucha sangre en su cuerpecito».

CAPÍTULO XIV

Para tornar el café después de comer, los convidados se trasladaban a la biblioteca. Las ventanas miraban al Este, y en aquella hora del día la estancia era la más fresca de toda la casa. Era una habitación muy ancha, decorada en el siglo XVIII con estanterías pintadas de blanco y de elegante dibujo. En medio de una pared, una puerta, ingeniosamente tapizada con ringleras de libros fingidos, daba acceso a un profundo armario donde, entre un montón de legajos y viejos periódicos, el sarcófago de la momia de una señora

egipcia, traído por el segundo *Sir* Ferdinando de su vuelta al mundo, se iba desmoronando en la obscuridad. A una distancia de diez yardas, y a primera vista, se podía tomar aquella puerta secreta por una sección de estantería llena de libros de veras. Con la taza de café en la mano, Mr. Scogan estaba de pie ante la fingida estantería. Entre sorbo y sorbo, iba discurriendo.

—El estante inferior —decía— está ocupado por una Enciclopedia en catorce volúmenes. Útil, pero algo insulsa, como también este Diccionario de la Lengua Finlandesa, por Caprimulge. El Diccionario Biográfico, parece mucho más prometedor.

Biografía de los Hombres que Nacieron Grandes, Biografía de los Hombres que Realizaron Grandezas, Biografía de los Hombres que sufrieron bajo la Grandeza y Biografía de los Hombres que jamás Fueron Grandes. Después tenemos aquí diez volúmenes de los Trabajos y Andanzas de Thom, al paso que la Caza del Ánade Salvaje, novela, por autor anónimo, llena nada menos que seis volúmenes. Pero ¿qué es esto?, ¿qué es esto?

Mr. Scogan se levantó sobre las puntas de los pies y atisbó.

—Seis volúmenes con los Cuentos de Knockespotch. Los Cuentos de Knockespotch —repitió—. ¡Ah, mi

querido Henry! —dijo, volviéndose en redondo— estos son sus mejores libros. Yo daría por ellos todo el resto de su biblioteca.

Mr. Wimbush, feliz posesor de una multitud de primeras ediciones, pudo permitirse una indulgente sonrisa.

—¿Es posible —continuó Mr. Scogan— que estos libros no posean más que un lomo y un título?

Abrió la puerta del armario y atisbó dentro, como si esperara encontrar detrás de ella lo que faltaba de los libros.

—¡Uf! —dijo, y volvió a cerrar la puerta—. Huele a polvo y moho. ¡Qué simbólico es esto! Acudimos a las

grandes obras maestras del pasado, esperando alguna milagrosa iluminación, y sólo hallamos al abrirlas obscuridad, polvo q un tufo lánguido de cosa marchita. Después de todo, ¿qué es la lectura sino un vicio, como la bebida, la lujuria u otra forma cualquiera de excesiva tolerancia para consigo mismo? Leemos para halagarnos y divertirnos el espíritu; leemos sobre todo para no pensar, y, con todo, los Cuentos de Knockespotch…

Hizo una pausa y tamborileó con sus dedos en los lomos de aquellos libros inexistentes e inaccesibles.

—Pero yo no estoy de acuerdo con usted acerca de la lectura —dijo Mary

—. Me refiero a la lectura seria.

—Eso está muy bien. Mary, muy bien —contestó Mr. Scogan—. Había olvidado que había personas serias en la sala.

—Me agrada la idea de esas Biografías —dijo Dionisio—. Todos cabemos en su plan; es muy comprensivo.

—Sí, las Biografías son buenas, las Biografías son excelentes —asintió Mr. Scogan—. Me las imagino escritas en muy elegante estilo Regencia —los Pabellones de Brighton puestos en palabras—, escritas acaso por el mismísimo gran doctor Lemprière. ¿Conoce usted su Diccionario Clásico?

¡Ah! —Mr. Scogan alzó la mano para dejarla caer blandamente con un gesto que indicaba que le faltaban las palabras —. Lean ustedes su Biografía de Helena; lean cómo Júpiter, disfrazado de cisne, fue capaz de aprovecharse de su situación vis-à-vis de Leda. ¡Y pensar que acaso, que sin duda ha sido él quien ha escrito estas biografías de los Grandes! ¡Qué obra, Henry, qué obra! Y por culpa de la idiota disposición de la puerta de esta biblioteca no podemos leerla.

—Prefiero la Caza del Ánade Salvaje —dijo Ana—. Una novela en seis volúmenes; debe de ser lectura reposada.

—Reposada —repitió Mr. Scogan —. Ha acertado usted con la palabra justa. *La Caza del Ánade Salvaje* es un buen libro, aunque algo anticuado —cuadros de la vida clerical de mediados del siglo XIX, ¿sabe usted?; ejemplares de la nobleza rural; campesinos sentimentales y cómicos; y, en el fondo, siempre las bellezas pintorescas de la Naturaleza sobriamente descritas. Todo de buena calidad y sólido, pero, como ciertos *puddings*, un poquitín pesado. Personalmente, prefiero mucho más la idea de los Trabajos y Andanzas de Thom. El excéntrico Mr. Thom de Thom's Hill. El viejo Tom Thom, como sus íntimos solían llamarle. Pasó diez

años en el Tíbet, organizando la industria de la manteca clarificada según los métodos europeos modernos, y se halló en condiciones de retirarse con una buena fortuna a los treinta y seis años. El resto de su vida lo empleó en viajes y raciocinios; aquí tenemos el resultado. —Mr. Scogan dio unos golpecitos en los libros simulados—. Y ahora vamos a los Cuentos de Knockespotch. ¡Qué obra maestra y qué grande hombre! ¡Knockespotch sabía escribir obras de imaginación! ¡Ah!, Dionisio, si usted pudiera leer a Knocskespotch no escribiría usted una novela sobre el enojoso desarrollo del carácter de un joven, ni describiría usted

con infinitos y fastidiosos detalles la vida refinada de Chelsea. Bloomsbury y Hampstead. Procuraría usted escribir un libro legible. Pero el caso es que, desgraciadamente, por culpa de la peculiar disposición de la biblioteca de nuestro huésped, no podrá usted leer jamás a Knockespotch.

—Nadie puede sentirlo más que yo —dijo Dionisio.

—Fue Knockespotch —continuó Mr. Scogan— el gran Knockespotch, quien nos libertó de la horrible tiranía de la novela realista. «Mi vida, decía Knockespotch, no es tan larga que pueda permitirme malgastar sus horas preciosas escribiendo o leyendo

descripciones de interiores de la clase media». Decía también: «Me siento hastiado de ver el espíritu humano encenagado en medio de la plétora social; prefiero describirlo retozando libre y deportivamente en el vacío».

—Y diga usted —dijo Gombauld—, ¿verdad que Knockespotch resultaba a veces un si es no es obscuro?

—Lo era —replicó Mr. Scogan— y de propósito. Esto le hacía parecer más profundo de lo que era en realidad. Pero sólo era obscuro y sibilino en sus aforismos. En sus Cuentos era siempre luminoso. ¡Oh, aquellos Cuentos, aquellos Cuentos! ¿Cómo poder describirlos? Caracteres fabulosos

atraviesan rápidamente por sus páginas semejantes a acróbatas del trapecio jovialmente vestidos. Allí, se dan aventuras extraordinarias y se exponen especulaciones más extraordinarias todavía. Pensamientos y emociones, libres de todas las preocupaciones imbéciles de la vida civilizada, se mueven en danzas intrincadas y sutiles que cruzan vuelven a pasar, avanzan, retroceden, se entrechocan. Una inmensa erudición y una fantasía inmensa se dan la mano en aquellas páginas. Todas las ideas del presente y del pasado, sobre todos los asuntos posibles, emergen en esos Cuentos, sonríen gravemente o hacen con graciosas muecas su propia

caricatura, y luego desaparecen para dejar lugar a nuevas sorpresas. La superficie verbal de su estilo es rica y fantásticamente diversificada. El ingenio se muestra inagotable. El…

—Y ¿no podría usted darnos alguna muestra de todo eso? —interrumpió Dionisio—. ¿Un ejemplo concreto?

—Desgraciadamente, no —respondió Mr. Scogan—. Ese gran libro de Knockespotch es semejante a la espada Excalibur. Permanece fuertemente pegado a esta puerta, esperando el advenimiento de un escritor que posea genio suficiente para arrancarlo. Yo no soy ni siquiera un escritor, y disto mucho de estar

calificado para intentar la empresa. La extracción de Knockespotch de su prisión de madera, mi querido Dionisio, la dejo para usted.

—¡Muchas gracias! —respondió Dionisio.

CAPÍTULO XV

—En tiempos del amable Brantôme —estaba diciendo Mr. Scogan—, toda mujer que se presentaba por primera vez en la Corte de Francia era invitada a comer a la mesa del Rey, donde se le servía el vino en una hermosa copa de plata de italiana labor. No era una copa cualquiera aquella vasija de las principiantes; porque en su interior había sido grabada, por manera curiosísima e ingeniosa, una serie muy a lo vivo de amorosas escenas. A cada trago que efectuaba la joven, aquellas grabadas figuras se hacían más visibles,

y la Corte la contemplaba con interés cada vez que ponía su nariz en la copa, para ver si se sonrojaba ante lo que el vino menguante le iba revelando. Si la principiante se sonrojaba, reíanse de ella por su inocencia; si no se sonrojaba, se burlaban de ella considerándola demasiado experimentada.

—¿Se atrevería usted a proponer —preguntó Ana— que esa costumbre fuera restaurada en el Palacio de Buckingham?

—Yo, no —dijo Mr. Scogan—. Yo únicamente he citado esa anécdota como un ejemplo de las costumbres tan amablemente francas del siglo dieciséis. Hubiera podido citar otras anécdotas

para demostrar que las costumbres de los siglos diecisiete y dieciocho, así como las de los siglos quince y dieciséis, y en realidad las de todos los demás siglos a contar desde los tiempos de Hammurabi, fueron igualmente amables e igualmente francas. El único siglo en que las costumbres no se caracterizaron por la misma gozosa llaneza fue el diecinueve, que en paz descanse. En esto ha constituido una excepción sorprendente. Y a pesar de ello, con una disposición que podríamos suponer menosprecio deliberado de la Historia, aquel siglo ha considerado sus silencios horriblemente fecundos como cosa normal, natural y justa; la franqueza

de los quince o veinte mil años anteriores fue considerada por él como anormal y perversa. Ha sido este un fenómeno muy curioso.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Mary, jadeando de entusiasmo en su esfuerzo para expresar lo que iba a decir— Havelock Ellis dice…

Mr. Scogan levantó la mano como un policía que detiene el oleaje de la circulación.

—Lo dice, ya lo sé. Y esto me conduce al segundo punto: la naturaleza de aquella reacción.

—Havelock Ellis…

—La reacción cuando se produjo —y podemos decir aproximadamente que

comenzó un poco antes de empezar este siglo— la reacción se orientó hacia la franqueza, pero no hacia la misma franqueza que había reinado en épocas anteriores. Era una franqueza demasiado científica, no el retorno de la jovial sinceridad del pasado. Toda la cuestión del Amor se tornó terriblemente seria. Jóvenes graves escribieron en los papeles públicos que en adelante ya sería imposible tomar a chanza cualquier materia sexual. Los profesores escribieron gruesos libros en los cuales el sexo aparecía esterilizado y disecado. Se había hecho habitual en las jóvenes serias, como nuestra Mary, discutir con filosófica tranquilidad de materias la

menor alusión a las cuales hubiera bastado para desencadenar en los jóvenes del año sesenta un verdadero delirio de agitación amorosa. Todo esto es muy apreciable, sin duda alguna pero… —Mr. Scogan dio un suspiro— por mi parte me agradaría ver mezclado con esta pasión de carácter científico un poco más del espíritu jovial de Rabelais y de Chaucer.

—En esto sí que no estamos de acuerdo —dijo Mary—. Los asuntos sexuales no pueden tomarse en broma; son cosa muy seria.

—Acaso —contestó Mr. Scogan—, acaso sea yo un viejo obsceno, pero he de confesar que no siempre puedo

considerarlos como cosa completamente seria.

—Pues yo le digo a usted… —prorrumpió Mary furiosamente. Su rostro se había enrojecido con la emoción. Sus mejillas eran las mejillas de un gran melocotón maduro.

—En realidad —continuó Mr. Scogan—, me parecen constituir uno de los pocos temas permanente y eternamente divertidos que existen. El amor es la única actividad humana algo importante en que preponderan la risa y el placer, en proporción tan mínima como se quiera, sobre la miseria y el dolor.

—Estamos en completo desacuerdo

—dijo Mary. Hubo una pausa.

Ana miró su reloj.

—Cerca de las ocho menos cuarto —dijo—. Me sorprende que Ivor no esté aquí todavía.

Se levantó de su silla entoldada, y apoyando los codos en la balaustrada de la terraza miró a lo lejos, más allá del valle, hacia las colinas lejanas. Bajo la luz uniforme del crepúsculo, se revelaba la arquitectura del paisaje. Las profundas sombras, su contraste con los claros brillantes, daban a las colinas nueva solidez. Las irregularidades de la superficie, insospechadas antes, se destacaban con la luz y la sombra. La hierba, el trigo, el follaje de los árboles

se mostraban punteados de sombras intrincadas. La superficie de las cosas había adquirido un enriquecimiento maravilloso.

—¡Miren ustedes! —dijo Ana de pronto, señalando a lo lejos. Al lado opuesto del valle en la cresta de la loma, una nube de polvo coloreada por la luz del sol de un matiz rosa dorado, avanzaba rápidamente a lo largo del horizonte.

—Es Ivor. Se le reconoce por la velocidad.

La nube de polvo descendió al valle y se perdió. Una bocina con voz de león marino se dejó sentir cada vez más cerca. Un minuto después, llegó Ivor

dando una vuelta rapidísima al ángulo de la casa. Sus cabellos ondulaban al viento de su propia velocidad; al ver a sus amigos los saludó riendo.

—¡Ana querida! —gritó y la abrazó, abrazó a Mary y en poco estuvo que no abrazara también a Mr. Scogan—. Bueno, aquí estoy. He venido con una velocidad increíble. —El vocabulario de Ivor era rico aunque algo desordenado—. He llegado tarde para la comida, ¿verdad?

Montó sobre la balaustrada, se sentó en ella y se puso a dar golpes con los talones. Con un brazo rodeó un gran jarrón de piedra con flores, y apoyó la cabeza de lado contra sus flancos duros

y glutinosos por el liquen, en actitud de afección sincera. Tenía los cabellos castaños y ondeados y sus ojos eran de un color azul pálido indefinido. Tenía la cabeza estrecha, el rostro delgado y bastante largo, y la nariz aguileña. En su vejez —aunque era difícil imaginarse viejo a Ivor—, podría llegar a adquirir un ceñudo rostro de Duque de Hierro. Pero hoy, a la edad de veintiséis años, lo que impresionaba de él no era la estructura de su rostro, sino su expresión. Resultaba encantadora y vivaz, y su sonrisa era una irradiación. Estaba siempre en movimiento, infatigable y rápidamente, pero con una gracia llena de atractivo. Su cuerpo

frágil y esbelto parecía alimentado por un manantial inagotable de energía.

—No, no ha llegado usted tarde.

—Ha llegado usted a tiempo para contestar a una pregunta —dijo Mr. Scogan—. Estábamos discutiendo si el Amor es o no es una cosa seria. ¿Qué le parece a usted? ¿Es cosa seria?

—¿Seria? —repitió Ivor—. Sin duda alguna.

—Es lo que yo decía —exclamó Mary, triunfalmente.

—Pero seria ¿en qué sentido? —preguntó Mr. Scogan.

—Quiero decir como ocupación. Podemos entregarnos a ella sin aburrirnos nunca.

—Comprendo —dijo Mr. Scogan—; eso está muy bien.

—Podemos, con él, sentirnos ocupados siempre y en todas partes. Todas las mujeres son prodigiosamente iguales. Sus hechuras varían un poco, pero nada más. En España —con su mano libre describía una serie de amplias curvas—, no se puede hacerlas pasar delante cuando se suben las escaleras. En Inglaterra —unió la punta de su índice con la del pulgar y, bajando la mano, hizo pasar este círculo por un imaginario cilindro—, en Inglaterra son tubulares. Pero sus sentimientos son siempre los mismos. A lo menos yo siempre los he hallado iguales.

—Me alegro muchísimo de oírle decir todo eso —dijo Mr. Scogan.

CAPÍTULO XVI

Las señoras habían salido de la sala y el oporto iba circulando. Mr. Scogan llenó su vaso, entregó la botella y tendiéndose en su silla miró a su alrededor un momento en silencio La conversación murmuraba perezosamente en derredor, pero él no le prestaba atención; se aplicaba a sonreír a cierta chanza que le pasaba por las mientes. Gombauld advirtió aquella sonrisa.

—¿En qué se está usted divirtiendo? —le preguntó.

—Estaba precisamente contemplándolos a todos ustedes

sentados alrededor de esta mesa —dijo Mr. Scogan.

—¿Tan cómicos le parecemos a usted?

—¡No, de ninguna manera! —contestó cortésmente Mr. Scogan—. Estaba sencillamente divirtiéndome con mis propias especulaciones.

—¿Y qué especulaciones son esas?

—Las especulaciones más inútiles y académicas. Los estaba mirando a ustedes uno por uno, y probaba a imaginarme a cuál de los seis primeros Césares irían pareciéndose si tuvieran ocasión de comportarse como Césares. Los Césares son una de mis piedras de toque —explicó Mr. Scogan—. Son

caracteres que funcionan, por decirlo así, en el vacío. Son seres humanos desarrollados plenamente, en todas sus consecuencias lógicas. De aquí su valor incomparable como piedras de toque, como ejemplares. Cuando me encuentro por primera vez ante una persona, me pregunto: dado el medio ambiente Cesáreo, ¿a cuál de los Césares se parecerá esta persona? —Julio. Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón—. Separo uno por uno los rasgos de su carácter, sus inclinaciones mentales y emocionales, sus pequeñas rarezas y los aumento un millar de veces. La imagen resultante me da la fórmula cesariana de aquel individuo.

—Y ¿a cuál de los Césares se parece usted? —preguntó Gombauld.

—Potencialmente soy todos ellos —replicó Mister Scogan—; todos, acaso con la excepción de Claudio, que era demasiado estúpido para representar el desarrollo de algunos de mis rasgos de carácter. Los gérmenes del valor de Julio, de su imperiosa energía; de la prudencia de Augusto, de la libídine y la crueldad de Tiberio, de la locura de Calígula, del genio artístico y la enorme vanidad de Nerón, todos se hallan en mí. Si la ocasión me hubiera favorecido, yo hubiese podido ser un personaje fabuloso. Pero las circunstancias han estado contra mí. Yo nací y fui criado en

un presbiterio campesino; pasé mi juventud obligado a una cantidad enorme de trabajo duro y absolutamente insensato por una paga cortísima. El resultado es que ahora, en mi edad madura, soy una persona insignificante. Quizá sea mejor así. Acaso también sea mejor que Dionisio no haya podido florecer en un pequeño Nerón, y que Ivor sea sólo potencialmente un Calígula. Y esto también, sin duda, vale más que sea así. Pero hubiera sido más divertido, como espectáculo, que ambos hubieran hallado ocasión para desarrollar sin trabas todo el horror de sus potencialidades. Hubiera resultado agradable e interesante observar sus

tics, debilidades y pequeños vicios, cómo se iban hinchando y retoñando y floreciendo en flores enormes y fantásticas de crueldad y orgullo, de lujuria y avaricia. El medio Cesáreo forma al César, como el alimento especial y la celdilla real forman la reina de las abejas. Nosotros nos diferenciamos de las abejas en que ellas, dado el alimento conveniente, pueden estar seguras de producir cada vez una reina. En nosotros no existe esa seguridad: por cada diez hombres situados en un medio Cesáreo resultará uno por naturaleza bueno o inteligente, o grande. Los otros florecerán en Césares; pero no él. Setenta u ochenta años atrás

la gente candorosa, al leer las hazañas de los Borbones en la Italia del Sur, exclamaba maravillada: ¡Y pensar que tales cosas puedan ocurrir en el siglo diecinueve! Y hace muy pocos años también nosotros nos maravillábamos al ver que en nuestro siglo veinte, más maravilloso todavía, unos infelices negritos del Congo y del Amazonas pudieran ser tratados como lo fueron los siervos ingleses en tiempos del rey Esteban. Hoy esas cosas ya no nos sorprenden. La policía saquea Irlanda, los poloneses maltratan a los silesianos: todo lo damos por admitido. Desde la última guerra, no nos sorprendemos de nada. Hemos creado un medio Cesáreo y

ha surgido una hueste de pequeños Césares. ¿No es esto muy natural?

Mr. Scogan se acabó de beber lo que quedaba de su oporto y volvió a llenar el vaso.

—En este preciso momento —continuó—, los más espeluznantes horrores se están produciendo por todos los rincones del mundo. Las gentes son aplastadas, acuchilladas, descuartizadas, mutiladas; sus cadáveres se pudren y sus ojos se corrompen con todo lo demás. Alaridos de dolor y de espanto vibran por los aires a una velocidad de mil ciento pies por segundo. Después de haber viajado así durante tres segundos, se hacen completamente imperceptibles.

Estos hechos son muy angustiosos: pero ¿dejamos por ello de disfrutar de la vida? La mayoría de nosotros, no. Nos sentimos compasivos, sin duda; nos imaginamos los sufrimientos de aquellas naciones y de aquellas personas, y lo sentimos mucho. Pero, en resumidas cuentas, ¿qué son la simpatía y la imaginación? Muy poca cosa, a menos que acontezca que la persona por la que sentimos compasión esté muy próxima a nuestros afectos; y aun en este caso, tales sentimientos no llegan demasiado lejos. Y en el fondo no está mal así; porque si poseyéramos una imaginación lo bastante viva y una simpatía lo suficientemente sensible para

comprender efectivamente y sentir los sufrimientos de los demás, no tendríamos un solo momento de tranquilidad de espíritu. Una raza verdaderamente compasiva no llegaría a comprender siquiera lo que es la felicidad. Por fortuna, como he dicho ya, nosotros no somos una raza compasiva. Al comenzar la guerra, yo solía pensar que realmente sufría, gracias a mis sentimientos y a mi imaginación, con los que sufrían físicamente. Pero al cabo de un mes o dos, hube de confesar honradamente que no sufría. Y eso que pienso tener una imaginación más viva que la mayoría de los hombres. Pero en el sufrir nos hallamos siempre solos;

esto nos abate cuando somos nosotros los que sufrimos, pero ello proporciona a todos los demás la posibilidad de gozar.

Hubo una pausa. Henry Wimbush echó atrás su silla.

—Me parece que debiéramos ir a reunirnos con las señoras —dijo.

—A mí también —dijo Ivor, saltando con presteza. Se volvió hacia Mr. Scogan.

—Afortunadamente —dijo—. Podemos compartir nuestros goces. No estamos condenados a disfrutar siempre solos.

CAPÍTULO XVII

Ivor dejó caer sus manos con un golpe estrepitoso en el acorde final de su rapsodia. En aquella armonía triunfante se insinuaba algo como si la séptima hubiese sido tocada al mismo tiempo que la octava por el pulgar de la mano izquierda; pero el efecto general de espléndido ruido emergió bastante claro. Los pequeños detalles cuentan muy poco cuando es bueno el efecto general. Y, además, aquel asomo de séptima era resueltamente moderno. Giró en redondo sobre su asiento y sacudió los cabellos que le caían sobre los ojos.

—Ya está —dijo—. Mucho me temo que esto sea todo lo que puedo hacer por ustedes.

Se oyeron murmullos de aprobación y gratitud, y Mary, con sus grandes ojos de porcelana fijos en el ejecutante, exclamó en voz muy alta: «¡Maravilloso!» y tomó aliento jadeando, como si se ahogara.

La Naturaleza y la fortuna habían rivalizado para acumular en Ivor Lombard todos sus más exquisitos dones. Era rico y gozaba de perfecta independencia. Tenía buena presencia, poseía un encanto irresistible en sus maneras, y era el héroe de muchos más triunfos amorosos de los que podía

recordar. Sus prendas eran extraordinarias por su número y variedad. Tenía una hermosa voz de tenor, aunque no cultivada; podía improvisar con brillantez sorprendente, con gran rapidez y sonoridad, en el piano; era un buen médium y telepatista aficionado, y poseía un conocimiento considerable y de primera mano del mundo astral. Sabía escribir versos rimados con extraordinaria rapidez. Tenía un estilo lleno de arranque para pintar figuras simbólicas, y aunque su dibujo era a veces algo débil, su color resultaba siempre pirotécnico. Sobresalía como actor aficionado y, cuando la ocasión se ofrecía, podía

cocinar genialmente. Se parecía a Shakespeare en que sabía poco latín y menos griego. Para un espíritu como el suyo, la educación parecía superflua. El ejercicio sólo hubiera servido para destruir sus aptitudes naturales.

—Vámonos al jardín —sugirió Ivor —. Hace una noche maravillosa.

—Muchas gracias —dijo Mr. Scogan—, pero yo prefiero estas butacas más maravillosas todavía.

Su pipa se había puesto a burbujear rezumante cada vez que chupaba. Sentíase perfectamente feliz.

Henry Wimbush también era feliz. Miró un momento por encima de sus gafas en dirección a Ivor sin decir nada

y tornó a su mugriento librito de cuentas del siglo dieciséis, que por entonces constituía su lectura favorita. Conocía mejor los gastos caseros de *Sir* Ferdinando que los suyos propios.

El grupo de paseantes alistados bajo la bandera de Ivor se componía de Ana, Mary, Dionisio y, cosa inesperada, Jenny. Afuera reinaban el calor y la obscuridad; no había luna. Pasearon arriba y abajo por la terraza; Ivor cantó una canción napolitana: «*Stretti! Stretti!*» —¡juntos!, ¡muy juntos!— en que se hablaba de seguir a una niña española. La atmósfera comenzó a palpitar. Ivor pasó el brazo por la cintura de Ana, apoyó la cabeza en su

hombro y en esta posición paseaba y paseando cantaba. Aquello parecía la cosa más sencilla y más natural del mundo. Dionisio se preguntaba por qué no lo había hecho él nunca. Odiaba a Ivor.

—Bajemos al estanque —dijo Ivor —. Soltó su abrazo y se volvió para guiar su pequeño rebaño. Caminaron a lo largo de la casa hasta la entrada del paseo de tejos que conducía al jardín inferior. Entre la espaciosa pared escarpada de la casa y los grandes tejos, el sendero era como una hondonada de tinieblas impenetrables. Había por allí unos peldaños que descendían a la derecha, una brecha en el vallado de los

tejos. Dionisio, que iba a la cabeza del grupo, buscaba a tientas, con precaución, su camino; en aquella obscuridad sentía un miedo irracional de abiertos precipicios y obstáculos erizados horriblemente. De pronto, detrás de él oyó un «¡Oh!» estridente y sorprendido, y luego un golpe rápido duro que bien podía haber sido el ruido de un bofetón. Después de lo cual se oyó la voz de Jenny que decía: «Yo me vuelvo a casa». Su tono era decidido, y aún se hallaba pronunciando aquellas palabras cuando su figura se estaba desvaneciendo por las tinieblas. Fuese cual fuese el incidente, ya había terminado. Dionisio volvió a su tanteo.

En alguna parte, detrás de él, Ivor tornó a cantar quedamente:

«Phillis plus avare que tendre,
Ne gagnant rien à refuser,
Un jour exigea à Silvandre
Trente moutons pour un baiser».

La melodía parecía extinguirse y luego volvía a intensificarse con una especie de ágil languidez. Las cálidas tinieblas parecían latir como sangre en derredor del grupo.

«Le lendemain, nouvelle affaire:
Pour le berger, le troc fut bon…».

—Aquí están los peldaños —

exclamó Dionisio. Guio a sus compañeros por el paso peligroso y en un momento tuvieron bajo sus pies el césped de la avenida de tejos. Allí estaba más claro, o a lo menos resultaba perceptiblemente menos obscuro; porque la avenida de tejos era más ancha que el sendero que les había conducido bajo el llano de la casa. Levantando la cabeza, podían ver entre los altos y negros vallados una faja de cielo y unas pocas estrellas.

«Car il obtint de la bergère...».

continuó Ivor, y luego interrumpiéndose para gritar: «Me voy

corriendo hasta abajo», se lanzó a todo correr por la invisible pendiente, cantando con voz agitada por la carrera:

«Trente baisers pour un mouton».

Los otros le siguieron. Dionisio iba a la zaga tropezando y exhortando inútilmente a todos a que llevaran cuidado: la pendiente era rígida y se ponían romper la cabeza. «Pero ¿qué les pasa?», se preguntaba. Parecían haberse convertido en gatitos que habían tomado una dosis de nébeda. Él mismo sentía por dentro retozarle una especie de travesura de gatito; pero como casi todas sus emociones, aquel sentimiento

tenía más de teórico que de real; no se sentía lo bastante dominado por él para llegar a expresarlo en una demostración práctica y gatuna.

—¡Cuidado! —gritó una vez más, y apenas habían salido estas palabras de su boca, ¡cataplum!, oyó ante sí el ruido de una pesada caída seguida del prolongado «F-f-f-f-f» de un resuello sorbido por el dolor, y después un muy sincero «¡Oh-ooh!». Dionisio sintióse casi complacido; ya se lo había dicho él a aquellos idiotas y no le habían hecho caso ninguno. Descendió la pendiente al trote, en busca del invisible paciente.

Mary bajó por la colina como una máquina de vapor disparada. Hallaba

enormemente estimulante aquella carrera a través de las tinieblas; le parecía que no iba a detenerse nunca. Pero el suelo se allanó bajo sus pies, su velocidad disminuyó insensiblemente, y de pronto se sintió cogida por un brazo extendido y obligada a una parada brusca.

—Bueno —dijo Ivor, estrechando su apretón—. Ahora sí que ha caído usted en el garlito, Ana.

Ella se esforzó por desprenderse del abrazo.

—No es Ana. Es Mary.

Él rompió en estrepitosa y divertida carcajada.

—¡Es verdad! —exclamó—. Toda la noche estoy haciendo planchas. Acabo

de hacer una con Jenny.

Volvió a reírse y su risa era tan jovial, que Mary tampoco pudo contener la risa. Él no apartó su brazo ceñidor, y todo aquello resultaba tan divertido y natural, que Mary no probó de nuevo a escaparse. Se pasearon junto al estanque, enlazados. Mary era demasiado pequeña junto a él para poder descansar la cabeza en su hombro con alguna comodidad. Él frotó su mejilla acariciada y acariciante contra la densa y bruñida masa de los cabellos de Mary. Al poco rato se puso a cantar otra vez; la noche se estremecía amorosamente con el sonido de su voz. Cuando hubo terminado, la besó. Ana o

Mary: Mary o Ana. No importaba mucho que fuera una u otra. Existían ciertas diferencias en los detalles, desde luego; pero el efecto general era el mismo; y, después de todo, el efecto general era lo importante.

Dionisio iba bajando por la pendiente.

—¿Ha habido desgracias? —gritó.

—¿Es usted, Dionisio? Me he golpeado el tobillo, así, y la rodilla y la mano. Estoy destrozada.

—¡Pobre Ana! —dijo—. Pero es que —añadió sin poder contenerse— ha sido una locura ponerse a correr por la pendiente con esta obscuridad.

—¡Qué asno! —replicó ella en tono

de llorosa indignación—; claro que lo ha sido.

Se sentó junto a ella sobre el césped y se sorprendió respirando la suave y deliciosa atmósfera de perfume que siempre la rodeaba.

—Encienda usted un fósforo —le ordenó—. Quiero ver mis heridas.

Buscó en sus bolsillos la caja de fósforos. Surgió la luz vacilante, luego se hizo fija. Mágicamente había sido creado un pequeño universo, un mundo de colores y formas —el rostro de Ana, el rielante color naranja de su vestido, sus brazos blancos y desnudos, una mancha de verde césped— y en derredor una obscuridad que se había

tornado sólida, absolutamente densa. Ana tendió las manos; estaban verdes y terrosas por la caída y la izquierda mostraba dos o tres rojos rasguños.

—Más podía ser —dijo ella. Pero Dionisio estaba muy apenado, y su emoción subió de punto cuando, mirándola a la cara, vio en ella el rastro de sus lágrimas, lágrimas involuntarias de dolor, suspendidas de sus pestañas. Sacó el pañuelo y se puso a restregar el lodo de la mano herida. El fósforo se apagó; no era menester encender otro. Ana permitió que la asistieran, dócil y agradecida.

—Muchas gracias —dijo, cuando él hubo terminado de limpiarle y vendarle

la mano; y algo había en su voz que daba a comprender a Dionisio que aquella mujer había perdido su superioridad sobre él, que se había hecho más joven que él, que se había vuelto de pronto casi como un niño. Se sintió inmensamente magnánimo y protector. Aquel sentimiento era tan fuerte, que instintivamente la rodeó con su brazo. Ella se estrechó más, inclinándose contra él, y así estuvieron un rato silenciosos. Entonces oyeron venir de abajo el son del canto de Ivor, suave pero maravillosamente claro, a través de la serena obscuridad. Ivor continuaba su canción a medio terminar:

«Le lendemain Phillis, plus tendre,
Ne voulant déplaire au berger,
Fut trop heureuse de lui rendre
Trente moutons pour un baiser».

Siguió una pausa más prolongada. Era como si se tomaran tiempo para dar y recibir unos cuantos de aquellos treinta besos. Después la voz volvió a cantar:

«Le lendemain Phillis, peu sage,
Aurait donné moutons et chien
Pour un Baiser que le volage
A Lisette donnait pour rien».

La última nota se extinguió en un

silencio no interrumpido.

—¿Se encuentra usted mejor? —susurró Dionisio—. ¿Está usted bien así?

Ella contestó sí con la cabeza a las dos preguntas.

«Trente moutons pour un baiser».

¿Las ovejas, los lanudos corderos —be, be, be…? ¿O el pastor? Sí, resueltamente él se consideraba en aquel momento como un pastor. Él era el protector, el amo. Una oleada de valor se dilató dentro de él, cálida como vino. Volvió la cabeza y empezó a besarla en el rostro, primero al azar, luego, con

más precisión, en la boca.

Ana desvió la cabeza: él la besó en la oreja, en la nuca suave que aquel movimiento le presentaba.

—No —protestó ella—, no, Dionisio.

—Y ¿por qué no?

—Esto echa a perder nuestra amistad y ¡era una cosa tan bonita!

—¡Bah! —dijo Dionisio.

Ella intentó explicarse.

—¿Pero no ve usted —dijo— que esto… que estos achaques no son para nosotros?

Tenía razón. Ella no había pensado jamás en Dionisio considerándole como un hombre que pudiera hacer el amor; ni

siquiera había imaginado la posibilidad de una relación amorosa con él. Le resultaba tan absurdamente joven, tan… tan… no podía dar con el adjetivo, pero ella ya sabía lo que quería decir.

—Y ¿por qué no es achaque para nosotros? —preguntó Dionisio—. Además, esa es una expresión horrible, impropia.

—Pues porque no lo es.

—¿Y si yo digo que lo es?

—Eso no importa. Yo digo que no lo es.

—Pues yo le haré decir a usted que sí lo es.

—Está bien, Dionisio. Pero lo guardará usted para otro momento.

Quiero volverme a casa para bañarme el tobillo con agua caliente. Empieza a hincharse.

Los motivos de salud no se discuten. Dionisio se levantó de mala gana y ayudó a su compañera a ponerse en pie. Ella dio un paso con precaución. «¡Ooh!». Se detuvo y se apoyó pesadamente en su brazo.

—Voy a llevarla a usted en brazos —ofreció Dionisio. En su vida se le había ocurrido llevar en peso a una mujer, pero el cine le había convencido de que aquello era un acto de heroísmo fácil.

—¡Pero si no podrá usted! —dijo Ana.

—¿Cómo que no puedo?

Se sentía más fuerte y protector que nunca.

—Páseme ese brazo por el cuello —ordenó.

Ella lo hizo, y él, agachándose, la cogió por debajo de las rodillas y la levantó del suelo. ¡Santo Dios, qué peso! Dio cinco pasos haciendo eses por la pendiente, y tuvo que dejar de pronto su carga, dándola un ligero porrazo.

Ana se desternillaba de risa.

—Ya le decía yo que no podría usted, mi pobre Dionisio.

—Sí que puedo —dijo Dionisio, pero ya sin convicción—. Voy a probar otra vez.

—Se lo agradezco a usted mucho, pero prefiero ir a pie. Muchas gracias.

Apoyó su mano en el hombro de él y sosteniéndose de este modo, empezó a subir cojeando por la pendiente.

—¡Mi pobre Dionisio! —repetía, y volvía a reírse. Él, humillado, guardaba silencio. Parecía increíble que dos minutos antes la hubiera tenido abrazada y besándola. Increíble. Ella, entonces, se sentía desamparada como un niño. Ahora había recuperado toda su superioridad; volvía a ser para él un ser lejano, deseado e inexpugnable. ¿Cómo había podido ofuscarse hasta el punto de sugerir aquella estupidez de llevarla en peso? Llegó a la casa en estado de

profunda depresión.

Ayudó a Ana a subir las escaleras, la dejó en manos de una criada y volvió a entrar en la sala. Se sorprendió al ver que todos continuaban sentados donde los había dejado. Había llegado a esperar que todo lo encontraría diferente —parecíale haber transcurrido un tiempo prodigioso desde que había salido. Todos silenciosos. «¡Todos malditos!», pensó mirándolos. La pipa de Mr. Scogan todavía resollaba; era el único ruido. Henry Wimbush estaba todavía enfrascado en su libro de cuentas; acababa de descubrir que *Sir* Ferdinando tenía la costumbre de comer ostras todo el verano, sin preocuparse

por la ausencia de la R justificante. Gombauld, con sus gafas de concha, estaba leyendo. Jenny estaba garrapateando misteriosamente en su cuaderno rojo. Y, sentada en su butaca favorita, en el rincón de la chimenea, Priscilla pasaba la vista por un montón de dibujos. Uno por uno los mantenía a la distancia de su brazo extendido y, echando atrás su montañosa cabeza anaranjada, los contemplaba largamente y atentamente a través de sus párpados entornados. Llevaba un vestido de color verde-marino pálido; en la pendiente de su escote empolvado de color malva, centelleaban diamantes. Una boquilla inmensamente larga sobresalía formando

ángulo con su rostro. En su empinada cabellera se embutían diamantes; rutilaban a cada movimiento. Se trataba de una serie de dibujos de Ivor —esbozos de la vida de los espíritus hechos durante las excursiones efectuadas al otro mundo en estado de rapto. En el dorso de cada hoja estaban escritos unos títulos explicativos: «Retrato de un ángel, 15 de marzo del 20»; «Seres Astrales jugando, 3 diciembre del 19»; «Grupo de Almas camino de una Esfera Superior, 21 mayo del 21». Antes de examinar cada dibujo en el anverso de la hoja la volvía para leer el título. Después de haber probado —y probado con todas sus fuerzas—,

Priscilla no había obtenido jamás una visión, ni logrado establecer comunicación alguna con el mundo de los espíritus. Tenía que contentarse con las experiencias que le referían los demás.

—¿Qué ha hecho usted de sus compañeros de paseo? —preguntó, alzando la cabeza hacia Dionisio cuando éste entró en la sala.

Él se explicó. Ana se había ido a la cama, Ivor y Mary estaban todavía en el jardín. Escogió un libro y se propuso, en la medida en que se lo permitiera la turbación de su espíritu, disponerse para una velada de lectura. La luz de la lámpara estaba muy serena; no había en

la sala otro movimiento sino el revolver de papeles de Priscilla. «Todos silenciosos, aquellos malditos», se repetía Dionisio; «todos silenciosos, los muy condenados»…

Cerca de una hora más tarde reaparecieron Ivor y Mary.

—Hemos esperado la salida de la Luna —dijo Ivor.

—Era convexa, ¿saben ustedes? —explicó Mary en tono muy técnico y muy científico.

—¡Estaba tan bella sobre el jardín! Los árboles, el perfume de las flores, las estrellas… Ivor hacía gestos descriptivos con los brazos. Y cuando la Luna salió por fin, aquello ha sido

irresistible. Los ojos se me han llenado de lágrimas.

Se sentó al piano y abrió la tapa.

—Y había muchos meteoritos —dijo Mary a todos los que la querían escuchar—. Porque la Tierra está precisamente entrando en la región estival de la lluvia de estrellas. En julio y en agosto…

Pero Ivor ya había empezado a teclear. Describía con su música el jardín, las estrellas, el perfume de las flores, la Luna saliente. Hasta colocó un ruiseñor que no estaba en el jardín. Mary lo contemplaba y escuchaba con los labios entreabiertos. Los demás continuaban en sus ocupaciones, sin dar

muestras de sentirse seriamente interrumpidos. En aquel mismo día de julio, hacía exactamente trescientos cincuenta años, *Sir* Ferdinando se había comido siete docenas de ostras. El descubrimiento de aquel hecho proporcionó a Henry Wimbush un placer extraordinario. Estaba dotado de una piedad natural que le hacía deleitarse en la celebración de las fiestas conmemorativas. Los trescientos cincuenta años que se cumplían de aquel acontecimiento de las siete docenas de ostras… Sintió no haberlo sabido antes de empezar la comida; hubiera mandado traer champaña.

Antes de irse a la cama, hizo Mary

una visita. En la alcoba de Ana estaba apagada la luz, pero Ana todavía no se había dormido.

—¿Por qué no ha bajado usted al jardín con nosotros? —preguntó Mary.

—Me he caído y me he dislocado un tobillo. Dionisio me ha ayudado a volver a casa.

María rebosaba de compasión. Con todo, interiormente, sentíase tranquilizada al saber que la ausencia de Ana tenía una explicación tan sencilla. Había tenido una vaga sospecha, allá en el jardín —sospecha no sabía claramente de qué—; pero le había parecido que había algo de *louche* en el modo cómo se había encontrado sola de

sopetón con Ivor. No porque aquello la hubiera disgustado, desde luego; muy al contrario. Pero no le agradaba la idea de haber sido acaso víctima de una añagaza.

—Espero que mañana ya estará usted mejor —dijo. Y se compadeció de Ana por todo lo que se había perdido —el jardín, las estrellas, el perfume de las flores, los meteoritos por cuya región estival estaba pasando la Tierra, la Luna saliente y su convexidad—. Y, además, ¡habían tenido una conversación tan interesante! ¿De qué habían hablado? De todo, casi. De naturaleza, de arte, de ciencia, de poesía, de las estrellas, de espiritismo, de las relaciones entre

ambos sexos, de música, de religión. Ella opinaba que Ivor tenía un alma interesantísima.

Las dos jóvenes se despidieron muy afectuosamente.

CAPÍTULO XVIII

La iglesia católica más próxima se hallaba a unas veinte millas de distancia. Ivor, que era muy puntilloso en sus devociones, almorzó temprano y a las diez menos cuarto tenía su auto a la puerta, dispuesto para marchar. Era una máquina elegante, de costosa apariencia, barnizada de puro amarillo limón y tapizada de cuero verde esmeralda. Tenía dos asientos —tres apretándose mucho— y sus ocupantes se hallaban protegidos del viento, del polvo y de la intemperie por un «*sedan*» con cristales que se alzaba, elegante corcova muy

siglo dieciocho, en medio de la caja del coche.

Mary, que no había asistido nunca a una ceremonia católica, pensó que constituiría para ella una experiencia interesante, y cuando el auto pasó por el ancho portal del patio, ya estaba sentada en el asiento disponible del *sedan*. La bocina, con voz de foca, rugía cada vez más lejos, hasta que desaparecieron.

En la iglesia protestante de Crome, Mr. Bodiham predicaba sobre lo que decía en el libro I de los Reyes (I. VI, 18): «Y el cedro del interior de la casa estaba esculpido en florones» —era un sermón de inmediato interés local—. Durante los dos años últimos, el

problema de un monumento a los muertos en la guerra había preocupado el pensamiento de todos los que disponían de bastante ocio, energía mental o espíritu de clase para pensar en aquellas cosas. Henry Wimbush se había decidido por una biblioteca —una biblioteca de literatura local, dotada de historias del condado, mapas antiguos del distrito, monografías sobre antigüedades locales, diccionarios dialectales, manuales de geología local y de historia natural de la región—. Se complacía en pensar que los aldeanos, incitados por tales lecturas, los domingos por la tarde efectuarían excursiones para ir a buscar fósiles y

puntas de flechas de pedernal. Los aldeanos, a su vez, defendían la idea de una gran cisterna conmemorativa y un abastecimiento de aguas. Pero el partido más activo y mejor articulado seguía a Mister Bodiham en su petición de algo que tuviera carácter religioso —una segunda puerta para el cementerio, por ejemplo; una vidriera de colores, un túmulo de mármol y, a ser posible, las tres cosas a la vez—. Con todo, no se había hecho nada todavía, en parte porque el Comité conmemorativo no se había podido poner de acuerdo, y en parte también por la razón más poderosa de que se había subscrito muy poco dinero para poder realizar cualquiera de

los tres proyectos. Cada tres o cuatro meses, Mr. Bodiham predicaba un sermón sobre aquel tema. El último había sido predicado en marzo; ya era tiempo de que sus feligreses recibieran nueva recordación.

«Y el cedro del interior de la casa estaba esculpido en florones».

Mr. Bodiham trató ligeramente del templo de Salomón. De allí paso a los templos e iglesias en general. ¿Cuáles eran las características de aquellos edificios dedicados al Señor? Evidentemente consistían en el hecho de ser, desde el punto de vista humano, completamente inútiles. Eran edificios desprovistos de utilidad práctica

«esculpidos en florones». Salomón podía haber edificado una biblioteca. —En efecto, ¿qué hubiera podido ser más del gusto del hombre más sabio del mundo? Hubiera podido abrir una cisterna—. ¿Había nada más útil para una ciudad abrasada de sed como Jerusalén? Pues no hizo ni una cosa ni otra; edificó una casa, toda esculpida en florones, inútil y sin aplicación práctica. ¿Por qué? Porque dedicaba su obra al Señor. Se había hablado mucho en Crome sobre el monumento a los muertos en la guerra. Un monumento cómo el propuesto era, por su misma naturaleza, una obra dedicada al Señor. Era una prueba de gratitud, porque

aquella primera fase de una guerra mundial decisiva, se había visto coronada por el triunfo de la justicia; constituía al mismo tiempo una súplica visible, corpórea, para que Dios no demorara el Advenimiento, que había de ser lo único que podía traer la paz final. ¿Una biblioteca, una cisterna? Mr. Bodiham condenó aquellas ideas con desprecio e indignación. Aquellas eran obras dedicadas al hombre, no a Dios. En cuanto monumento a los muertos en la guerra eran completamente inadecuadas. Se había insinuado la idea de un portal para el cementerio. Aquello era un objeto que respondía perfectamente a la definición del

monumento a los muertos: una obra inútil dedicada a Dios y esculpida en florones. Verdad era que ya existía un portal en el cementerio. Pero nada más fácil que construir una segunda entrada; y una segunda entrada requería un segundo portal. Se habían ofrecido otros proyectos. Ventanas de colores, un túmulo de mármol. Ambas cosas eran admirables, especialmente la última. Ya era hora de que el monumento a los muertos en la guerra fuera erigido. Pronto sería demasiado tarde. En el momento menos pensado, como un ladrón en la noche, Dios podía venir. Mientras tanto se ofrecía un grave obstáculo. Los fondos recaudados eran

insuficientes. Era menester que todos se suscribieran según los recursos de cada cual. Era razonable esperar que los que habían perdido parientes en la guerra se subscribieran por una suma igual a la que hubieran tenido que pagar en gastos de entierro si aquellos parientes hubieran muerto en sus hogares. Una nueva demora sería desastrosa. El monumento a los muertos de la guerra debía construirse inmediatamente. Lo recomendó al patriotismo y a los sentimientos cristianos de todos sus oyentes.

Henry Wimbush se volvió a casa pensando en los libros que regalaría a la Biblioteca Conmemorativa, si llegaba a

realizarse. Tomó un sendero a través de los campos; era más agradable que la carretera. En el primer portillo, un grupo de muchachos aldeanos, jóvenes toscos, vestidos de aquella fea y antipática tela negra que da un aspecto funeral a los domingos y fiestas de Inglaterra, estaban reunidos exhalando sus bobas risotadas a medida que iban fumando sus cigarrillos. Dejaron paso a Henry Wimbush, llevando la mano al sombrero cuando pasó. Él les devolvió el saludo; su hongo y su rostro eran una misma cosa grave y tranquila.

En tiempos de *Sir* Ferdinando, pensaba, en tiempos de su hijo *Sir* Julio, estos jóvenes hubieran tenido sus

diversiones dominicales en el mismo Crome, en el Crome lejano y rústico. Aquí hubieran encontrado tiros de ballesta, juegos de bolos, bailes —pasatiempos sociales en los cuales hubieran participado cual miembros de una comunidad consciente—. Ahora no tenían nada, nada sino el repulsivo Club de muchachos fundado por Mr. Bodiham y las poco frecuentes danzas y conciertos que el propio Mr. Wimbush organizaba. El aburrimiento o los placeres ciudadanos de la capital del condado constituían las alternativas que se ofrecían a aquellos pobres jóvenes. Los placeres aldeanos ya no existían; habían sido aniquilados por los

Puritanos.

En el Diario de Manningham para el año de 1600 había un singular pasaje, recordaba Wimbush, muy singular por cierto. Unos magistrados de Berkshire, magistrados Puritanos, habían recibido indicios de cierto escándalo. Una noche de luna, en pleno verano, salieron a caballo con su guardia cívica, y allá entre las montañas, sorprendieron una reunión de hombres y mujeres que danzaban completamente desnudos, junto a los apriscos. Los magistrados y sus hombres arremetieron con sus caballos contra la muchedumbre. ¡Qué avergonzadas debieron de sentirse de pronto aquellas pobres gentes! ¡Qué

desamparados sin sus vestidos contra aquellos caballeros armados y embotados! Los danzantes fueron detenidos, azotados, encarcelados, puestos en la picota; las danzas a la luz de la Luna ya no se han vuelto a danzar. ¿Qué antiguo, terrero, Pánico rito quedó extinguido entonces?, se preguntaba. ¿Quién sabe? Quizá sus antepasados habían danzado de aquella manera a la luz de la Luna en siglos inmemoriales. Se complacía en pensarlo. Y ahora todo aquello había desaparecido. Aquellos jóvenes aburridos, si querían danzar, habían de recorrer en bicicleta las seis millas que los separaban de la ciudad. La región estaba desolada, sin vida

propia, sin placeres indígenas. Los piadosos magistrados habían apagado para siempre una feliz llamita que había ardido desde el comienzo de los tiempos.

«Y así como sobre la tumba de Tulia
ardía, clara, una lámpara,
inalterable desde hacía quinientos
años…».

Se repetía aquellos versos y se entristecía al pensar en todas las cosas del pasado que habían sido asesinadas.

CAPÍTULO XIX

El luengo cigarro de Henry Wimbush ardía aromáticamente. La Historia de Crome yacía en sus rodillas; él iba volviendo pausadamente sus páginas.

—No llego a decidirme por el episodio que debo leer esta noche —dijo pensativamente—. Los viajes de *Sir* Ferdinando no carecen de interés. Después, naturalmente, aquí tenemos también a su hijo *Sir* Julio. Se trata de aquel que padecía la obsesión de que su transpiración engendraba moscas, y esto lo condujo finalmente al suicidio. Además tenemos a *Sir* Cipriano. —

Volvió las páginas con mayor rapidez—. O *Sir* Henry. O *Sir* George… ¡No, no; me parece que no voy a leer nada sobre ninguno de éstos!

—Bueno, pero va usted a leernos algo —insistió Mr. Scogan, sacándose la pipa de la boca.

—Me parece que voy a leer algo sobre mi abuelo —dijo Henry Wimbush — y sobre los acontecimientos que motivaron su matrimonio con la hija mayor del último *Sir* Ferdinando.

—Bien —dijo Mr. Scogan—. Somos todo oídos.

—Pero antes de empezar a leer —dijo Henry Wimbush, alzando los ojos del libro y quitándose las gafas que

acababa de ajustar en su nariz—, antes de comenzar, es menester que diga unas palabras preliminares sobre *Sir* Ferdinando, el último de los Lapith. A la muerte del virtuoso y desgraciado *Sir* Hércules, Ferdinando se halló en posesión de la fortuna familiar, bastante aumentada gracias a la templanza y la frugalidad de su padre; inmediatamente se aplicó a la tarea de gastarla, cosa que realizó de modo generoso y jovial. Al llegar a los cuarenta años había comido, y sobre todo bebido y amado por el precio de casi la mitad de su fortuna, e infaliblemente hubiera acabado con el resto de igual modo si no hubiera tenido la suerte de enamorarse tan

perdidamente de la hija de su párroco. La joven aceptó, y en menos de un año se hizo dueña absoluta de Crome y de su marido. El carácter de *Sir* Ferdinando dio muestras de una enmienda extraordinaria. Se tornó metódico y lleno de economía en sus costumbres; hasta llegó a ser muy sobrio, de manera que raramente se bebía más de una botella y media de oporto en una sesión. La fortuna de los Lapith, que se iba extinguiendo, se rehízo una vez más, y esto a pesar de lo malos que estaban los tiempos (porque hay que saber que *Sir* Ferdinando se casó en 1809, en el momento culminante de las guerras napoleónicas). Una vejez próspera y

digna, regocijada por el espectáculo del crecimiento y la felicidad de sus hijos —porque *Lady* Lapith ya le había dado tres hijas y no parecía haber motivos para que no le diera algunas más, como también algunos hijos—, un descenso patriarcal hacia la tumba de familia, tal parecía ser entonces el destino envidiable de *Sir* Ferdinando. Pero la Providencia lo dispuso de otro modo. A Napoleón, causa ya de infinitos males, fue debida, aunque indirectamente, la muerte prematura y violenta que puso fin a aquella enmendada existencia.

»*Sir* Ferdinando, que era sobre todo un patriota, había adoptado, desde los primeros días del conflicto con los

franceses, un método muy suyo para celebrar nuestras victorias. Cuando llegaban a Londres noticias lisonjeras, tenía por costumbre adquirir inmediatamente buena provisión de licor y tomando asiento en la primera diligencia que hallaba a punto de partir, atravesaba todo el país proclamando las buenas noticias a todos los que encontraba por el camino, y distribuyéndolas en todas las paradas al mismo tiempo que distribuía su licor, a cuantos querían oír y beber. De este modo, después de la campaña del Nilo, llegó hasta Edimburgo; y, más tarde, cuando las diligencias, coronadas de laurel por los triunfos o de ciprés por

las desgracias, partían con las noticias de la victoria y la muerte de Nelson, permaneció sentado durante toda una fría noche de octubre en el interior del Meteoro de Norwich, con un náutico barrilito de ron sobre las rodillas y dos cajas de botellas de viejo *brandy* bajo el asiento. Aquella original costumbre fue uno de los muchos hábitos que abandonó al casarse. Las victorias en la Península, la retirada de Moscú, Leipzig, y la abdicación del tirano, todo ello quedó sin celebrar. Pero ocurrió que, durante el verano de 1815, *Sir* Ferdinando estaba pasando una semana en la capital. Habían transcurrido algunos días llenos de ansiedad y

vacilación; luego llegaron las gloriosas noticias de Waterloo. Aquello era demasiado para *Sir* Ferdinando; su regocijada juventud despertó de nuevo en él. Corrió a casa del comerciante que le vendía el vino y le compró una docena de botellas de *brandy* 1760. La diligencia de Bath estaba ya a punto de partir; pero él, a fuerza de soborno, logró un asiento junto al cochero, proclamó a todos los vientos la caída del Bandido Corso e hizo circular aquella cálida alegría líquida. Pasaron por Uxbridge, Slough, Maidenhead. La ciudad de Reading, que estaba durmiendo, fue despertada por la gran noticia. En Didcot, uno de los

palafreneros se trastornó de tal manera con las emociones patrióticas y el *brandy* 1760, que no pudo ajustar las hebillas de las guarniciones. La noche se ponía glacial y *Sir* Ferdinando pensó que ya no le bastaría tomar un trago a cada parada: para conservar su calor vital se vio obligado a beber también entre las etapas. Se acercaban a Swindon. La diligencia corría vertiginosamente —seis millas durante la última media hora— cuando, sin haber mostrado el más ligero síntoma premonitorio de indisposición, *Sir* Ferdinando se vino de pronto abajo de su asiento y fue a parar, de cabeza, a la carretera. Una sacudida desagradable

despertó a los pasajeros que dormitaban. La diligencia se detuvo; el vigilante corrió atrás con una luz. Halló a *Sir* Ferdinando vivo todavía, pero sin conocimiento; de su boca manaba sangre. Las ruedas traseras del coche le habían pasado por encima del cuerpo, rompiéndole casi todas las costillas y los dos brazos. El cráneo estaba fracturado por dos sitios. Lo levantaron, pero antes de llegar a la próxima parada había muerto. Así murió *Sir* Ferdinando, víctima de su patriotismo. *Lady* Lapith no se volvió a casar y se determinó a consagrar el resto de su vida al bienestar de sus tres hijas —Georgiana, que tenía entonces cinco años, y Emelina

y Carolina, gemelas de dos años.

Henry Wimbush se detuvo y se ajustó los lentes otra vez.

—Esto a modo de introducción —dijo—. Y ahora ya puedo empezar a leer lo relativo a mi abuelo.

—Un momento —dijo Mr. Scogan—, espere a que vuelva a llenar mi pipa.

Mr. Wimbush esperó. Sentado aparte en un rincón de la sala, Ivor estaba enseñando a Mary sus bocetos de la Vida Espiritista. Conversaban cuchicheando. Mr. Scogan había vuelto a encender su pipa.

—Adelante —dijo.

Henry Wimbush siguió adelante.

—Fue en la primavera de 1833

cuando mi abuelo, George Wimbush, trabó conocimiento con las «tres amables Lapith», como todo el mundo las llamaba. Era entonces un joven de veintidós años, de rubio y rizoso cabello y fino rostro sonrosado, espejo de su alma joven y sincera. Había sido educado en Harrow y Christ Church, se deleitaba en la caza y en todos los demás deportes al aire libre, y aunque su posición era desahogada y rayaba con la opulencia, sus diversiones eran sobrias e inocentes. Su padre, negociante en las Indias Orientales, le quería destinar a una carrera política y había efectuado un gasto considerable en la adquisición de un lindo distrito en Cornualles, para

regalárselo cuando cumpliera los veintiún años. Sintió una justa indignación cuando, la misma víspera de entrar Jorge en la mayor edad, la Ley de reforma de 1832 anuló la existencia de aquellos distritos. La inauguración de la carrera política de Jorge hubo de aplazarse. En la época en que conoció a las amables Lapith todavía estaba esperando; no sentía ninguna impaciencia por ello.

»Las amables Lapith no dejaron de causarle impresión. Georgiana, la mayor, con sus negros bucles, sus ojos resplandecientes, su noble perfil aguileño, su cuello de cisne y sus hombros caídos, era orientalmente

deslumbradora; y las gemelas, con sus naricitas delicadamente arremangadas, sus ojos azules y su cabello castaño, constituían una igual pareja de arrobadoras hechiceras inglesas.

»En su primer encuentro, sin embargo, la conversación de aquellas jóvenes le fue tan antipática, que a no ser por la invencible atracción de su belleza, Jorge no hubiera tenido nunca valor para continuar su trato con ellas. Las gemelas, levantando altivamente sus narices y mirándole con aire de lánguida superioridad, le preguntaron qué pensaba de la nueva poesía francesa y si le agradaba la Indiana de Jorge Sand. Pero lo peor de todo fue la pregunta con

que Georgiana inició su conversación con él. «En música —le preguntó inclinándose hacia él y mirándole fijamente con sus grandes ojos negros—, ¿es usted clásico o trascendentalista?». Jorge no perdió su presencia de ánimo. Gustaba de la música lo suficiente para comprender que odiaba todo lo clásico, y por ello, con una presteza que le valió mucho crédito, replicó: «En música soy trascendentalista». Georgiana sonrió hechiceramente. «Me alegro —dijo—. Yo también. ¿Desde luego, la semana pasada iría usted a oír a Paganini? La Oración de Moisés. ¡Ah!». Cerró los ojos. «¿Ha oído usted nada más trascendental que aquello?». «No —dijo

Jorge—, nunca». Vaciló, estuvo a punto de explicarse, pero decidió que después de todo era más prudente no decir —como era la verdad— que lo que más le había gustado era la imitación que hacía Paganini del corral de una granja. El artista había hecho rebuznar su instrumento como un asno, cloquear como una gallina, gritar, ladrar, relinchar, graznar, mugir y arruar; esta última habilidad de su programa, en opinión de Jorge, le había casi compensado de lo mucho que le había aburrido todo lo demás del concierto. Sonrió placenteramente con sólo recordarlo. Sí, no había duda de que él no era clasicista en música; era un cabal

trascendentalista.

»Después de esta primera presentación, Jorge continuó visitando a las jóvenes y a su madre, que vivían durante la temporada de invierno en una casa pequeña pero elegante, situada en las cercanías de Berkeley Square. *Lady* Lapith efectuó algunas discretas investigaciones, y habiendo sabido que la posición financiera de Jorge, su carácter y su familia eran muy aceptables, lo convidó a comer. Esperaba y confiaba en que sus hijas habían de casarse todas con individuos de la nobleza; pero como era mujer prudente, sabía que era juicioso estar preparada para todas las contingencias.

Pensaba que Jorge Wimbush sería un excelente partido de reserva para una de las gemelas.

»En aquella primera comida Emelina fue la pareja de Jorge. Hablaron de la Naturaleza. Emelina aseguraba que para ella las altas montañas constituían un objeto de emoción y el bullicio de las ciudades humanas tina tortura. Jorge admitió que el campo era muy agradable, pero sostuvo que Londres, durante la estación aquella, tenía también sus encantos. Luego notó con sorpresa y cierto solícito sobresalto que el apetito de Mis Emelina era muy escaso, tanto que casi no existía. Dos cucharadas de sopa, un

bocadito de pescado, nada de carne de pluma ni de pelo, y un poco de uva —tal fue toda su comida. De vez en cuando miraba Jorge a las otras dos hermanas; Georgiana y Carolina parecían ser tan abstinentes como ella. Rechazaban con la mano todo lo que se les ofrecía, con una expresión de repugnancia delicada, cerrando los ojos y apartando los rostros del plato presentado, como si el lenguado con limón, el ánade, el lomo de ternera, la crema, fueran objetos repugnantes para la vista y el olfato. Jorge, a quien la comida parecía magnífica, se atrevió a comentar la falta de apetito de las tres hermanas.

»—¡Por Dios, no me hable usted de

comida! —dijo Emelina con un gesto marchito de sensitiva—. ¡Nos parece una cosa tan grosera, tan poco espiritual, a mis hermanas y a mí! ¡No se puede pensar en el alma cuando se está comiendo!

»Jorge asintió; no se podía.

»—Pero hay que vivir —dijo.

»—¡Sí, por desgracia! —dijo Emelina, suspirando—. Hay que vivir. Sin embargo, ¿no le parece a usted que la muerte es muy bella? —Rompió la punta de un pedazo de tostada y empezó a mordiscarla con languidez—. Ya que hay que vivir, como usted dice… —Hizo un pequeño gesto de resignación —. Afortunadamente basta muy poco

para mantenernos con vida. —Dejó su punta de tostada a medio roer.

»Jorge la miraba algo sorprendido. Estaba pálida, pero su aspecto, pensó, era extraordinariamente sano; lo mismo que el de sus hermanas. Reflexionó que si fuéramos verdaderamente espirituales no necesitaríamos comer tanto. Quedaba, pues, demostrado que él no era espiritual.

»De allí en adelante las vio con frecuencia. Todas le querían, empezando por *Lady* Lapith. En realidad él no era muy romántico ni poético; pero era un joven tan agradable, modesto y bueno, que se hacía querer. Él, por su parte, las encontraba maravillosas, maravillosas,

especialmente a Georgiana. Las envolvía a todas en un afecto cálido y protector. Porque necesitaban protección; eran excesivamente delicadas, demasiado espirituales para este mundo. No comían nunca, estaban siempre pálidas, a menudo se quejaban de fiebre, hablaban mucho y amorosamente de la muerte, y se desmayaban con frecuencia. Georgiana era la más etérea de todas; era la que menos comía, se desmayaba más a menudo, hablaba más de la muerte y estaba más pálida —de una palidez tan sorprendente, que parecía en verdad artificial—. Producía en todo momento el efecto de estar a punto de romper los

lazos que la unían a este mundo material, para volverse toda espíritu. Para Jorge era motivo de continua zozobra. Si ella muriera…

»Pero ella se las compuso para vivir toda la temporada, y ello a pesar de los numerosos bailes, reuniones y otras fiestas a que, en compañía del resto del amable trío, no dejó nunca de asistir. Hacia mediados de julio, toda la casa se trasladó al campo. Jorge fue invitado a pasar el mes de agosto en Crome.

»Las reuniones eran muy distinguidas; en la lista de los visitantes figuraban los nombres de dos jóvenes casaderos con título nobiliario. Jorge había esperado que el aire campesino, el

reposo y las circunstancias de la Naturaleza devolvieran a las tres hermanas el apetito y las rosas de sus mejillas. Pero se había engañado. La primera noche, para cenar, Georgiana comió únicamente una aceituna, dos o tres almendras saladas y medio melocotón. Estaba más pálida que nunca. Mientras comían habló del amor.

»—El verdadero amor —dijo—, por ser infinito y eterno, sólo puede consumarse en la eternidad. Indiana y *Sir* Rodolfo celebraron las místicas nupcias de sus almas arrojándose al Niágara. El amor es incompatible con la vida. El deseo de dos personas que se aman verdaderamente, no es el de vivir

juntas, sino el de morir juntas.

»—¡Vamos, vamos, hija mía! —dijo *Lady* Lapith, gorda y práctica—. ¿Quieres decirme qué sería de la próxima generación si todo el mundo obrara de acuerdo con vuestros principios?

»—¡Mamá!… —protestó Georgiana, bajando los ojos.

»—En mi juventud —continuó *Lady* Lapith— se hubieran reído de mí hasta correrme si hubiera dicho semejante cosa. Pero es que en mi juventud las almas no estaban de moda como hoy, ni pensábamos que la muerte tuviera nada de poético. Era una cosa desagradable y nada más.

»—¡Mamá!… —Emelina y Carolina imploraban al unísono.

»—En mi juventud. —*Lady* Lapith se había disparado y, según parecía, nada ya podía contenerla—. En mi juventud, si no hubierais comido, os hubieran dicho que necesitabais una dosis de ruibarbo. Pero ahora…

»Se oyó un grito; Georgiana se había desmayado sobre el hombro de Lord Timpany. Era un expediente desesperado; pero produjo su efecto. *Lady* Lapith se calló.

»Los días transcurrieron en medio de una serie monótona de diversiones. En aquella alegre compañía, Jorge era el único desgraciado. Lord Timpany hacía

la corte a Georgiana y era evidente que ella no lo miraba con malos ojos. Jorge se daba cuenta de ello y su alma era un infierno de celos y desesperación. La bulliciosa compañía de aquellos jóvenes se le hacía intolerable; huía de ellos en busca de oscuridad y soledad. Una mañana, después de apartarse de ellos con algún vago pretexto, se volvió solo a casa. Los jóvenes estaban abajo, bañándose en la piscina; sus gritos y risas subían hasta él, flotando por el aire, haciendo resaltar más la soledad y el silencio de la casa tranquila. Las amables hermanas y su mamá no habían salido todavía de sus habitaciones; generalmente no se mostraban hasta el

almuerzo, de manera que los huéspedes masculinos disponían para sí de toda la mañana. Jorge se sentó en el vestíbulo y se abandonó a sus pensamientos.

»Georgiana podía morirse de un momento a otro; pero también de un momento a otro podía convertirse en *Lady* Timpany. Era terrible, terrible. Si ella muriese, él también se moriría; iría a buscarla más allá de la tumba. Si ella se convertía en *Lady* Timpany… ¡ah, entonces! La solución del problema ya no sería tan sencilla. Si ella se convertía en *Lady* Timpany… era horrible de pensar. Pero supongamos que se enamorara de Timpany —por más que parecía increíble que alguien pudiera

enamorarse de Timpany—; supongamos que su vida dependiera de Timpany, supongamos que no pudiera vivir sin él. De este modo iba abriéndose paso a tientas por aquel laberinto de suposiciones cuando el reloj dio las doce. Al dar el último toque, como un autómata soltado por la rotación del mecanismo del reloj, una criadita que llevaba una gran bandeja cubierta salió de sopetón por la puerta que conducía de las regiones culinarias al vestíbulo. Desde su profunda butaca Jorge la observaba (mientras él, evidentemente, permanecía inobservado) con perezosa curiosidad. Ella, con un menudo trote, atravesó la habitación y se detuvo ante

lo que parecía una lisa extensión de artesonado. Tendió la mano y, con gran sorpresa de Jorge, se abrió una puertecilla, dejando ver el pie de una escalera de caracol. Volviéndose de lado para poder pasar su bandeja por la estrecha abertura, la criadita se coló por ella con un rápido movimiento de cangrejo. La puerta se cerró tras ella con un golpe seco. Un minuto después se abrió de nuevo, y la muchacha, sin su bandeja, atravesó a la carrera el vestíbulo y desapareció en dirección a la cocina. Jorge intentó volver a sus pensamientos, pero una curiosidad invencible atraía su espíritu hacia la disimulada puerta, hacia la escalera y la

criadita. En vano se decía que aquello no era cíe su incumbencia, que el hecho de explorar los secretos de aquella curiosa puerta, de aquella misteriosa escalera interior, sería una muestra de imperdonable indiscreción y grosería. Fue en vano; durante cinco minutos luchó heroicamente con su curiosidad, pero, pasado aquel rato, se halló sin saber cómo ante la inocente placa de artesonado por la cual había desaparecido la muchachita. Una mirada le bastó para comprender la posición de la puerta secreta —secreta evidentemente sólo para los que la miraran con ojos distraídos. No era más que una puerta corriente emparejada con

el artesonado. Ningún cerrojo ni tirador revelaban su presencia, sino un recatado botón que, hundido en la madera, invitaba al pulgar. Jorge se extrañó de no haberlo visto antes; pero, después de haberlo visto, la presencia de aquella puerta se le mostraba tan clara como la puerta del armario de la biblioteca con sus estanterías imitadas y sus libros ficticios. Apretó el botón y miró dentro. La escalera, cuyos peldaños no eran de piedra sino de bloques de antiguo roble, se enroscaba hasta perderse de vista. Una ventana estrecha como una rendija daba paso a la luz; la escalera estaba situada al pie de la torre central y la ventanita daba a la terraza; se oían por

ella los gritos y el chapoteo de los jóvenes que estaban todavía bañándose en la piscina.

»Jorge cerró la puerta y se volvió a su asiento. Pero su curiosidad no estaba satisfecha. En efecto, aquella parcial satisfacción no había hecho sino aguijonear más su curiosidad. ¿Adónde conducía aquella escalera? ¿Cuál había sido el recado que llevaba aquella muchacha? Ello no era de su incumbencia —se repetía—, no era de su incumbencia. Probó a leer, pero su atención andaba errabunda. En el armonioso reloj sonaron las doce y cuarto. Con rápida decisión, Jorge se levantó, cruzó la habitación, abrió la

escondida puerta y empezó a subir la escalera. Pasó por la primera ventana, giró en espiral y llegó a otra. Se detuvo un momento para mirar por ella. Su corazón latía desagradablemente, como si se expusiera a un peligro desconocido. Lo que estaba haciendo, se decía, era indigno de un caballero, era horriblemente descortés. Pero siguió subiendo de puntillas. Una vuelta más, luego media vuelta, y se halló frente a una puerta cerrada. Se detuvo ante ella, escuchó. No se oía ruido alguno. Mirando por la cerradura, sólo vio una lista de pared donde daba el sol. Envalentonado, dio vuelta al tirador y atravesó el umbral. Allí se detuvo,

petrificado ante lo que estaba viendo, mudo de asombro y con la boca abierta.

»En el centro de una bonita habitación llena de sol —actualmente es el tocador de Priscilla, observó Mr. Wimbush a modo de paréntesis— había una mesita circular de caoba. El cristal, la porcelana y la plata —todo el brillante aparato de una elegante comida — se reflejaban en sus bruñidas profundidades. El esqueleto de un pollo en frío, un frutero lleno de frutas, un considerable jamón entallado hasta su corazón blanco y sonrosado, la morena bala de cañón de un *plum-pudding* frío, una esbelta botella de buen vino rojo y una garrafa de clarete, se empujaban

para tener sitio en aquella festiva mesa. ¡Y en derredor de ella estaban las tres hermanas, las tres amables Lapith, comiendo!

»A la súbita entrada de Jorge, todas habían mirado hacia la puerta, y ahora estaban como petrificadas por la misma sorpresa que asombraba y paralizaba a Jorge. Georgiana, que estaba sentada precisamente frente a la puerta, lo miraba fijamente con ojos enigmáticos, enormes. Entre el pulgar y el índice de su mano derecha, tenía un muslo del desmembrado pollo; el meñique, elegantemente encorvado, se mantenía aparte del resto de la mano. Tenía la boca abierta, pero el muslo de pollo no

había tenido tiempo de llegar a su destino; permanecía suspendido, congelado en el aire. Las otras dos hermanas se habían vuelto para mirar al intruso. Carolina empuñaba todavía el cuchillo y el tenedor, y los dedos de Emelina ceñían el vástago de su copa de clarete. Durante un rato que pareció muy largo, Jorge y las tres hermanas se miraron fijamente y en silencio. Formaban un grupo de estatuas. Luego, de pronto, se declaró el movimiento. Georgiana dejó caer su hueso de pollo, el cuchillo y el tenedor de Carolina repiquetearon en el plato. El movimiento se propagó, se hizo más decisivo; Emelina se puso en pie de un salto

dando un grito. La ola de pánico alcanzó a Jorge; dio media vuelta y, murmurando palabras casi ininteligibles, se precipitó fuera de la habitación y por la tortuosa escalera. No se detuvo hasta el vestíbulo, y una vez allí, solo en medio de aquel silencio, se echó a reír.

»Durante el almuerzo se advirtió que las hermanas comieron un poco más que de costumbre. Georgiana se entretuvo con unas judías a la francesa y una cucharada de jalea de pie de ternera.

»—Hoy me siento un poco más fuerte —dijo a Lord Timpany cuando éste la felicitó por el aumento de su apetito—; un poco más material —añadió con una risa nerviosa. Al

levantar la vista, se encontró con la de Jorge; el rubor se difundió por sus mejillas y esquivó rápidamente la mirada.

»Aquella tarde, en el jardín, se encontraron solos un momento.

»—¡No se lo dirá usted a nadie, Jorge! ¡Prométame que no se lo dirá usted a nadie! —imploró ella—. Nos pondría en un ridículo muy grande. Y, además, el comer es antiespiritual, ¿no es cierto? Dígame que no se lo dirá usted a nadie.

»—¡Lo diré! —dijo Jorge brutalmente—. Se lo diré a todo el mundo, a menos que…

»—Eso es un chantaje.

»—No me importa —dijo Jorge—. Le doy a usted veinticuatro horas para decidirse.

»*Lady* Lapith sintióse defraudada, no hay que decirlo; ella había tenido mejores esperanzas: Timpany y una corona nobiliaria. Pero Jorge, bien mirado, no estaba tampoco mal. Se casaron por Año Nuevo.

—¡Pobre abuelo mío! —añadió Mr. Wimbush, cerrando el libro y quitándose los lentes—. Cuando leo en los periódicos algo sobre las nacionalidades oprimidas, pienso en él.

Volvió a encender su cigarro.

—Fue aquel un gobierno matriarcal, fuertemente centralizado y en donde no

había instituciones representativas.

Henry Wimbush dejó de hablar. En el silencio que siguió, el cuchicheo de Ivor comentando los bocetos espiritistas se hizo más perceptible. Priscilla, que dormitaba, se despertó con sobresalto.

—¿Cómo? —dijo, en el tono asustado del que recobra de pronto la conciencia—, ¿cómo?

Jenny recogió aquellas preguntas. Levantó la cabeza y sonriendo y moviéndola con gesto tranquilizador.

—Se trataba de un jamón —dijo.

—¿Dónde se trataba de un jamón?

—En lo que estaba leyendo Henry. —Cerró el cuaderno rojo que tenía sobre las rodillas y lo sujetó con una

goma elástica—. Me voy a la cama —anunció, y se levantó.

—Yo también —dijo Ana bostezando. Pero le faltó la energía necesaria para levantarse del sillón.

La noche estaba cálida y pesada. En las ventanas abiertas, las cortinas pendían inertes. Ivor, abanicándose con el retrato de un Ser Astral, miraba a la obscuridad exterior y aspiró profundamente.

—Este aire parece lana —declaró.

—Pasada medianoche se pondrá más fresco —dijo Henry Wimbush, y precavidamente añadió—: quizá.

—Estoy viendo que esta noche no voy a dormir.

Priscilla volvió hacia él la cabeza; su monumental peinado se bamboleaba de un modo exorbitante al menor movimiento.

—Haga usted un esfuerzo —dijo—. Yo, cuando no puedo dormir, concentro mi voluntad. Digo: ¡quiero dormir, me duermo!, y ¡pum!, me quedo dormida. Eso es el poder del pensamiento.

—Pero ¿también ejerce ese poder en estas noches sofocantes? —inquirió Ivor —. Yo no hallo manera de dormir en una noche sofocante.

—Ni yo tampoco —dijo Mary—, como no sea al aire libre.

—¡Al aire libre! ¡Qué maravillosa idea!

Finalmente decidieron dormir en las torres: Mary en la torre occidental, Ivor en la oriental. En cada una de ellas el techo emplomado formaba un espacio llano y por la trapa que se abría en él se podía hacer pasar un colchón. Bajo las estrellas, bajo la convexa Luna, seguramente podrían dormir. Los colchones fueron halados, desplegadas las sábanas y las mantas, y una hora después los dos insomnes, cada uno en su torre separada, se gritaban las buenas noches a través del abismo divisor.

El encanto del aire libre incitador del sueño, no ejerció sobre Mary la mágica influencia que ella esperaba. Aun a través del colchón no se dejaba

de notar la dureza extremada del techo emplomado. Después había muchos ruidos: las lechuzas chillaban sin darse punto de reposo y, de pronto, despertados por un misterioso terror, todos los gansos de la granja rompieron en súbito frenesí de graznidos. Las estrellas y la convexa Luna exigían que se las mirara, y cuando un meteorito había cruzado el cielo, no podía evitarse esperar con los ojos abiertos y vigilantes que cruzara otro. El tiempo fue pasando; la Luna se encaramaba cielo arriba. Mary tenía menos sueño que cuando había subido. Estaba sentada y miraba por encima del parapeto. «¿Habrá podido dormirse Ivor?» se

preguntaba. Y como respondiendo a su pregunta mental, por detrás del cañón de la chimenea situada en el punto más alto del techo, emergió silenciosamente una figura blanca —una figura que, a la luz de la Luna, podía reconocerse como la de Ivor—. Abriendo los brazos a derecha e izquierda, como un danzante de cuerda tesa, comenzó a caminar avanzando por la cumbrera de la casa. Oscilaba aterradoramente a medida que avanzaba. Mary lo contemplaba muda de espanto; ¡acaso hacía todo aquello estando dormido! ¡Supongamos que se despertara de pronto! Si ella intentaba decir la menor palabra o se movía, podía causarle la muerte. No

atreviéndose ni a mirarlo, se hundió en sus almohadas. Pero escuchaba atentamente. Durante un espacio de tiempo que le pareció inmensamente largo, no se oyó ruido alguno. Después se oyeron pasos sobre las tejas, seguidos por el ruido de un resbalón y un «¡maldito sea!». Y, de pronto, la cabeza y los hombros de Ivor aparecieron por encima del parapeto. Siguió una pierna, luego la otra. Estaba en la torre. Mary fingió despertarse con sobresalto.

—¡Oh! —dijo—. ¿Qué está usted haciendo ahí?

—Pues que no puedo dormir —explicó—; por eso he venido a ver si

usted dormía. Se aburre uno, solo en una torre. Y usted ¿no se aburre?

Amaneció antes de las cinco. Largas y estrechas nubes cerraban el Oriente y sus cimas resplandecían de lumbre anaranjada. El cielo estaba pálido y acuoso. Con el lúgubre alarido de un alma en pena, un monstruoso pavo real, elevándose pesadamente, fue a posarse sobre el parapeto de la torre. Ivor y Mary estaban ya completamente despiertos.

—¡Cójalo usted! —gritó Ivor dando un salto—. Le arrancaremos una pluma.

El pavo real, asustado, corría por el parapeto arriba y abajo con una desesperación absurda, haciendo

reverencias, dando sacudidas y cloqueando; su larga cola oscilaba ponderosamente atrás y adelante mientras iba dando vueltas y vueltas. Después, sacudiendo las alas con estrépito, se arrojó por el aire y se deslizó meciéndose majestuosamente hasta el suelo, con recobrada dignidad. Pero había dejado un trofeo. Ivor tenía su pluma, un ojo de púrpura y verde, de azul y oro, con largas pestañas. Se la ofreció a su compañera.

—¡Una pluma de ángel! = dijo.

Mary la contempló un momento, gravemente, fijamente. Su piyama de color de púrpura la vestía con tal holgura que escondía las líneas de su

cuerpo; parecía un gran juguete precioso, sin articulaciones, una especie de Oso Teddy —pero un Oso Teddy con cabeza de ángel, mejillas sonrosadas y cabello semejante a una campana de oro. Un rostro de ángel, la pluma del ala de un ángel… También toda la atmósfera de aquel amanecer tenía mucho de angélico.

—Esto de la selección sexual es una cosa extraordinaria —dijo por fin, cesando en su contemplación de la maravillosa pluma.

—¡Extraordinaria! —repitió Ivor—. Yo la selecciono, usted me selecciona. ¡Qué suerte!

Le rodeó la espalda con el brazo, y así estuvieron contemplando el Oriente.

El primer rayo de Sol empezaba a calentar y coloraba la pálida luz del alba. Piyama color malva, piyama blanco; formaban un grupo joven y encantador. El Sol naciente acariciaba sus rostros. Todo aquello era extremadamente simbólico; pero lo cierto es que, bien mirado, no hay nada en este mundo que no sea simbólico. ¡Bella y profunda verdad!

—Tengo que volverme a mi torre —dijo Ivor por fin.

—¿Ya?

—Mucho me lo temo. Pronto, todo el servicio estará en pie.

—¡Ivor!…

Hubo una despedida larga y

silenciosa.

—Y ahora —dijo Ivor— voy a repetir mis ejercicios de danza en la cuerda tesa.

Mary le echó los brazos al cuello.

—No haga eso, Ivor. Es peligroso. ¡No lo haga, por favor!

Por fin hubo de ceder a sus ruegos.

—Perfectamente —dijo—, bajaré hasta la casa y subiré por el otro extremo.

Desapareció por la trapa, entre las tinieblas que todavía se refugiaban por la casa cerrada. Un minuto más tarde reapareció en la otra torre; hizo adiós con la mano, y en seguida desapareció, hundiéndose detrás del parapeto. Desde

abajo, en la casa, llegaba el tenue zumbido de un despertador, parecido al vuelo de una abeja. Ivor se había marchado a tiempo.

CAPÍTULO XX

Ivor se había marchado. Repantigado detrás del parabrisas de su coche amarillo, iba corriendo a través de la Inglaterra campestre. Una porción de compromisos sociales y amorosos del carácter más urgente le reclamaban de salón en salón, de castillo en castillo, de casa solariega estilo Elisabeth, a mansión estilo Jorge, por toda la extensión del reino. Hoy en Somerset, mañana en Warwickshire, el sábado en West Riding, el martes por la mañana en Argyll. Ivor no descansaba nunca. Durante todo el verano, desde primeros

de julio hasta fines de septiembre, se consagraba a sus compromisos; era un mártir de ellos. Y en cuanto llegaba el otoño, se volvía a Londres para tomar sus vacaciones. Crome no había sido sino un pequeño incidente, una burbuja que se dibujaba en la corriente de su vida; Crome ya pertenecía a su pasado. Para la hora del té estaría en Gobley, y allí encontraría la sonrisa de bienvenida de Cenobia. Y el jueves por la mañana… Pero esa era una cosa distante, muy distante todavía. Ya pensaría en el jueves por la mañana cuando llegara la mañana del jueves. Mientras tanto le esperaba Gobley y le esperaba Cenobia.

En el álbum de visitantes de Crome, Ivor había dejado, de acuerdo con su invariable costumbre en tales casos, un poema. Lo había improvisado magistralmente durante los diez minutos anteriores a su partida. Dionisio y Mr. Scogan volvieron luego, paseando, de junto a las verjas del patio, desde las cuales habían despedido a Ivor; sobre la mesa de escribir del vestíbulo hallaron el álbum de visitantes abierto con la composición manuscrita, cuya tinta no se había secado todavía. Mr. Scogan la leyó en voz alta:

«La magia de aquellos reyes
inmemoriales,

que tejían sus encantos en las concavidades de la noche,
duerme en el alma de todas las cosas creadas;
en el mar azul, en las alturas Acroceraunias,
en las ojosas alas auriculares de la mariposa,
y en las visiones orgiásticas del anacoreta;
en todos los cantantes volátiles y en todos los volátiles cantos,
en la lluvia, en el dolor, en las delicadas delicias.
Pero hechizos mucho más mágicos, mucho más poderosos
entretejen sus encantos en torno a

mi alma.
Crome me llama como la voz de las campanas vesperales,
me obsesiona como una necrópolis poblada de fantasmas.
El hado me arranca de allí. ¡Hado cruel! Lejos de Crome,
mi alma llora, recordando su Hogar».

—Muy bonito, de buen gusto y delicado —dijo Mr. Scogan, cuando hubo leído—. Lo único que me preocupa es eso de las alas auriculares de la mariposa. Usted conoce bien cómo trabaja el espíritu de un poeta, Dionisio; acaso podrá usted explicármelo.

—Nada más sencillo —dijo Dionisio—. Es una bella palabra con la cual Ivor ha querido decir que las alas son doradas.

—Su explicación es muy luminosa.

—Se sufre mucho —continuó Dionisio— con eso de que las bellas palabras no significan nunca lo que debieran significar. No hace mucho, por ejemplo, se me ha echado a perder todo un poema, precisamente porque la palabra carminativo no significa lo que debiera significar. Carminativo es admirable, ¿no es cierto?

—Admirable —asintió Mr. Scogan —. Pero ¿qué significa?

—Es una palabra que yo había

atesorado desde mi primera infancia —dijo Dionisio—, atesorado y amado. En mi casa me daban esencia de canela cuando me hallaba resfriado —remedio inútil, pero no desagradable—. La vertían gota a gota, de unos frascos estrechos, en forma de dorado licor, fuerte y ardiente. En el rótulo había una lista de sus virtudes y entre otras cosas se decía que era en alto grado carminativo. Yo adoraba aquella palabra. «¿Será carminativo?» acostumbraba a decirme cuando tomaba mi dosis. Me parecía una palabra tan maravillosa para expresar aquella sensación de calor interior; aquel ardor, aquella —¿cómo lo diré?— satisfacción

física que sentía después de beberme la canela. Más tarde, cuando descubrí el alcohol, la palabra carminativo expresaba para mí aquel ardor semejante, pero más noble, más espiritual, que produce el vino, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma. Las virtudes carminativas del Borgoña, del ron, del viejo *brandy*, del Lacryma Christi, del Marsala, del Aleático, de la cerveza fuerte, de la Ginebra, del Champaña, del clarete, del crudo vino nuevo de las vendimias toscanas —yo las comparaba, las clasificaba—. El Marsala es rosadamente, aterciopeladamente carminativo; la Ginebra pica y refresca al mismo tiempo

que enardece. Me había formado toda una tabla de valores de carminación. Y ahora —Dionisio extendió las manos con las palmas hacia adelante, desesperado—, ahora ya sé lo que realmente quiere decir carminativo.

—Y bien, ¿qué significa? —preguntó Mr. Scogan, algo impaciente.

—Carminativo —dijo Dionisio, deteniéndose amorosamente en cada sílaba—, carminativo. Yo vagamente imaginaba que tendría alguna relación con carmen-carminis, y más vagamente aún con carocarnis y sus derivados, como carnaval y carnación. Carminativo… contenía la idea de canto, y la idea de carne sonrosada y

cálida, con una evocación de las alegrías de la mi-Carême y las fiestas carnavalescas de Venecia. Carminativo… el calor, el ardor, el interior bienestar, todo ello estaba comprendido en aquella palabra. Y en lugar de eso…

—¡Al grano, querido Dionisio! —protestó Mister Scogan—. ¡Al grano!

—Pues bien, el otro día escribí un poema —dijo Dionisio— escribí un poema sobre los efectos del amor.

—Otros han hecho lo mismo antes que usted —dijo Mr. Scogan—. No hay motivo para avergonzarse.

—Yo quería expresar la idea —continuó Dionisio— de que los efectos

del amor eran con frecuencia semejantes a los efectos del vino, esto es, que Eros podía embriagar lo mismo que Baco. El Amor, por ejemplo, es esencialmente carminativo. Nos da la sensación de calor, de ardor.

Y la pasión, carminativa como el vino…

»Eso fue lo que yo escribí. No sólo el verso resultaba elegantemente sonoro; era también, me complacía en ello, muy propio y concisamente expresivo. La palabra carminativo lo comprendía todo, ofrecía un primer plano detallado, exacto, y un inmenso, indefinido

hinterland de sugestión.

Y la pasión, carminativa como el vino…

»En fin, que no me desagradaba. Y luego, de pronto, se me ocurre que, en realidad, yo no había nunca mirado aquella palabra en el diccionario. Carminativo había crecido conmigo desde los tiempos del frasco de canela. Lo había adoptado siempre sin discusión. Carminativo. Para mí, aquella palabra era tan rica de contenido como cualquier grandiosa y bien trabajada obra de arte; era un paisaje completo, con personajes y todo.

Y la pasión, carminativa como el vino…

»Era la primera vez que había confiado aquella palabra a la escritura, y sentía de pronto que necesitaba para ella una autoridad lexicográfica. Todo lo que tenía a mano era un pequeño diccionario inglés-alemán. Busqué la C, ca, car, carm. Allí estaba: Carminativo: *Windtreiben*[3]. *Windtreiben!* —repetía.

Mr. Scogan se echó a reír. Dionisio movió la cabeza.

—¡Ah! —dijo— para mí aquello no era risible. Para mí señalaba el fin de un capítulo, la muerte de algo muy joven y precioso. En aquella palabra estaban

contenidos mis años de infancia y de inocencia —cuando yo creía que carminativo significaba, eso… carminativo. Y ahora, ante mí, yace el resto de mi vida—, un día, quizá diez años, medio siglo, durante los cuales ya sabré que carminativo significa *windtreibend*.

Plus ne suis ce qu j'ai été
Et ne le saurai jamais être.

»Es una revelación que le pone a uno melancólico.

—Carminativo —dijo Mr. Scogan meditativamente.

—Carminativo —repitió Dionisio, y quedaron un momento silenciosos.

—Las palabras —dijo Dionisio por fin—, las palabras, yo me pregunto si puede usted comprender cómo las amo. Usted se preocupa demasiado por las cosas concretas, por las ideas y por las personas para poder comprender toda la belleza de las palabras. Su espíritu no es un espíritu literario. El espectáculo de Mr. Gladstone hallando treinta y cuatro rimas para la palabra Margot, le parecerá a usted una cosa más bien patética. Los sobres que escribía Mallarmé con sus direcciones en verso, le dejan a usted indiferente, a menos que no le causen lástima; usted no puede

comprender que,

Apte à ne point te cabrer, hue!
Poste, et j'ajouterai, dia!
Si tu ne fuis onze-bis Rue
Balzac, chez cet Hérédia,

es un pequeño milagro.

—Tiene usted razón —dijo Mr. Scogan—. No puedo comprenderlo.

—¿No le parece a usted una cosa mágica?

—No.

—Esa es la piedra de toque del temperamento literario —dijo Dionisio—; la sensación de magia, el sentimiento

de que las palabras tienen un poder. La parte verbal, técnica, de la literatura es sencillamente una extensión de la magia. Las palabras son la invención primera y más grandiosa del hombre. Con el lenguaje, el hombre ha creado todo un nuevo universo. ¿Qué tiene de maravilla que amara las palabras y les atribuyera un poder? Con palabras justas y armoniosas los magos hacían salir conejos de los sombreros vacíos y espíritus de los elementos. Sus descendientes, los literatos, continúan todavía el proceso ensamblando sus fórmulas verbales y templando de gozo y temor ante el poder del encanto producido. ¿Conejos de los sombreros

vacíos? No, sus hechizos tienen un poder más sutil porque evocan emociones en los espíritus vacíos. Formulados por medio de su arte, los dictados más insípidos adquieren enormes significaciones. Por ejemplo, yo pronuncio la afirmación *Black ladders lack bladders*. Una verdad evidente por sí misma, una de esas sobre las cuales no valdría la pena de insistir si yo la hubiera formulado en palabras tales como *Black fire escapes have no bladders* o *Les échelles noires manquent de vessie*. Pero en cuanto digo *Black ladders lack bladders*, la frase, a pesar de su trivial evidencia, se torna significativa, inolvidable, emocionante.

La creación, por medio del poder de la palabra, de alguna cosa que hacemos salir de la nada, ¿qué es sino magia? Y aun puedo añadir ¿qué es sino literatura? La mitad de la mejor poesía del mundo es sencillamente *Les échelles noires manquent de vessie*, traducido en mágica significación por *Black ladders lack bladders*. ¿Y usted no puede apreciar las palabras? Lo siento por usted.

—Un carminativo mental —dijo Mr. Scogan meditabundo—. Eso es lo que usted necesita.

CAPÍTULO XXI

Encaramado en sus cuatro hongos de piedra, el pequeño granero se levantaba dos o tres pies por encima de la hierba del verde cercado. Debajo de él había una sombra perpetua y un húmedo crecimiento de hierbas largas y lujuriantes. Allá en la sombra, en la verde humedad, una familia de patos blancos había buscado refugio contra el sol de la tarde. Algunos estaban de pie, limpiándose las plumas; otros reposaban con sus colgantes vientres comprimidos contra el suelo, como si la hierba fresca no fuera sino agua. Pequeños ruidos

sociales estallaban a intervalos, y de vez en cuando alguna cola puntiaguda ejecutaba un trémolo brillante, digno de Liszt. De pronto se vio turbado aquel jovial reposo. Un prodigioso trastazo sacudió sobre sus cabezas el piso de madera; todo el granero tembló y llovieron sobre ellos pequeños fragmentos de basura y de madera desmenuzada. Con ruidosos y continuos graznidos, los patos huyeron disparados de aquella amenaza desconocida que se les venía encima, y no pararon de correr hasta que se sintieron seguros en el corral.

—No se enfade usted de esa manera —estaba diciendo Ana—. ¡Escuche

usted! Ha asustado usted a los patos. ¡Claro, pobrecillos!

Estaba sentada de lado en una silla baja de madera. El codo de su brazo derecho descansaba en el respaldo de la silla y apoyaba la mejilla en la mano. Su cuerpo largo, esbelto, se abandonaba en curvas de gracia indolente. Sonreía y miraba a Gombauld con los ojos entornados.

—¡Maldita sea! —repetía Gombauld, volviendo a sus patadas.

Le dirigió una mirada furibunda mientras contemplaba el retrato a medio terminar que estaba en el caballete.

—¡Pobres patos! —repetía Ana.

El son de sus graznidos disminuía

con la distancia; pronto se desvaneció.

—Pero ¿no ve usted que me está haciendo perder el tiempo? —le preguntó—. No puedo trabajar con ese bamboleo aturdidor de todo su cuerpo.

—No perdería usted tanto tiempo si cesara de hablar y de patear y pintara usted un poco para variar. Después de todo, ¿por qué me bamboleo tanto sino para que me pinten?

Gombauld produjo un rumor semejante a un gruñido.

—Es usted tremenda —dijo, lleno de convicción—. ¿Por qué me propone usted que venga aquí a pasar una temporada? ¿Por qué me dice usted que le agradaría que yo le hiciera su retrato?

—Por la sencilla razón de que yo le quiero a usted, a lo menos cuando está usted de buen humor, y porque pienso que es usted un pintor excelente.

—Por la sencilla razón —Gombauld remedaba su voz— de que usted quiere que yo le haga el amor y cuando se lo hago se divierte conmigo escabulléndose.

Ana echó atrás la cabeza riéndose.

—¿De modo que usted piensa que a mí me divierte el tener que evadir sus requerimientos? ¡Así son los hombres! ¡Si usted supiera qué groseros, insoportables y pesados se ponen los hombres cuando intentan hacernos el amor y nosotras no deseamos ser

amadas! ¡Si se pudieran ver ustedes con nuestros ojos!

Gombauld tomó la paleta y los pinceles y atacó su tela con el ardor de la irritación.

—Supongo que acabará usted por decir que he sido yo quien ha comenzado este juego; que he sido yo el que ha dado el primer paso y que usted es la víctima inocente que en paz vivía y que no ha hecho nunca nada para incitarme ni seducirme.

—¡Otra prueba de lo que son los hombres! —dijo Ana—. El viejo cuento de siempre de la mujer tentando al hombre. La mujer seduce, fascina, incita; y el hombre —el noble, el inocente

hombre— es la víctima. ¡Pobre Gombauld! Espero que no vaya usted a cantar también esa vieja canción. Sería una cosa muy poco inteligente y yo le había tenido siempre por hombre juicioso.

—Gracias —dijo Gombauld.

—Sea usted un poco objetivo —continuó Ana—. ¿No puede usted comprender que lo que está usted haciendo es únicamente exteriorizar sus propias emociones? Es lo que hacen siempre los hombres; ¡y resulta de una ingenuidad tan bárbara! Sienten ustedes uno de esos deseos suyos tan desenfrenados por una mujer, y porque la desean ustedes intensamente la acusan

en seguida de querer seducirlos, de provocarlos deliberadamente y de incitarles el deseo. Tienen ustedes la mentalidad de los salvajes. Con igual razón dirían ustedes que un plato de fresas con crema los incita deliberadamente a la gula. En noventa y nueve casos por ciento, las mujeres somos tan inocentes como las fresas y la crema.

—Bien, todo lo que puedo yo decir es que este es el caso que hace ciento —dijo Gombauld sin levantar la mirada.

Ana se encogió de hombros y exhaló un suspiro.

—Estoy dudando si será usted más tonto que descortés.

Después de haber pintado un rato en silencio, Gombauld volvió a explicarse.

—Y como si no fuera bastante, ahí está Dionisio —dijo, renovando la conversación como si hubiera quedado interrumpida en aquel punto—. Está usted jugando con él el mismo juego que conmigo. ¿No podría usted dejar en paz a ese infeliz muchacho?

Ana se ruborizó con súbita e incontrastable cólera.

—Eso que dice usted de Dionisio es completamente falso —dijo con indignación—. Jamás he soñado jugar con él eso que usted llama tan gentilmente el mismo juego.

Y recobrando su calma, añadió con

su habitual voz arrulladora y con aquella su irritante sonrisa:

—Se ha convertido usted de pronto en protector del pobre Dionisio.

—Es verdad —replicó Gombauld, con una gravedad en su acento que resultaba demasiado solemne—. Me disgusta ver a un joven…

—… arrastrado a su ruina —dijo Ana, continuando la frase de Gombauld —. Admiro sus buenos sentimientos y créame usted que los comparto.

Era curiosa aquella indignación que le causaba lo que Gombauld había dicho respecto a Dionisio. ¡Resultaba ser una cosa tan absolutamente falsa! Quizá Gombauld pudiera tener algunos

motivos de queja. Pero Dionisio… eso no. Ella no había coqueteado nunca con Dionisio. ¡Pobre muchacho! ¡Tan bueno como era! Quedó algo pensativa.

Gombauld pintaba con furia. El desasosiego de un deseo insatisfecho, que acababa de perturbarle el espíritu haciéndole imposible el trabajo, parecía ahora haberse convertido en una especie de energía febril. Se decía que aquel retrato, cuando estuviera terminado, resultaría diabólico. La estaba pintando en la actitud que ella había adoptado espontáneamente durante la primera sesión. Sentada de lado en la silla, con el codo en el respaldo y la cabeza y los hombros vueltos hacia el pintor,

formando ángulo con el resto del cuerpo, se había entregado a una actitud de indolente abandono. Él había acentuado las curvas perezosas de aquel cuerpo; las líneas se desplomaban a medida que cruzaban la tela y la gracia de la pintada figura parecía disolverse en una especie de suave descuido. La mano que se alargaba sobre sus rodillas era blanda como un guante. Ahora estaba trabajando en el rostro; ya empezaba a emerger de la tela parecido al de una muñeca por lo regular e indiferente. Era el rostro de Ana —pero su rostro como hubiera sido sin la iluminación de las luces interiores de la emoción y el pensamiento—. Era la máscara fatigada,

inexpresiva que a veces le cubría el rostro. El retrato tenía un parecido terrible; y al mismo tiempo resultaba ser la más maliciosa de las mentiras. Sí, una vez terminado, decidió Gombauld, sería una cosa diabólica; y se preguntaba qué efecto le produciría a ella.

CAPÍTULO XXII

Para procurarse un poco de paz y quietud, Dionisio se había retirado aquella tarde a su habitación más pronto que de costumbre. Deseaba trabajar, pero el tiempo estaba soporífero y la comida tan recientemente gustada, pesaba excesivamente sobre el cuerpo y sobre el espíritu. El demonio meridiano se apoderaba de él. Sentíase poseído de aquella fastidiosa y desesperada melancolía postprandial que los cenobitas antiguos conocían y temían con el nombre de «acidia». Se sentía, como Ernesto Dowson, «algo decaído».

Estaba en disposición de escribir algo exquisito, gentil y quietista en el tono; algo un poco marchito y al mismo tiempo —¿cómo expresarlo?— un poco infinito. Pensaba en Ana, en el amor sin esperanza, inasequible. Quizá fuera aquel el género de amor ideal, el amor sin esperanza, el modo tranquilo, teórico del amor. En aquel melancólico estado de repleción se sentía dispuesto a creerlo así. Empezó a escribir. Un elegante cuarteto había ya brotado de su pluma

«Un amor escondido que es a lo
más
el recato de los rayos de luna

cuando se deslizan,
evocando el fantasma exangüe de los colores
sobre algún pecho o costado que apenas ya respiraba…».

cuando su atención fue atraída por un ruido exterior. Miró por la ventana; allí estaban Ana y Gombauld hablando y riendo juntos. Atravesaron el patio de la granja y se perdieron de vista al entrar por la verja situada a mano derecha. Aquel era el camino del verde cercado y del granero; sin duda iba a posar otra vez para él. Su melancolía, deprimente de modo tan agradable, se disipó al soplo de la emoción violenta; lleno de

ira arrojó su estrofa al cesto de los papeles y echó a correr escalera abajo.

«El recato de los rayos de luna». ¡Sí, sí!

En el vestíbulo vio a Mr. Scogan; aquel hombre parecía estar en acecho. Dionisio intentó escaparse, pero fue en vano. El ojo de Mr. Scogan centelleaba como el ojo del Viejo Marinero.

—No vaya usted tan de prisa —dijo alargándole una mano pequeña de lagarto con afiladas uñas—, no vaya usted tan de prisa. Precisamente me iba al jardín a tomar el sol. De modo que iremos juntos.

Dionisio se entregó; Mr. Scogan se puso el sombrero y se fueron cogidos

del brazo. En el césped rasurado de la terraza Henry Wimbush y Mary estaban jugando una solemne partida de bolos. Los dos amigos descendieron por la avenida de tejos. «Allí fue», pensó Dionisio, «allí fue donde Ana se había caído, allí fue donde él la había besado, allí —y al pensarlo se ruborizó con retrospectiva vergüenza en la memoria — allí fue donde él intentó llevarla en brazos y fracasó». ¡La vida era muy amarga!

—¡La Cordura! —dijo Mr. Scogan, rompiendo de pronto un prolongado silencio—. La Cordura, eso es lo que me perjudica y eso es lo que le perjudicará a usted, mi querido

Dionisio, cuando sea lo bastante viejo para ser definitivamente cuerdo o loco. En un mundo cuerdo, yo sería un grande hombre; pero tal como andan las cosas en nuestra curiosa organización, no soy absolutamente nada; puedo decir que en realidad no existo. No soy sino *Vox et praeterea nihil*.

Dionisio no contestó; estaba pensando en otras cosas. «Después de todo —se decía— después de todo, Gombauld tiene mejor presencia que yo, es más divertido, más confiado; y al mismo tiempo ya es alguien, mientras que yo estoy todavía en cierne».

—Todo lo que se hace en este mundo lo hacen los locos —continuó Mr.

Scogan. Dionisio se propuso no escucharle, pero la infatigable insistencia del discurso de Mr. Scogan se apoderó poco a poco de su atención —. Los hombres como yo, y como usted puede llegar a ser, nunca han realizado nada. Somos demasiado cuerdos; somos demasiado razonables. Nos falta un no sé qué de humano, el empuje de la manía entusiástica. La gente se halla siempre dispuesta a escuchar a los filósofos para divertirse un poco, como escucharían a un violinista callejero o a un saltimbanqui. Pero obrar según el consejo de los hombres razonables, eso nunca. Cada vez que ha tenido que escoger entre el hombre razonable y el

loco, el mundo ha seguido sin vacilar al loco, porque el loco se dirige a lo que es fundamental, a la pasión y a los instintos, y los filósofos a lo que es superficial y superfluo —la razón.

Entraron en el jardín; al comienzo de una de las avenidas había un banco de madera pintado de verde, embutido en medio de un continente fragante de matas de espliego. Pues bien, allí, aunque el sitio estaba desprovisto de sombra y se respiraba cálido y seco perfume en lugar de aire —allí fue donde Mr. Scogan quiso sentarse. El pleno sol le sentaba bien.

—Considere usted, por ejemplo, el caso de Lutero y Erasmo.

Tomó su pipa y empezó a llenarla mientras hablaba. Ahí tenemos a Erasmo, hombre de razón si jamás los hubo. Al principio la gente le prestó su atención —se trataba de un nuevo virtuoso que tocaba el elegante instrumento, rico en expedientes de la inteligencia; llegaron a admirarle y venerarle. Pero ¿movió las gentes a portarse como él quería que se portaran — razonablemente, decentemente, o siquiera menos suciamente que de costumbre? No. Luego apareció Lutero, violento, apasionado, un loco vesánicamente convencido de cosas en que no cabe convicción. Se puso a gritar y los hombres le siguieron en tropel. Ya

nadie escuchaba a Erasmo; fue vilipendiado por su razonabilidad. Lutero era una cosa seria, era la realidad —como la Guerra Grande—. Erasmo no era más que la razón y la decencia; le faltaba, con ser tan sabio, el poder de mover los hombres para la acción. Europa siguió a Lutero y se embarcó en siglo y medio de guerras y sangrientas persecuciones. Es una historia melancólica.

Mr. Scogan encendió un fósforo. En medio de aquella luz intensa, la llamita era casi invisible. El olor del tabaco quemado comenzó a mezclarse con el perfume suavemente acre del espliego.

—Si usted quiere que los hombres

obren razonablemente, tendrá que persuadirlos a ello con procedimientos de locura. Los sanísimos preceptos de los fundadores de religiones únicamente se propagan por medio de entusiasmos que parecerán deplorables a un hombre cuerdo. Es humillante darse cuenta de lo impotente que es la razón en estado puro. La cordura, por ejemplo, nos enseña que el único medio para conservar la civilización consiste en obrar con decencia y con inteligencia. La cordura aconseja y raciocina; en cambio, nuestros gobernantes perseveran en su habitual indecencia, mientras nosotros asentimos y obedecemos. La única esperanza sería

una cruzada de locura; yo estoy dispuesto, si algún día llega esa cruzada, a tañer la pandereta con los que metan más ruido, aunque al mismo tiempo me sienta algo avergonzado de mí mismo. Y sin embargo —Mr. Scogan se encogió de hombros y con la pipa en la mano hizo un gesto de resignación— es inútil quejarse de que las cosas sean como son. La verdad es que la cordura desprovista de ayuda resulta ineficaz. Lo que necesitamos, pues, es una explotación cuerda y razonable de las fuerzas de la locura. Contra viento y marea nosotros los cuerdos tendremos la supremacía.

Los ojos de Mr. Scogan brillaron

más que de costumbre y, sacándose la pipa de la boca, dio rienda suelta a su risa ruidosa, seca y un tanto diabólica.

—Pero yo no deseo el poder —dijo Dionisio. Estaba incómodamente sentado en un extremo del banco, sombreándose los ojos para protegerlos de aquella luz intolerable. Mr. Scogan, muy tieso en el otro extremo, volvió a reírse.

—Todo el mundo desea el poder —dijo—. El poder en una u otra forma. La clase de poder a que usted aspira es el poder literario. Otros desean el poder para perseguir a los demás seres humanos; usted pone todo su anhelo en perseguir las palabras, retorciéndolas,

plasmándolas, torturándolas para que le obedezcan. Pero estoy divagando.

—¿Usted? —preguntó Dionisio en voz baja.

—Sí —continuó Mr. Scogan, absorto en sus pensamientos— todo llegará. Nosotros los hombres de inteligencia aprenderemos a gobernar las riendas de la locura para servir a la razón. No podemos dejar el mundo por más tiempo a merced del azar. No podemos permitir que unos vesánicos peligrosos como Lutero, enloquecidos por el dogma, o como Napoleón, enloquecidos por su egoísmo, continúen apareciendo de vez en cuando y trastornándolo todo. En tiempos pasados esto no importaba

mucho; pero nuestra máquina moderna es demasiado delicada. Unos pocos golpes más como el de la Guerra Grande, uno o dos Luteros más, y todo se lo llevará la trampa. En lo futuro, los hombres de razón habrán de ver cómo la locura de los vesánicos del mundo se canaliza por conductos apropiados, se hace útil para trabajar, como el torrente de una montaña que impulsa una dínamo…

—… que sirve para que la electricidad ilumine un hotel suizo —dijo Dionisio—. Debería usted completar su comparación.

Mr. Scogan rechazó la interrupción con un gesto de la mano.

—No queda más que un recurso —dijo—. Los hombres de inteligencia deben unirse, deben conspirar y arrebatar el poder a los imbéciles y a los locos que ahora nos dirigen. Deberán fundar el Estado Racional.

El calor que iba paralizando lentamente todas las facultades mentales y corporales de Dionisio, parecía comunicar a Mr. Scogan mayor vitalidad. Se expresaba con creciente energía, sus manos se movían con gestos cortantes, rápidos y precisos, sus ojos brillaban. Dura, seca y continua, su voz iba resonando, resonando en los oídos de Dionisio con la insistencia de un ruido mecánico.

—En el Estado Racional —oía decir a Mister Scogan— los seres humanos estarán separados en distintas especies, no según el color de sus ojos ni la forma de sus cráneos, sino según las cualidades de su espíritu y de su temperamento. Un jurado de psicólogos ejercitados en lo que ahora parecería casi una clarividencia sobrehumana, examinaría todos los niños que nacieran y les asignaría su propia especie. Debidamente rotulados y registrados, los niños serían sometidos a la educación apropiada para los miembros de su especie, y, en su vida adulta, dispuestos para ejecutar las funciones que los seres humanos de su variedad

fueran capaces de realizar.

—Y ¿cuántas especies habría? —preguntó.

—Muchas, sin duda —respondió Mr. Scogan—; la clasificación tendrá que ser sutil y trabajosa. Pero un profeta no debe descender a los detalles, ni eso le concierne. Yo no debo hacer sino indicar las tres especies principales en que serán divididos los súbditos del Estado Racional.

Calló, se aclaró la garganta, tosió un par de veces, evocando en el espíritu de Dionisio la visión de una mesa con un vaso y una botella de agua y, apoyado en un rincón, un largo y blanco puntero para las proyecciones.

—Las tres especies principales —continuó Mr. Scogan— serán éstas: las Inteligencias Directoras, los Hombres de Fe, y el Rebaño. Entre las Inteligencias se encontrarán todos los capaces de pensar, los que sepan cómo puede alcanzarse cierto grado de libertad —¡libertad, por desgracia, harto limitada aun entre los más inteligentes! — en medio de la esclavitud mental de su época. Un cuerpo selecto de inteligencias, escogido entre los que han dedicado su atención a los problemas de la vida práctica, contendrá los gobernantes del Estado Racional. Utilizará como instrumentos de su poder a los que formen la segunda gran especie

de la Humanidad —los Hombres de Fe, los Locos, como he llamado a los que creen en las cosas desrazonablemente, con pasión, y que están dispuestos a morir por sus creencias y por sus deseos. Estos frenéticos, con sus temibles potencialidades para el bien o para el mal, ya no podrán reaccionar al azar en un medio azaroso. Ya no serán Césares, Borgias. Ya no serán Luteros, ni Mahomas, ni Juanas Southcotts ni Comstocks. El anticuado Hombre de Fe y Deseo, criatura casual de las irracionales circunstancias, capaz de arrastrar a los hombres al llanto y al arrepentimiento y que podría igualmente impulsarlos a degollarse unos a otros,

será substituido por otra clase de loco, exteriormente el mismo, agitado por entusiasmo espontáneo semejante, pero ¡cuán diferente del loco del pasado! Porque el nuevo Hombre de Fe gastará su pasión, su deseo y su entusiasmo en la propagación de alguna idea razonable. Será, sin darse cuenta de ello, el instrumento de alguna inteligencia superior.

Mr. Scogan se reía, malicioso, entre dientes; era como si tomara el desquite, en nombre de la razón, contra los entusiastas.

—Desde sus primeros años, esto es, desde que los psicólogos examinadores les habrán asignado su lugar en el plan

de clasificación, los Hombres de Fe recibirían su educación especial bajo la vigilancia de las sugestiones, andarán por el mundo, predicando y practicando con generosa locura los proyectos fríamente razonables de los Directores situados por encima de ellos. Una ver realizados esos proyectos, o cuando las ideas que habrán sido útiles diez años antes, hayan cesado de serlo, las Inteligencias inspirarán a una nueva generación de locos una nueva verdad eterna. La función principal de los Hombres de Fe consistirá en entusiasmar y dirigir la Muchedumbre, tercera grande especie formada por esos incontables millones de hombres que

carecen de inteligencia y no sienten ningún valioso entusiasmo. Cuando se requiera algún esfuerzo particular del Rebaño, cuando se crea necesario para la solidaridad que la Humanidad se vea enardecida y unida por algún deseo o entusiasmo únicos, los Hombres de Fe, instruidos en alguna creencia sencilla y satisfactoria, serán enviados con misiones evangelizadoras. En épocas ordinarias, cuando la temperatura espiritual de una Cruzada sea juzgada malsana, los Hombres de Fe se ocuparán tranquila y seriamente en la gran labor de la educación. En la formación del Rebaño será explotada la sugestibilidad cuasiilimitada de la Humanidad.

Sistemáticamente, desde su más tierna infancia, se convencerá a sus miembros de que la felicidad sólo puede hallarse en el trabajo y la obediencia; se les hará creer que son felices, que son unos seres inmensamente importantes, y que todo lo que hacen es noble y significativo. Para uso de las especies inferiores se restablecerá la Tierra en el centro del Universo y se concederá al hombre nuevamente su preeminencia sobre la tierra. ¡Oh, cómo envidio la suerte de la gente común en el Estado Racional! Trabajando ocho horas cada día, obedeciendo a sus superiores, convencidos de su propia grandeza, significancia e inmortalidad, serán

maravillosamente felices, más felices de lo que ha sido nunca ninguna raza de hombres. Pasarán la vida en un placentero estado de intoxicación de que nunca despertarán. Los Hombres de Fe serán los coperos de aquella bacanal vitalicia, que llenarán una y otra vez las copas con el ardiente licor que las Inteligencias, en su triste y sobrio retiro entre bastidores, elaborarán para la intoxicación de sus súbditos.

—Y ¿qué lugar tendré yo en el Estado Racional? —preguntó soñolientamente Dionisio, bajo la mano con que se hacía sombra.

Mr. Scogan lo consideró un momento en silencio.

—Es difícil adivinar para lo que usted serviría —dijo por fin—. Usted no puede ejecutar un trabajo manual; es usted demasiado independiente y reacio a la sugestión para poder ser incluido en el gran Rebaño; no tiene usted ninguno de los caracterismos requeridos para el Hombre de Fe. Y como las Inteligencias Directoras tendrán que ser maravillosamente claras, desapiadadas y penetrantes…

Se detuvo y meneó la cabeza.

—No, no puedo encontrar lugar para usted; no le queda otro remedio sino la muerte anestésica.

Profundamente ofendido, Dionisio emitió una imitación de la estrepitosa

risa homérica.

—Estoy tomando aquí una insolación —dijo, y se levantó.

Mr. Scogan le imitó y se fueron paseando por el angosto sendero, barriendo a su paso las azules flores del espliego. Dionisio tomó una ramita y se puso a oliscarla: luego arrancó también algunas obscuras hojas de romero, que olía como incienso en una iglesia cavernosa. Pasaron por un macizo de adormideras, cuyos pétalos acababan de desprenderse; las redondas y maduras cabezas estaban morenas y secas, «trofeos polinésicos», pensó Dionisio; cabezas cortadas clavadas en pértigas. La comparación le gustó hasta el punto

de comunicársela a Mr. Scogan. «Como trofeos polinésicos…». Una vez expresada en voz alta, aquella imagen le pareció menos encantadora y significativa que cuando se le había ocurrido.

Hubo un silencio; y en creciente oleada de rumor, el zumbido de las máquinas segadoras subía desde los campos a través del jardín, para alejarse luego en remoto susurro.

—Satisface pensar —dijo Mr. Scogan, mientras iba paseando lentamente— que una muchedumbre se afana segando por esos campos para que nosotros podamos hablar de la Polinesia. Como todas las cosas buenas

de este mundo, el ocio y la cultura se han de pagar. Afortunadamente, los que deben pagar no son los ociosos y los cultivados. Agradezcamos este beneficio como corresponde, mi estimado Dionisio, agradezcámoslo cumplidamente —repitió, y sacudió la ceniza de su pipa.

Dionisio no le escuchaba. De pronto se había acordado de Ana. Estaba con Gombauld, sola con él en su estudio. Era un pensamiento intolerable.

—¿Vamos a hacer una visita a Gombauld? —sugirió, fingiendo indiferencia—. Sería divertido ver lo que está haciendo ahora.

Se reía interiormente al pensar lo



furioso que se pondría Gombauld cuando los viera entrar.

CAPÍTULO XXIII

Gombauld, sin embargo, cuando ellos se presentaron no se puso tan furioso como Dionisio había supuesto y esperado. Al contrario, se mostró más complacido que enojado, cuando aquellas dos caras, la una morena y puntiaguda, la otra redonda y pálida, aparecieron en el marco de la puerta. La energía desencadenada por su desasosegada irritación se le iba calmando y se resolvía en sus elementos emotivos. Un momento más y se hubiera expuesto a perder nuevamente los estribos —mientras Ana se hubiera hecho dueña de

ellos, inaguantable.

—¡Adelante, adelante! —exclamó acogedor.

Seguido de Mr. Scogan, Dionisio se encaramó por la escalerita y saltó al umbral. Miró suspicazmente a Gombauld y a su modelo, y no pudo conocer nada por la expresión de sus rostros sino que ambos parecían complacidos de ver a sus visitantes. ¿Estaban realmente satisfechos o disimulaban astutamente aquella satisfacción? Esto se preguntaba.

Mientras tanto, Mr. Scogan iba mirando el retrato.

—Excelente —dijo en tono aprobador—, excelente. Casi demasiado

fiel al carácter, si esto es posible. Sí, positivamente demasiado fiel. Pero me sorprende verle a usted poner en su obra toda esa psicología.

Señaló el rostro del retrato y con el índice iba siguiendo las curvas laxas de la figura.

—Yo había pensado que era usted uno de esos tipos que sólo se preocupan por el equilibrio de las masas y el encuentro de los planos.

Gombauld se echó a reír.

—Sí, he cometido una pequeña infidelidad —dijo.

—Lo siento —dijo Mr. Scogan—. Por mi parte, sin poseer el menor conocimiento de pintura, me he

complacido siempre de modo particular en el Cubismo. Me agrada ver las pinturas en las cuales se excluye completamente la Naturaleza, que son producto exclusivo del espíritu humano. Me causan el mismo placer que obtengo de un buen razonamiento, de un problema de matemáticas o de una obra de ingeniería. La Naturaleza, y todo lo que me la recuerda, me conturba; es demasiado grande, demasiado complicada, y, sobre todo, demasiado insubstancial e incomprensible. Yo hallo mi elemento en las obras del hombre; cuando aplico a ellas mi espíritu, puedo comprender todo lo que los hombres han hecho y pensado. Por eso viajo siempre

en metro subterráneo y evito cuanto puedo el autobús. Porque viajando en autobús no se puede evitar, ni en Londres, la presencia de alguna obra de Dios perdida por allí: el cielo, por ejemplo, algún árbol casual, las flores de las ventanas. Pero viaje usted por el metro y no verá sino obras del hombre: hierro forjado en formas geométricas, líneas rectas de cemento armado, extensos espacios cubiertos de ladrillos simétricos. Todo ello es humano, producto de espíritus amigos y comprensivos. Todos los filósofos y todas las religiones, ¿qué son sino metros espirituales, horadados a través del Universo? Por estos estrechos

túneles, donde todo es manifiestamente humano, se viaja cómodamente y con toda seguridad, procurando olvidarse de que, en torno, encima y debajo de ellos, se extiende la ciega masa de tierra infinita e inexplorada. ¡Ah, sí!, denme siempre el Metro y el Cubismo; denme ideas justas, limpias, sencillas y bien acabadas. Y guárdenme de la Naturaleza, como de todo lo que es inhumanamente grande, complicado y obscuro. No tengo valor y sobre todo no tengo tiempo para andar errabundo por tal laberinto.

Mientras Mr. Scogan iba discurriendo, Dionisio había pasado al lado opuesto del pequeño recinto

cuadrado, donde Ana, guardando todavía su actitud abandonada y graciosa, estaba sentada en la silla baja.

—¿Y bien? —le preguntó, mirándola casi con furia.

¿Pero qué le estaba preguntando? Ni él mismo lo sabía.

Ana le miró también, y por toda respuesta le dijo: «¿Y bien?», en tono diferente y risueño.

Dionisio, por el momento, no supo decir nada más. En un rincón, detrás de la silla de Ana, había dos o tres telas vueltas hacia la pared. Las levantó y empezó a mirar las pinturas.

—¿Puedo yo verlas también? —preguntó Ana. Las puso en fila contra la

pared. Ana hubo de girar en redondo sobre su silla para verlas. Allí estaba la tela grande con el hombre caído del caballo; luego un cuadro de flores y un pequeño paisaje. Con las manos en el respaldo de la silla, Dionisio se inclinaba sobre Ana. Detrás del caballete, al otro lado de la habitación, Mister Scogan no cesaba de hablar. Durante un buen rato contemplaron las pinturas sin decir nada; sino que Ana miraba sólo las pinturas, mientras que Dionisio, con frecuencia, miraba a Ana.

—Me gustan ese hombre y ese caballo. ¿Y a usted no? —dijo ella por fin, mirándole con sonrisa interrogante.

Hizo que sí con la cabeza, y luego,

con voz extraña y ahogada, como si le costara mucho trabajo pronunciar las palabras, dijo:

—La amo a usted.

Era una observación que había oído Ana muchas veces ya y casi siempre sin turbación. Pero en aquel momento —acaso por haberla oído tan inesperadamente, quizá por algún otro motivo— aquellas palabras le produjeron cierta emoción y sorpresa.

—¡Mi pobre Dionisio! —intentó decir riéndose; pero se había ruborizado al decirlo.

CAPÍTULO XXIV

Era mediodía. Dionisio, al bajar de su habitación, donde había estado esforzándose en vano para escribir algo insignificante, halló la sala desierta. Se disponía a salir al jardín cuando su vista se encontró con un objeto familiar pero misterioso —el gran cuaderno rojo en que tantas veces había visto a Jenny garrapatear tranquila y atareada. Se lo había dejado en el asiento de la ventana. La tentación era fuerte. Tomó el libro y quitó la goma elástica que lo mantenía discretamente cerrado.

«Privado. No abrirlo», estaba

escrito en la cubierta con letras mayúsculas. Enarcó las cejas. Aquello le recordaba lo que uno escribía en su gramática latina cuando estaba todavía en la escuela preparatoria:

> *«Negro es el cuervo, negra la corneja,*
> *¡pero más negro todavía el ladrón que roba este libro!».*

Era curiosamente pueril, pensó, y sonrió para sí. Abrió el libro. Lo que vio le hizo retroceder como si le hubiera dado un golpe.

Dionisio había sido para sí mismo el crítico más severo; a lo menos así lo

había creído siempre. Se complacía en considerarse como un vivisector inexorable que escudriñaba en las mismas entrañas palpitantes de su alma; era su propio verdugo. Sus debilidades, sus insensateces, nadie las conocía mejor que él. En efecto, vagamente imaginaba que nadie más las advertía. Le parecía inconcebible casi que él pudiera ser visto por los otros como él los veía; inconcebible que hablasen de él con la misma libertad crítica y, si había de ser sincero, en el mismo tono suavemente malicioso en que él acostumbraba a hablar de ellos. Para sus propios ojos él tenía defectos, pero esto de verlo era un privilegio reservado

para él solo. Ante el resto del mundo creía con toda seguridad ofrecer una imagen de cristal sin defecto. Esto era para él casi un axioma.

Al abrir el libro rojo, aquella imagen suya de cristal se despedazó estrepitosamente contra el suelo y quedó hecha añicos. No había sido él, pues, su más severo crítico. El descubrimiento fue muy doloroso. El resultado del misterioso garrapateo de Jenny estaba ante sus ojos. Una caricatura suya en actitud de leer (el libro estaba al revés). En el fondo había una pareja danzando, que se reconocía en seguida ser la de Gombauld y Ana: Debajo, la leyenda: «Fábula del que no baila y las uvas que

están verdes». Fascinado y horrorizado, Dionisio examinó minuciosamente el dibujo. Era una obra maestra. Un mudo e ignorado Rouveyre se mostraba en cada una de aquellas líneas cruelmente claras. La expresión del rostro, un apartamiento y una superioridad fingidos, atenuados por un poco de envidia; la actitud del cuerpo y de los miembros, llena de dignidad estudiosa y académica y desmentida por la inquieta postura de los pies vueltos hacia dentro, todo aquello era terrible. Y más terrible el parecido, la seguridad magistral con que todas sus peculiaridades físicas quedaban registradas y sutilmente exageradas.

Dionisio continuó examinando el libro. Había caricaturas de otras personas: de Priscilla y de Mister Barbecue-Smith; de Henry Wimbush, de Ana y Gombauld; de Mr. Scogan, a quien Jenny había representado con aspecto harto siniestro y que resultaba francamente diabólico; de Mary y de Ivor. Apenas las miró. Un temeroso deseo de ver lo que hubiera allí de peor sobre él, le dominaba. Fue volviendo las hojas, no deteniéndose en lo que no fuera su propia imagen. Había siete páginas enteras dedicadas a él.

«Privado. No abrirlo». Él había desobedecido esta prohibición; había llevado su merecido. Pensativamente

cerró el libro y puso la cinta elástica en su sitio. Más triste por más enterado salió a la terraza. He aquí, pensó, en lo que Jenny empleaba sus horas de ocio aislada en su torre de marfil. ¡Y él la había tomado por un alma sencilla, incapaz de sentido crítico! Por lo visto, el verdadero tonto había sido él. No experimentó resentimiento contra Jenny. No, lo más angustioso no era la misma Jenny, sino lo que ella y el hecho de su libro representaban, lo que significaban y concretamente simbolizaban. Representaban el vasto mundo consciente de los hombres exterior a él; simbolizaban una cosa en que él no había podido creer sumido en su

estudiosa soledad. Él podía detenerse en Picadilly Circus, podía contemplar la gente apretujándose y llegar a imaginarse que entre aquellos millares de personas él era el único ser individual consciente e inteligente. Le parecía casi imposible que los demás fueran a su manera tan complicados y completos como él a la suya. Imposible; y con todo, periódicamente, había de realizar algún descubrimiento sobre el mundo exterior y la formidable realidad de su consciencia y de su inteligencia. El cuaderno rojo constituía uno de aquellos descubrimientos, la huella de una pisada en la arena. Ya no dudaba, pues, de que el mundo exterior existiese

realmente.

Sentado en la balaustrada de la terraza, rumió durante buen rato aquella verdad tan amarga. Mientras volvía a mascarla, se dirigió pensativamente hacia la piscina. Un pavo real y su hembra arrastraban su cursi atavío por el césped del prado inferior. ¡Qué pájaros tan odiosos! Sus cuellos delgados y gulosamente carnosos en su base, adelgazábanse hacia la cruel inanidad de sus cabezas sin seso, con aquellos ojos aplastados y los afilados picos. Tenían razón los fabulistas, pensó, cuando hacían servir los animales de ejemplo en sus tratados de moralidad humana. Los animales se

parecen a los hombres con toda la veracidad de una caricatura. (¡Oh, aquel cuaderno rojo!). Tiró un trozo de palo a aquellas aves que andaban pausadamente. Se precipitaron hacia el palo pensando que era algo de comer.

Siguió paseándose. La sombra profunda de un acebo gigante lo invadió. Inmenso pólipo de madera que desplegaba sus largos tentáculos.

«Bajo los acebos
expansionados…».

Intentó recordar de quién era el poema, pero no pudo.

«El forjador es un hombre
membrudo,
sus brazos parecen llantas de
cauchú».

¡Cómo los suyos!; debería decidirse a probar y practicar ejercicios gimnásticos con más regularidad.

Salió de nuevo al sol. Ante él extendíase el estanque, que reflejaba en su espejo de bronce el azul y el verde cambiante de aquel día de verano. Al contemplarlo pensó en los brazos desnudos de Ana, en su traje de baño bruñido como una piel de foca, en sus rodillas y en sus pies, tan ágiles.

«Y la pequeña Lucía con sus
blancas piernas
y la robusta Barbary…».

¡Oh, aquellos retales de cosas fabricadas por los demás! ¿Podría jamás llegar a decir que su cerebro era realmente suyo? ¿Había en él algo que fuera verdaderamente suyo y no producto de su educación?

Paseaba lentamente alrededor del agua. En un rincón apartado a la sombra de los acebos, con la espalda apoyada contra el pedestal de una cómica y divertida versión de la Venus de Médicis, ejecutada por algún anónimo albañil del *seicento*, vio a Mary sentada

y meditabunda.

—¡Hola! —dijo. Ya que pasaba tan cerca de ella, no tenía más remedio que decirle algo.

Mary alzó los ojos.

—¡Hola! —contestó, en tono melancólico e indiferente.

La atmósfera de aquella alcoba, abierta entre los sombríos árboles, parecía a Dionisio agradablemente elegíaca. Se sentó junto a Mary, a la sombra de la púdica diosa. Hubo un prolongado silencio.

Aquella mañana, al ir a tomar su almuerzo, Mary había encontrado en su plato una postal con una vista del gran parque de Gobley. Se veía el castillo,

mole imponente estilo Jorge V, con una fachada que contenía dieciséis ventanas; macizos de flores en primer término; vastos y lisos prados que a izquierda y a derecha se extendían más allá del grabado. Diez años más de malos tiempos, y Gobley, con todos los sitios semejantes a él, se verán desiertos y arruinados. Cincuenta años más, y nuestra campiña ignorará los viejos cotos. Habrán desaparecido, como desaparecieron antes los monasterios. Sin embargo, por el momento, el espíritu de Mary no se preocupaba con tales consideraciones. En el dorso de la postal, junto a la dirección, estaba escrita una estrofa con la letra grande y

osada de Ivor.

«¡Salud, doncella del Claro de
Luna! ¡Novia del Sol, adiós!
Como las plumas brillantes caídas
del vuelo de un ángel,
duermen en la más mística celda de
mi corazón
los recuerdos de la mañana, los
recuerdos de la noche».

Seguía una postdata de tres líneas.

«¿Quisiera usted hacerme el favor de encomendar a una de las camareras que me remitiera el paquete de las hojas de afeitar que

me dejé en el cajón de mi lavabo? Gracias. Ivor.».

Sentada bajo el gesto inmemorial de la Venus, Mary reflexionaba sobre la vida y el amor. La abolición de sus represiones, en lugar de procurarle la esperada paz del espíritu, no le había traído sino inquietud, un nuevo dolor desconocido hasta entonces. ¡Ivor! ¡Ivor! … Ahora no podía vivir sin él. Por otra parte era evidente, según rezaba el poema escrito en el dorso de la postal, que Ivor podía pasarlo muy bien sin ella. Ahora estaba en Gobley; también estaba allí Cenobia. Mary conocía a Cenobia. Pensó en el último verso de la

canción que le había cantado aquella noche en el jardín.

«Le lendemain, Phillis, peu sage,
Aurait donné moutons et chien
Pour un baiser que le volage
A Lisette donnait pour rien».

Este recuerdo le llenó los ojos de lágrimas; jamás había sido tan desgraciada.

Dionisio fue el primero en romper el silencio.

—El individuo —comenzó a decir con tono filosófico, suave y triste— no es un universo que se baste a sí mismo. Hay momentos, cuando entra en contacto

con los demás individuos, en que se ve obligado a tener conocimiento de la existencia de otros universos junto al suyo.

Había compuesto aquella generalización altamente abstracta como preliminar de una confidencia personal. Era el primer paso en una conversación que debía ir a parar a las caricaturas de Jenny.

—Es verdad —dijo Mary; y generalizando por su cuenta añadió—: Cuando un individuo entra en íntimo contacto con otro, ella, o él por supuesto, según los casos, inevitablemente ha de causar dolor o recibirlo.

—Nos sentimos inclinados —continuó Dionisio— a fascinarnos de tal modo con el espectáculo de nuestra propia personalidad, que nos olvidamos de que este espectáculo se ofrece también a los demás.

Mary no le escuchaba.

—Esa dificultad —dijo— se deja sentir agudamente en cuestiones sexuales. Si un individuo busca íntimo contacto con otro individuo, según lo requiere la Naturaleza, debe estar seguro de dar o recibir sufrimiento. Si, por el contrario, evita esos contactos, se expone a sufrimientos igualmente graves producidos por las represiones antinaturales. Ya ve usted qué dilema.

—Cuando reflexiono en mi caso —dijo Dionisio, dando un paso más, decidido, en la dirección deseada—, me sorprende mi ignorancia de la mentalidad de los demás en general y sobre todo, y en particular, de la opinión en que me tienen. Nuestros espíritus son libros sellados que sólo se abren de vez en cuando para el mundo exterior.

Hizo un gesto que ligeramente sugería el acto de sacar una cinta de goma.

—Es un problema terrible —dijo Mary, pensativamente—. Es menester haberlo experimentado para darse cuenta de lo terrible que es.

—Exactamente —asintió Dionisio

—. Es menester haberlo experimentado.

Se inclinó hacia ella y bajó la voz ligeramente.

—Esta misma mañana por ejemplo… —empezó, pero sus confidencias se vieron cortadas en seco. La voz profunda del gong, atenuada por la distancia en agradable rumor, flotaba por el jardín. Era la hora de la comida. Mary se puso en pie maquinalmente, y Dionisio, algo disgustado al ver que mostraba ella una avidez tan impaciente por comer y un interés tan escaso por las experiencias espirituales de él, se decidió a seguirla. Se encaminaron a la casa, sin decirse una palabra más.

CAPÍTULO XXV

—Supongo que se han dado ustedes cuenta —dijo Henry Wimbush durante la comida— de que el próximo lunes es la fiesta del distrito y que esperamos que todos ustedes colaborarán en la Feria.

—¡Cielos! —exclamó Ana—. ¡La Feria! La había olvidado completamente. ¡Qué pesadilla! ¿No podría usted acabar de una vez con ella, tío Henry?

Mr. Wimbush suspiró, meneando la cabeza.

—Por desgracia —dijo— me temo que no podré. Hace años ya que hubiera

querido suprimirla; pero los derechos de la caridad son muy fuertes.

—No es caridad lo que necesitamos —murmuró Ana, en tono rebelde—, sino justicia.

—Además —continuó Mr. Wimbush — la Feria ha llegado a ser una institución. Vamos a ver: hará ya veintidós años que la inauguramos. Entonces era una cosa muy modesta. En cambio ahora…

Hizo un amplio movimiento con su mano y quedó silencioso.

El hecho de continuar tolerando todavía la Feria, hablaba mucho en favor del amor a la región que sentía Mr. Wimbush. Habiendo empezado como

una especie de bazar parroquial de caridad, aquella feria benéfica anual había ido convirtiéndose en una fiesta ruidosa con caballitos, tiros al blanco y barracas de toda clase —una verdadera feria típica por todo lo alto—. Era la fiesta de san Bartolomé y la gente de todas las aldeas vecinas, y aun buena parte de la capital del distrito, se congregaba en el parque para celebrarla. El hospital de la región sacaba también muy buen provecho de ella y por esto, sólo Mr. Wimbush, para quien la fiesta era motivo de periódica y nunca menguante incomodidad, no se decidía a poner fin a los perjuicios que anualmente profanaban su parque y su

jardín.

—Ya lo tengo todo preparado —continuó diciendo Henry Wimbush—. Mañana mismo quedarán colocados algunos de los toldos mayores. Los columpios y los caballitos estarán aquí el domingo.

—De modo que no hay manera de escapar —dijo Ana, volviéndose hacia los circunstantes—. Todos ustedes tendrán que ocuparse en algo. Y por especial favor se permitirá a cada uno que escoja la esclavitud que le plazca. Mi tarea consistirá en encargarme del pabellón de té, como de costumbre. Tía Priscilla…

—Querida —dijo Mrs. Wimbush,

interrumpiéndola—. Tengo otras ocupaciones más importantes que la Feria. Pero no dude usted de que cuando llegue el lunes yo haré todo lo posible para animar a los aldeanos.

—¡Espléndido! —dijo Ana—. Tía Priscilla animará a los aldeanos. Y usted ¿qué hará, Mary?

—Por mi parte no desearía ninguna ocupación en que me viera obligada a estarme quieta mirando comer a los demás.

—Entonces vigilará usted los juegos de los niños.

—Muy bien —asintió Mary—. Yo vigilaré los juegos de los niños.

—¿Y Mr. Scogan?

Mr. Scogan reflexionó.

—¿Se me permite decir la buenaventura? —preguntó por fin—. Me parece que yo serviría para decir la buenaventura.

—¡Pero no puede usted decirla en ese traje!

—¿No puedo?

Mr. Scogan se dio un vistazo.

—Será menester que se disfrace. ¿No desiste usted de su propósito?

—Estoy dispuesto a sufrir por él todas las humillaciones.

—¡Bien! —dijo Ana; y volviéndose hacia Gombauld—: Usted será nuestro artista relámpago —dijo—. «¡Háganse el retrato en cinco minutos por un

chelín!».

—Es una lástima que yo no sea Ivor —dijo Gombauld, echándose a reír—. Me hubiera podido dedicar a retratar a cada uno con su Fluido pagando seis peniques más.

Mary se ruborizó.

—No ganamos riada —dijo con severidad— hablando ligeramente de esas cosas tan serias. Y por otra parte, cualquiera que sea la opinión personal de usted, las investigaciones psíquicas son cosa perfectamente seria.

—Y ¿qué haremos de Dionisio?

Dionisio rehusó con el gesto.

—Yo no tengo ninguna habilidad —dijo—. Yo serviría para ser uno de esos

que llevan una cosa en el ojal y van diciendo a la gente por dónde se va a tomar el té y que lleve cuidado con pisotear el césped.

—¡No, no! —dijo Ana—. Eso no me gusta. Debe usted hacer algo más importante.

—Pero ¿qué puedo hacer? Los cargos mejores ya están concedidos y no puedo hacer otra cosa sino balbucear con la muchedumbre.

—Bueno, pues balbucee usted —concluyó Ana—. Escribirá usted un poema adaptado a las circunstancias, una Oda a la Fiesta del Distrito. La imprimiremos en la imprenta de tío Henry y la venderemos a dos peniques

ejemplar.

—A seis peniques —protestó Dionisio—. Bien valdrá los seis peniques.

Ana negó con la cabeza.

—Dos peniques —repitió con firmeza—. Nadie querrá pagar más de dos peniques.

—Y ahora Jenny —dijo Mr. Wimbush—. Jenny —repitió levantando la voz—, y usted ¿qué hará?

Dionisio estuvo tentado a insinuar que Jenny debería dedicarse a dibujar caricaturas a seis peniques la pieza, pero luego pensó que sería mejor seguir fingiendo que ignoraba aquel talento. Se le volvió a representar el cuaderno rojo.

Pero ¿sería posible que él tuviera aquel tipo?

—¿Qué haré yo? —contestó Jenny—. ¿Qué haré yo?

Frunció un momento las cejas, pensativa; luego, su rostro se iluminó y sonriéndose dijo:

—Cuando yo era joven aprendí a tocar el tambor.

—¿El tambor?

Jenny hizo que sí con la cabeza y en prueba de su aserto agitaba el cuchillo y el tenedor sobre su plato, como si fueran un par de palillos.

—Si se presenta ocasión de tocar el tambor… —comenzó a decir.

—Desde luego —dijo Ana—. Las

ocasiones no faltarán. Definitivamente queda usted encargada del tambor. Y ya están repartidos todos los cargos —añadió.

—Y muy bien repartidos, por cierto —dijo Gombauld—. Ya estoy viendo que me voy a divertir mucho en esa fiesta. Habrá de ser muy divertida.

—Tendría que serlo —asintió Mr. Scogan—. Pero puede usted tener la de que no lo será. No hay ninguna fiesta que no resulte ser, al fin y al cabo, una desilusión.

—Vamos, vamos —protestó Gombauld—. Mis vacaciones en Crome no son para mí una desilusión.

—¿De veras? —dijo Ana, volviendo

hacia él una máscara ingenua.

—Y muy de veras —respondió él.

—Me alegro de saberlo.

—Está en la misma naturaleza de las cosas —continuó Mr. Scogan— que nuestras vacaciones sólo nos puedan causar desilusión. Reflexionen ustedes un poco. ¿Qué son unas vacaciones? El Ideal, la platónica Vacación de las Vacaciones, debe consistir en un cambio completo y absoluto. ¿Aceptan ustedes mi definición?

Mr. Scogan fue interrogando con la mirada todas las caras, una por una; su nariz puntiaguda se fue moviendo en una serie de rápidos respingos, en todas las direcciones de la brújula. Nadie se

atrevió a contradecirle. Continuó:

—Un cambio completo y absoluto; muy bien. Pero un cambio completo y absoluto, ¿no es precisamente lo que nunca podemos conseguir, nunca, por la misma naturaleza de las cosas? —Mr. Scogan dio otra rápida mirada en derredor—. Y esto es evidente. Por ser lo que somos, ejemplares del Homo Sapiens y miembros de una sociedad, ¿cómo podernos esperar conseguir algo semejante a un cambio absoluto? Estamos encadenados por la terrible limitación de nuestras facultades humanas, por las nociones que la sociedad nos impone mediante nuestra fatal sugestividad, por nuestras

personalidades. Para nosotros, unas vacaciones completas son imposibles. Algunos de nosotros luchan virilmente por conseguirlas, pero nunca podernos lograrlo y, si me permiten ustedes expresarme metafóricamente, nunca logramos llegar más allá del cabo del mundo.

—Es usted desalentador —dijo Ana.

—Me propongo serlo —replicó Mr. Scogan, y extendiendo los dedos de su mano derecha continuó—: Aquí me tienen ustedes a mí, por ejemplo. ¿Qué clase de vacaciones puedo yo tomarme? Al dotarme con pasiones y facultades, la Naturaleza se mostró conmigo horriblemente mezquina; toda la serie de

posibilidades humanas resulta siempre penosamente limitada; por eso mi serie resulta ser una limitación dentro de una limitación. De las diez octavas que puede comprender un instrumento humano, apenas si puedo alcanzar dos. De modo que si es verdad que poseo cierta porción de inteligencia, en cambio no tengo sentido estético. Estoy dotado de la facultad matemática, pero estoy completamente desprovisto de emociones religiosas; aunque me siento naturalmente inclinado a la libídine, tengo poca ambición y no soy avaro. La educación ha limitado más todavía mi esfera de acción. He sido criado en sociedad y estoy impregnado de sus

leyes; y no sólo me asustaría tomar mis vacaciones fuera de ellas, sino que el intentarlo me sería doloroso. En una palabra, siento la conciencia, y al mismo tiempo el temor, de mi prisión. Sí, lo sé por experiencia. ¡Cuántas veces he intentado tomarme vacaciones, evadirme de mí mismo, de mi cargante naturaleza, de mi insufrible medio mental! —Mister Scogan suspiró—. Pero siempre sin resultado —añadió—, siempre sin resultado. En mi juventud, siempre me estuve esforzando —¡y con qué obstinación!— por tener sentimientos religiosos y estéticos. Aquí tienes, me decía, dos emociones tremendamente importantes y estimulantes. La vida sería

más rica, más ardiente, más brillante y, en fin de cuentas, más divertida, si yo pudiera experimentarlas. Lo intenté. Leí las obras de los místicos. Me hicieron el efecto de la más deplorable música celestial —y lo mismo les pasará siempre a los que no pueden experimentar la misma emoción que sentían aquellos autores cuando escribieron—. Porque lo necesario aquí es la emoción. La obra escrita es sencillamente una tentativa para expresar la emoción, que es por sí misma inexpresable, en términos de inteligencia y de lógica. El místico objetiva una sensación muy fuerte que experimenta en la boca de su estómago

haciendo de ella una cosmología. Para otros místicos, la cosmología es un símbolo de aquella fuerte sensación. Para los no religiosos, es un símbolo de nada y por eso les parece simplemente grotesca. ¡Es un hecho melancólico! Pero estoy divagando.

Mr. Scogan se contuvo.

—Todo esto en cuanto a la emoción religiosa. En cuanto a la emoción estética, puse todo mi empeño en cultivarla. He contemplado todas las obras de arte más auténticas de toda Europa. Hubo una época en que, me atrevo a creerlo, sabía yo más sobre Taddeo da Poggibonsi, más sobre el hermético Amico di Taddeo, que el

mismo Henry. Hoy, con gran contentamiento mío, puedo decir que he olvidado la mayor parte del saber que entonces adquirí tan laboriosamente; y eso que, sin vanidad, puedo afirmar que mi saber era prodigioso. No pretendo, desde luego, saber nada sobre la escultura negra, ni sobre la última época del siglo XVII en Italia; pero sobre todos los períodos que estuvieron de moda antes del 1900 soy, o, mejor dicho, fui, omnisciente. Sí, lo repito, omnisciente. Pero ¿este saber me hizo más comprensivo para el arte en general? De ninguna manera. Ante una pintura de la cual puedo explicar a ustedes toda la historia conocida y aun la presumida —

la fecha en que fue pintada, el carácter del pintor, las influencias que le hicieron tal cual era— no siento nada de aquella rara exaltación y entusiasmo en que consiste, según e dicen los que la sienten, la verdadera emoción estética. No siento sino cierto interés por el asunto del cuadro; y aún más a menudo, cuando el asunto es manoseado y religioso, no siento sino una grande pesadez de espíritu. Y, sin embargo, he tenido que estar contemplando cuadros durante diez años para poder admitir honradamente que me aburrían. Desde entonces he abandonado todas mis tentativas para tomarme unas vacaciones. Sigo cultivando mi rancio

yo cotidiano con el espíritu resignado con que un escribiente de Banca realiza su tarea cotidiana desde las diez de la mañana a las seis de la tarde. ¡Vaya unas vacaciones! Lo sentiré por usted, Gombauld, si todavía se empeña en lograr unas vacaciones.

Gombauld se encogió de hombros.

—Acaso —dijo— mis aspiraciones no van tan lejos como las suyas. Pero, personalmente, la última guerra me pareció ofrecernos unas vacaciones tan completas como yo podía desearlas con respecto a todas las decencias y corduras rutinarias, a todas las emociones y preocupaciones comunes.

—Sí —Mr. Scogan asintió pensativo

—. Sí, la guerra fue ciertamente algo parecido a unas vacaciones. Fue un paso más allá del cabo del mundo; fue casi El Dorado.

CAPÍTULO XXVI

En la verde extensión del parque, más allá de los límites del jardín, había brotado una pequeña aldea de tiendas y barracas de lienzo. La muchedumbre se estrujaba por sus calles, la mayoría de los hombres vestidos de negro —con lo mejorcito de las fiestas, un mejorcito funeral— y las mujeres de claras muselinas. Aquí y allí pendía inerte la bandera tricolor. En medio de la ciudad de lienzo —escarlata, oro y cristal— el tiovivo centelleaba al sol. El hombre de los globos se paseaba por entre la muchedumbre y por encima de su

cabeza, como un enorme e invertido racimo de uvas multicolores, tendían los globos hacia el cielo. Con un movimiento de guadaña, las barcascolumpios segaban el aire, y de la chimenea de la máquina que ponía en movimiento el tiovivo salía una tenue, apenas vacilante columna de humo negro. Dionisio había trepado a la cima de una de las torres de *Sir* Ferdinando y allí, de pie sobre el techo emplomado caldeado por el sol, con los codos apoyados en el parapeto, contemplaba la escena. El órgano de vapor despedía una música prodigiosa. El choque de los platillos automáticos batía el ritmo de las estridentes melodías. Las armonías

se asemejaban a un destrozo de cristales y latón. En las profundidades del bajo, la Trompeta del Juicio soplaba enormemente, y con tal persistencia y resonancia, que su tónica y dominante alternadas se destacaban del resto de la música y formaban tonada por sí solas: una lata ruidosa y monótona.

Dionisio se inclinó sobre aquel abismo de música arremolinada. Si se tirara de cabeza por el parapeto, sin duda aquel ruido lo mantendría a flote suspendido, balanceando, como una fuente mece una pelota en el extremo de su chorro. Se le ocurrió una nueva fantasía, esta vez en forma métrica.

«Mi alma es una blanca hoja sutil
de tenso pergamino
sobre una caldera hirviente».

Malo, muy malo; pero se complacía en la idea de una cosa delgada y tensa soplada por debajo.

«Mi alma es un delgado pabellón
de gutapercha».

o mejor todavía

«Mi alma es una membrana pálida
y tenue...».

Esto estaba bien; una membrana pálida y tenue. Esto tenía la exacta

cualidad anatómica. Henchida tensamente, palpitando al soplo de la vida estrepitosa. Ya era hora que descendiera de la serenidad empírea de las palabras al vórtice de la realidad. Descendió lentamente. «Mi alma es una membrana delgada y tenue…».

En la terraza había un núcleo de visitantes distinguidos. Allí estaba el viejo Lord Moleyn, semejante a la caricatura de un milord en un periódico humorístico francés: era un hombre largo, con una larga nariz, largos y caídos bigotes y largos dientes de viejo marfil, y, más abajo, de un modo absurdo, un corto sobretodo y más abajo largas, largas piernas, enfundadas en

calzones gris perla —piernas que se doblaban inseguras por las rodillas y producían una especie de tambaleo lateral cuando andaba. Junto a él, corto y rechoncho, estaba Mr. Callamay, el venerable estadista conservador, con un rostro de busto romano y cortos cabellos blancos. Las jovencitas no gustaban mucho de viajar solas en automóvil con Mr. Callamay; y en cuanto al viejo Lord Moleyn, uno se preguntaba cómo no estaba disfrutando de un dorado destierro en la isla de Capri entre otras distinguidas personas que por uno u otro motivo se ven en la imposibilidad de vivir en Inglaterra. Estaban hablando con Ana y riendo el uno profundamente,

el otro clamorosamente.

Un globo de seda negra que remolcaba un paracaídas listado de blanco y negro, tal era la vieja Mrs. Budge, de la importante casa situada al otro lado del valle. Se levantaba muy poco del suelo y las varillas de su sombrilla blanca y negra amenazaban los ojos de Priscilla Wimbush, que se alzaba dominante sobre ella —maciza figura vestida de púrpura y rematada por una toca regia, cuyas negras plumas ondeantes evocaban los esplendores de un entierro parisiense de primera clase.

Dionisio los atisbó discretamente desde la ventana de la salita. Sus ojos se habían vuelto de pronto inocentes,

pueriles, libres de prejuicios. Toda aquella gente parecía inconcebiblemente fantástica. Y, sin embargo, existían realmente, funcionaban por sí mismos, eran conscientes y tenían almas. Y, además, eran sus semejantes. ¡Quién lo creyera! Pero la prueba del cuaderno rojo era concluyente.

Hubiera sido de buena educación ir y decirles:

«¿Cómo están ustedes?». Pero por el momento Dionisio ni tenía ganas de hablar, ni hubiera podido hablar. Su alma era una tenue membrana pálida y trémula. Quería conservar su sensibilidad cuanto le fuera posible, virgen e intacta. Prudentemente se coló

por una puerta lateral y se abrió paso hacia el parque. Su alma se agitaba a medida que iba acercándose al ruido y al movimiento de la feria. Se detuvo por un momento a la orilla, y luego dio un paso y se sumergió en la muchedumbre.

Centenares de personas, cada cual con su rostro particular y todos reales, separados, vivos: le inquietaba pensarlo. Pagó dos peniques y pudo ver la Mujer Tatuada; dos peniques más y vio la Rata Más Grande del Mundo. De la guarida de la Rata salió a tiempo para ver un globo henchido de hidrógeno que acababa de elevarse. Un muchacho ululaba contemplándolo; pero, tranquilamente, esfera perfecta de ópalo

ruboroso, el globo subía, subía. Dionisio lo siguió con los ojos hasta que se perdió en la luz deslumbradora. ¡Si pudiera al menos enviar su alma en pos de él!…

Suspiró, se puso la insignia de guía en el ojal, y comenzó a abrirse paso, sin rumbo fijo, pero en actitud oficial, a través de la, muchedumbre.

CAPÍTULO XXVII

Habían acomodado a Mr. Scogan en una casilla de lona. Vestido con una saya negra y un corpiño rojo, con un pañuelo de hierbas rojo y amarillo atado alrededor de su negra peluca, parecía —nariz puntiaguda, moreno y arrugado— la bruja gitana del Derby Day de Frith. Un cartel clavado con alfileres en la cortina de la entrada anunciaba la presencia en el interior de la tienda de «Sesostris, la Hechicera de Ecbatana». Sentado a su mesa, Mr. Scogan recibía a sus clientes en silencio, indicando con un movimiento de su índice que debían

sentarse en el lugar opuesto al suyo y extender las manos para ser inspeccionadas. Luego examinaba la palma que le era presentada, sirviéndose de un cristal de aumento y unas gafas con cerco de asta. Tenía un modo aterrador de menear la cabeza, fruncir el entrecejo y chasquear la lengua mientras iba mirando las rayas. A veces cuchicheaba como hablando para sí: «¡Terrible, terrible!». O bien: «¡Dios nos libre!», esbozando el signo de la cruz al pronunciar estas palabras. Los clientes que entraban riéndose se ponían de pronto muy serios; empezaban a tomarse en serio a la bruja. Era una mujer de aspecto formidable; ¿podía ser,

era probable que, bien mirado, hubiera algo de verdad en todo aquello? ¿Quién sabe?, pensaban cuando la hechicera meneaba la cabeza sobre sus manos, ¿quién sabe?… Y esperaban, sintiendo una molesta palpitación, que hablara el oráculo. Después de una detenida y silenciosa inspección, Mr. Scogan, de pronto, levantaba la mirada y preguntaba, con ronco cuchicheo, cosas como: «¿Ha sido usted golpeado alguna vez en la cabeza con un martillo, por un joven de cabello rojo?». Si la respuesta era negativa, que era lo más probable, Mr. Scogan movía la cabeza repetidamente y diciendo: «Ya me lo temía. Todo eso está por venir todavía,

está por venir, pero ahora no puede tardar». Otras veces, después de un detenido examen, cuchicheaba: «Donde la ignorancia es feliz, es locura el saber», y se negaba a divulgar ningún detalle de un futuro demasiado aterrador para poder ser considerado sin desesperación. Sesostris obtuvo un éxito de horror. El público formaba cola a la puerta de la barraca de la bruja, esperando cada uno el privilegio de escuchar su propia sentencia.

Dionisio, en el curso de su paseo, miró lleno de curiosidad aquella muchedumbre de suplicantes que esperaban ante la capilla del oráculo. Tenía mucho deseo de ver cómo Mr.

Scogan representaba su papel. La barraca de lienzo era una construcción desvencijada y hecha de cualquier manera. Entre sus paredes y su combado techo se abrían anchas grietas y grandes agujeros. Dionisio fue a la barraca del té y se trajo un banco de madera y una banderita con los colores nacionales. Una vez los tuvo en su mano, se volvió corriendo a la casilla de Sesostris. Colocó el banco detrás de la barraca, se subió encima de él, y con gesto de atareada competencia se puso a fijar la banderita en el extremo de una de las estacas de la construcción. Por los agujeros del lienzo pudo contemplar casi todo el interior de la tienda. La

cabeza de Mr. Scogan, cubierta con el pañuelo de hierbas, se hallaba exactamente bajo él; sus aterradores cuchicheos se oían desde allí con toda claridad. Dionisio miraba y escuchaba mientras la bruja iba profetizando pérdidas financieras, muerte por apoplejía, destrucciones por expediciones aéreas durante la guerra próxima.

—Pero ¿es que ha de venir otra guerra? —preguntó la anciana señora a quien había predicho aquel fin.

—Muy pronto —dijo Mr. Scogan, en tono de tranquila confidencia.

A la anciana señora siguió una muchacha vestida de muselina blanca

adornada con lazos de color de rosa. Llevaba un ancho sombrero, de manera que Dionisio no podía ver su rostro; pero por su figura y por la redondez de sus brazos desnudos dedujo que era joven y bonita. Mr. Scogan examinó su mano y luego cuchicheó:

—Usted es todavía virtuosa.

La joven sonrió con forzada sonrisa y exclamó:

—¡Oh, Dios Santo!

—Pero no lo será usted mucho tiempo —añadió Mr. Scogan, en tono sepulcral. La joven volvió a sonreír sin ganas—. El destino, que se interesa por las pequeñas cosas no menos que por las grandes, anuncia el hecho por su mano

de usted.

Mr. Scogan tomó su cristal de aumento y se puso a examinar de nuevo la blanca palma.

—Muy interesante —dijo, como hablando consigo mismo—. Muy interesante. Está claro como la luz del día.

Quedó silencioso.

—¿Qué es lo que está claro? —preguntó la muchacha.

—Me parece que no debo decírselo a usted.

Mr. Scogan meneó la cabeza; los pendientes de bronce que se había atornillado en las orejas retiñeron.

—¡Por favor, por favor! —imploró

ella.

La bruja pareció no haber oído esta súplica.

—Por otra parte hay algo que no está muy claro. El destino no nos dice si usted acabará por casarse y tener cuatro hijos, o si se dedicará al cinema y no tendrá ninguno. En lo único que es explícito, es en este incidente casi decisivo.

—¿Qué incidente?, ¿qué incidente? ¡Oh, dígamelo usted!

La blanca figura vestida de muselina se inclinaba ansiosa.

Mr. Scogan suspiró.

—Perfectamente —dijo—; puesto que quiere usted saberlo, lo sabrá. Pero

si le ocurre a usted algo desagradable, culpe a su curiosidad. Oiga usted bien. Oiga usted —alzó su índice puntiagudo con uña de garra—. Esto es lo que el destino ha escrito. El próximo domingo por la tarde, a las seis, estará usted sentada en el segundo portillo de la senda que conduce desde la iglesia al camino de abajo. En aquel momento aparecerá un hombre paseando por el sendero.

Mr. Scogan volvió a examinar la mano de la joven, como para recordar mejor los detalles de la escena.

—Un hombre —repitió—, un hombre pequeño, con una nariz puntiaguda, no muy guapo ni

precisamente joven, pero fascinador. —Pronunció con lentitud silbante esta última palabra—. Él le preguntará: «¿Podría usted indicarme el camino del Paraíso?», y usted le contestará: «Sí, yo se lo mostraré», y se irá usted con él hacia el bosquecillo de avellanos. Lo que no puedo leer bien es lo que sucederá después.

Hubo un silencio.

—Pero ¿eso es de veras? —preguntó la blanca figura.

La bruja se encogió de hombros.

—Yo me limito a decirle a usted lo que leo en su mano. Buenas tardes. Son seis peniques. Sí, ya tengo cambio. Gracias. Buenas tardes.

Dionisio saltó del banco; mal sujeto de través en la estaca de la tienda, el pabellón nacional colgaba blandamente en el aire quieto. «¡Si a lo menos pudiera yo hacer cosas así!», pensó mientras iba arrastrando el banco hacia la tienda del té.

Ana estaba sentada detrás de una larga mesa llenando grandes tazas blancas con un jarrón. Un pulcro montón de hojas impresas se alzaba ante ella sobre la mesa. Dionisio tomó una de aquellas hojas y la contempló con afecto. Era su poema. Habían impreso quinientos ejemplares y las hojas en cuarto resultaban muy lucidas.

—¿Ha vendido usted muchas? —

preguntó, fingiendo indiferencia.

Ana torció la cabeza con gesto de lástima.

—Me temo que no se hayan vendido más de tres. Pero doy un ejemplar gratuitamente a todos los que gastan más de un chelín en el té. De este modo, los hago circular.

Dionisio no contestó y se alejó lentamente. Miraba la ancha hoja de papel que tenía en la mano e iba saboreando con delicia sus propios versos mientras se alejaba:

«¿A este día de tiovivos y
columpios,
de juegos de pesas y anillas y tiros

al blanco,
de trenes en miniatura, de burlas y
todas esas pequeñas
francachelas, le llamáis feriado?
¡Día de fiesta! Pero las narices de
cartón
oliscaban las rosas artificiales
de las redondas mejillas venecianas
durante medio
año de carnaval, y las máscaras
podían reírse
de cosas que harían enrojecer de
vergüenza
al rostro desnudo —reír y no pensar
mal.
¿Una fiesta? Pero Galba exhibía
elefantes en un camino aéreo;

Jumbo pasaba entonces la cuerda tensa,
y en el circo los hombres armados
se apuñalaban a su gusto por deporte y morían para romper
esos necios imperativos que hacen
una prisión de cada día de trabajo,
en que cada cual debe afanarse y obedecer.
¡Cantad la fiesta! Vosotros no sabéis
cómo ser libres. La nieve rusa
floreció con viva sangre cuyas rosas desplegaron
pétalos de rojo que se marchita, se marchita,
y se extingue otra vez en la nieve,

en la virgen nieve; y los hombres
se vieron libres de todas las
antiguas cadenas
de la vieja ley, de las viejas
costumbres, y las viejas
creencias,
el viejo Bien y el viejo Mal fueron
heridos de muerte;
el aire congelado recibió su último
suspiro,
un poco de humo que se perdió en
el espacio;
y alrededor del lugar donde yacían,
la nieve floreció en rosas. Allí era
la sangre
una roja y alegre flor, única en
belleza.

¡Cantad la fiesta! Bajo el Árbol
la Nariz de Cartón y la Roja
Escarapela
de la Inocencia y la Libertad,
danzan dentro de la sombra mágica
que los embriaga y los hace alegres
y fuertes
para reír y cantar su canto de
fiesta:
“¡Libres, libres…!”. Pero el Eco
responde
débilmente a los risueños
danzantes:
“¡Libres!”. Se ríe débilmente y
todavía
por las concavidades de la montaña
débilmente se ríe y susurra:

“¡Libres!”.
con voz que desfallece y se va extinguiendo:
“¡Libres!”, y la risa se extingue…
¡Cantad la fiesta! ¡Cantad la fiesta!».

Dobló cuidadosamente la hoja y se la metió en el bolsillo. Aquello tenía su mérito. ¡Sin duda, sin duda! Pero ¡qué mal olía la muchedumbre! Encendió un cigarrillo. Era preferible el olor de las vacas. Pasó al jardín por la verja del parque. La piscina era un centro de bullicio y actividad.

«Segunda prueba para el campeonato de señoritas». Era la urbana

voz de Henry Wimbush. Una muchedumbre de figuras bruñidas como focas con vestidos de baños negros, le rodeaba. Su hongo gris, liso, redondo, inmóvil, en medio de aquel mar agitado era una isla de calma aristocrática.

Manteniendo sus lentes con cerco de concha a una pulgada o dos ante sus ojos, iba leyendo los nombres en una lista.

«*Miss* Dolly Miles, *Miss* Rebecca Balister, *Miss* Doris Gabell…».

Cinco muchachas jóvenes se alinearon junto al borde de la piscina. Desde sus asientos de honor, al otro lado de la piscina, el viejo Lord Moleyn y Mr. Callamay eran todo ojos.

Henry Wimbush alzó la mano. Hubo un silencio expectante.

—Cuando yo diga ¡Ya!, ya. ¡Ya!

Hubo un chapuzón simultáneo casi.

Dionisio se abrió paso por entre los espectadores. Sintió que le cogían por la manga; se volvió para ver quién era. Era la vieja *Mistress* Budge.

—Encantada de volverlo a ver, Mr. Stone —dijo con su voz fuerte y enronquecida.

Jadeaba un poco al hablar, como un perrillo faldero corto de aliento. *Mistress* Budge era aquella señora que, habiendo leído en el Daily Mirror que el Gobierno necesitaba huesos de melocotón —aunque ella nunca supo

para qué los necesitaba—, había hecho de la colecta de huesos de melocotón la «porcioncita» con que contribuía a la obra de la guerra. Tenía en su huerto treinta y seis melocotoneros, así como también cuatro invernáculos donde la producción de aquellos árboles podía ser forzada, de manera que prácticamente podía comer melocotones durante todo el año. En 1916 se comió 4200 melocotones y mandó los huesos al Gobierno. En 1917 las autoridades militares llamaron a filas a tres de sus hortelanos, y por esto, junto con que aquel año fue malo para los árboles frutales, sólo pudo arreglárselas para comerse 2900 melocotones durante

aquel período decisivo para los destinos nacionales. En 1918 ya le fue bastante mejor, porque entre el primero de enero y la fecha del Armisticio pudo comerse 3300 melocotones. Después del Armisticio había aflojado bastante en sus esfuerzos; y actualmente ya no se comía más de dos o tres melocotones diarios. Se quejaba de que su salud había sufrido con aquellos sacrificios; pero sentíase satisfecha, pues que se había sacrificado por la buena causa.

Dionisio respondió a su saludo con vago y cortés murmullo.

—Es tan agradable ver cómo se divierten los jóvenes —continuaba diciendo *Mistress* Budge—. Y los

viejos también, desde luego. Vea usted al viejo Lord Moleyn y el simpático Mr. Callamay. ¿No es delicioso ver cómo se están divirtiendo?

Dionisio los miró. No estaba muy seguro de que aquello fuera tan delicioso. ¿Por qué no se iban a presidir las carreras de sacos? En aquel momento los dos ancianos caballeros estaban ocupados en felicitar a una vencedora del concurso; parecía un acto de pura cortesía; porque al fin y al cabo sólo había ganado una prueba.

—Muy bonita, ¿no es cierto? —dijo *Mistress* Budge con voz ronca, y jadeó dos o tres veces.

—Sí —dijo Dionisio, asintiendo con

la cabeza—. «Dieciséis años, esbelta y núbil», dijo para sí, y alzó la frase en su memoria, teniéndola por feliz.

El viejo Mr. Callamay se había puesto las gafas para felicitar a la vencedora, y Lord Moleyn, apoyándose en su bastón, mostraba sus largos dientes de marfil, sonriendo ávidamente.

—¡Magnífica ejecución, magnífica! —Mister Callamay estaba diciendo con su voz profunda.

La vencedora se retorcía desconcertada. Estaba de pie con las manos detrás de la espalda, frotando nerviosamente un pie con otro. Su vestido de baño mojado relucía, torso de negro y pulido mármol.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —decía Lord Moleny.

Su voz parecía salir del mismo reverso de sus dientes. Era una voz dental. Hacía el efecto de un perro que de pronto se hubiera puesto a hablar. Ella volvió a sonreír. Mr. Callamay ajustó bien sus gafas.

—Cuando yo diga ¡Ya!, ya. ¡Ya!

Había empezado la tercera prueba.

—¿No sabe usted que yo nunca he aprendido a nadar? —dijo Mrs. Budge.

—¿De veras?

—Pero con todo conseguí poder flotar.

Dionisio se la imaginó flotando —arriba y abajo, abajo y arriba, en una

gran ola verde. Una negra vejiga henchida; no, aquella expresión no era feliz, nada feliz. La nueva ganadora estaba siendo objeto de felicitaciones. Era atrozmente rechoncha y regordeta. La última, larga y armoniosa, toda curvas, desde las rodillas al pecho, hubiera sido una Eva pintada por Cranach; pero esta otra, esta otra era un Rubens malo.

—… ¡Ya-ya-ya!

La voz urbana y uniforme de Henry Wimbush pronunció una vez más la fórmula. Otra hornada de muchachas se zambulló.

Algo cargado de sostener conversación con Mrs. Budge, Dionisio

se acordó muy oportunamente de que sus deberes como guía le llamaban a otra parte. Se abrió paso a empujones entre los grupos de espectadores, dirigiéndose al sendero que tras ellos quedaba libre. Estaba pensando otra vez que su alma era una pálida y tenue membrana, cuando se estremeció al oír una voz delgada y sibilante que, según parecía, hablaba precisamente sobre su misma cabeza pronunciando esta sola palabra: «¡Asqueroso!».

Dionisio dirigió hacia arriba una mirada penetrante. El sendero por donde iba pasaba al socaire de un muro de recortados tejos. Detrás del vallado, el suelo se levantaba rígidamente hacia el

pie de la terraza y del edificio; de modo que la persona que estuviera en el punto más alto del sendero, fácilmente podía mirar por encima de la obscura barrera de árboles. Mirando hacia arriba, Dionisio vio dos cabezas que sobresalían por encima de la valla, inmediatamente encima de él. Reconoció la máscara de hierro de Mr. Bodiham y el pálido, descolorido rostro de su esposa. Estaba mirando por encima de la cabeza de él y por encima de las cabezas de los espectadores, a las nadadoras de la piscina.

—¡Asqueroso! —repetía Mrs. Bodiham, en voz baja y sibilante.

El párroco alzó su máscara de hierro

hacia el sólido cobalto del cielo. «¿Hasta cuándo? —dijo, como para sí mismo—. ¿Hasta cuándo?». Volvió a bajar los ojos, cuya mirada cayó sobre el rostro, vuelto hacia arriba y lleno de curiosidad, de Dionisio. Hubo un brusco movimiento y Mr. y Mrs. Bodiham desaparecieron de pronto detrás del vallado.

Dionisio continuó su paseo. Vagabundeó, dejando atrás el tiovivo, por las calles atestadas de gente de aquel pueblecito de lona; la membrana de su alma palpitaba tumultuosamente con el ruido y las risas. En un espacio cerrado por una cuerda, estaba Mary dirigiendo los juegos de los niños. Los

pequeñines bullían alrededor de ella, produciendo un clamor agudo y sonoro; otros se apiñaban contra las faldas y los pantalones de sus padres. El rostro de Mary brillaba con el calor; haciendo un inmenso derroche de energía, comenzó una corrida con tres pies. Dionisio la contemplaba lleno de admiración.

—Es usted admirable —dijo, avanzando detrás de ella y tocándola en el brazo—. Jamás había visto tan hermosa energía.

Ella volvió hacia él una cara redonda, colorada y sincera como el Sol Poniente; la campana de oro de sus cabellos oscilaba silenciosamente cuando ella movía la cabeza o se

estremecía para detenerse.

—Sabe usted, Dionisio —dijo con voz baja y seria, jadeando un poquito al hablar—, ¿sabe usted que hay aquí una mujer que ha tenido tres hijos en treinta y un meses?

—¿De veras? —dijo Dionisio, haciendo rápidos cálculos mentales.

—Es espantoso. Yo le he hablado de la Liga Malthusiana. La verdad es que se debería…

Pero una súbita y violenta reanudación del metálico vocerío anunció que alguno había ganado la carrera. Mary volvió a ser el centro de un peligroso remolino. Ya era hora, pensó Dionisio, de marcharse; si se

hubiera quedado allí le hubieran encargado de hacer algo.

Regresó al pueblecito de lona. La idea del té se tornaba insistente en su pensamiento. Té, té, té. Pero la tienda del té estaba horriblemente atestada. Ana, con insólita expresión, ceñuda en su rostro acalorado, manejaba furiosamente el asa del jarrón; el moreno líquido brotaba sin cesar en las tazas que se presentaban. Imponente, en el rincón más apartado de la tienda, Priscilla, con su regia toca, se dedicaba a ir animando a los aldeanos. En un momento de calma, Dionisio pudo oír su risa profunda y jovial y su voz masculina. Se hizo perfecto cargo de que

allí no había sitio para uno que quisiera tomar té. Se mantuvo irresoluto a la entrada de la tienda. De pronto se le ocurrió una bonita idea: volverse a la casa a escondidas, dirigirse de puntillas, sin que nadie le viera, al comedor y, una vez allí, procurando no hacer ruido, abrir las puertecillas del aparador, ¡y entonces! Al fresco abrigo del mueble hallaría botellas y sifón; una botella de ginebra cristalina y un litro de agua carbónica, y, en seguida, venga la copa que embriaga y regocija…

Un minuto más tarde ya estaba atravesando a toda prisa el sombroso paseo de tejos. El interior de la casa estaba deliciosamente tranquilo y fresco.

Con su vaso bien lleno, se fue a la biblioteca. Allí lo puso en un ángulo de la mesa, se sentó ante él, después de haber tomado un volumen de Sainte-Beuve. Le pareció que no había nada como una Causerie du Lundi para sedar y apaciguar el turbado espíritu. Su tenue membrana se había visto harto rudamente maltratada por las emociones de aquella tarde; y necesitaba reposo.

CAPÍTULO XXVIII

Hacia la caída de la tarde, la feria se fue apaciguando. Era el momento de empezar el baile. A un lado de aquella aldea de barracas se había limitado un espacio por medio de cuerdas. En derredor, unas cuantas lámparas de acetileno, colgadas de los postes, despedían luz blanca y penetrante. En un rincón estaba la orquesta, y, obedeciendo a sus rascaduras y soplidos, doscientos o trescientos danzantes patullaban por aquel suelo seco, llevándose la hierba en sus zapatones. Alrededor de aquella mancha

de luz, que nada tenía que ver con la del día, pero que se animaba con el movimiento y el ruido, la noche parecía preternaturalmente obscura. Fajas de luz penetraban en ella, y, de vez en cuando, una solitaria figura o una pareja de enamorados, entrelazándose, cruzaban por aquella brillante saeta resplandeciendo por un momento en la existencia visible, para desaparecer otra vez, de un modo tan rápido y sorprendente como habían aparecido.

Dionisio se quedó de pie a la entrada del recinto contemplando aquella muchedumbre ondulante y revuelta. El lento remolino hacía pasar una vez y otra las figuras ante él, como

si las estuviera revistando. Allí estaba Priscilla, llevando todavía su regia toca y animando todavía a los aldeanos —esta vez danzando con uno de los granjeros. Allí estaba Lord Moleyn, que se había quedado para tomar parte en la desorganizada y pascual comida que substituía la cena en aquel día de fiesta; danzaba bamboleándose el *one-step*, con las dobladas rodillas más vacilantes que nunca, llevando de pareja una aterrorizada beldad pueblerina. Mr. Scogan trotaba en redondo con otra. Mary estaba sujeta al brazo de un joven labrador de proporciones heroicas; llevaba la cabeza levantada hacia él y le hablaba, según pudo notar Dionisio, con

mucha seriedad. ¿De qué le estaría hablando?, se preguntaba. Acaso de la Liga Malthusiana. Sentada en el rincón de la orquesta, entre los músicos, Jenny estaba realizando maravillas de virtuosismo con los timbales. Le brillaban los ojos y sonreía para sí misma. Toda una vida subterránea se expresaba en aquel ruidoso rataplán con sus persistentes redobles y aquellos floreos de palillos. Mientras la miraba, Dionisio iba recordando apesarado el cuaderno rojo; se preguntaba qué facha tendría él en aquel momento. Pero el ver pasar deslizándose a Ana y Gombauld —Ana con los ojos casi cerrados, como si estuviera durmiendo, sostenida por

las alas del movimiento y de la música — le desvaneció aquellas preocupaciones. Los creó macho y hembra… Allí estaban Ana y Gombauld con cien parejas más —todos saltando armoniosamente juntos al son de la vieja tonada de Los creó macho y hembra. Pero Dionisio estaba aparte; él era el único a quien faltaba el opuesto complementario. Todos estaban emparejados menos él; todos menos él…

Sintió que le tocaban en la espalda y se volvió. Era Henry Wimbush.

—No le he enseñado a usted nunca nuestras tuberías de roble —dijo—. Algunas de las que hemos desenterrado

se hallan muy cerca de aquí. ¿Le agradaría venir a verlas?

Dionisio dio media vuelta y ambos se internaron en la oscuridad. La música se iba apagando detrás de ellos. Algunas de las notas más altas ya casi se desvanecían. Los redobles de Jenny y la pesada insistencia del bajo seguían resonando en sus oíos, ya sin tono ni significación. Henry Wimbush se detuvo.

—Ahí están —dijo, y, sacando de su bolsillo una lamparilla eléctrica, proyectó un débil rayo de luz sobre dos o tres ennegrecidas secciones de troncos de árbol vaciadas a modo de tubos y que yacían abandonadas en una pequeña depresión del terreno.

—Muy interesante —dijo Dionisio, con entusiasmo bastante tibio.

Se sentaron en la hierba. Un tenue y blanco resplandor que se elevaba por detrás de una masa de árboles, indicaba la posición del baile. La música ya no parecía sino una apagada pulsación rítmica.

—Me quedaré muy descansado —dijo Henry Wimbush— cuando por fin se haya terminado esa fiesta.

—Ya lo creo.

—No sé por qué será —continuó Mr. Wimbush—, pero el espectáculo de una muchedumbre de mis semejantes en estado de agitación me produce más bien fatiga que alegría y animación. La

verdad es que no me interesan mucho. No son de los míos. ¿Usted me comprende? Nunca he podido sentir interés alguno, vamos al decir, por una colección de sellos. Por los pintores primitivos o por los libros del siglo diecisiete, sí. Esas son cosas para mí. Pero no los sellos. No entiendo nada en tal materia; no son para mí. No me interesan, no me causan ninguna emoción. Pues mucho me temo que me esté pasando lo mismo con la gente. Me siento más en mi elemento junto a estas tuberías.

Indicó con un gesto brusco de la cabeza aquellos troncos horadados.

—Lo peor de la gente y de los

acontecimientos actuales es que no los puede usted conocer nunca de veras. ¿Qué sé yo de política contemporánea? Nada. ¿Qué sé yo de la gente que me rodea? Nada. Lo que piensan de mí ni de cosa alguna del mundo, lo que son capaces de hacer dentro de cinco minutos, son cosas que no puedo adivinar. ¿Sé yo si de pronto no saltará usted sobre mí para asesinarme?

—¡Vamos, vamos! —dijo Dionisio.

—¡Pero si es verdad! —continuó Mr. Wimbush—. Lo poco que yo conozco del pasado de usted es sin duda tranquilizador. Pero no sé nada de su presente y ni usted ni yo sabemos nada de nuestro futuro. Es horroroso; con la

gente que está viviendo nos encontramos ante cantidades desconocidas e incognoscibles. Lo único que podemos esperar es saber algo de ello por medio de una larga serie de los contactos humanos más desagradables y aburridos y que suponen una terrible pérdida de tiempo. Lo mismo ocurre con los acontecimientos en curso. ¿Cómo puedo saber algo sobre ellos sino dedicando años enteros al más agotador estudio de primera mano, el cual requiere a su vez un número infinito de los contactos más desagradables? No; deme usted el pasado. Ese no cambia; ahí lo tenemos entero, en blanco y negro, y puede usted dedicarse a conocerlo cómoda y

decorosamente, y sobre todo privadamente, por medio de la lectura. Por la lectura yo sé muchas cosas sobre César Borgia, sobre san Francisco o sobre el doctor Johnson; unas pocas semanas han bastado para familiarizarme completamente con esos interesantes caracteres y me han evitado el enojoso y repugnante procedimiento de tener que conocerlos por contacto personal, a lo que me hubiera visto obligado si vivieran todavía. ¡Qué alegre y deliciosa resultaría la vida si pudiéramos deshacernos de todo contacto humano! Quizá el día de mañana, cuando las máquinas hayan alcanzado un estado de perfección —

porque yo confieso que soy, como Godwin y Shelley, un creyente en la perfectibilidad, la perfectibilidad de la maquinaria—, acaso entonces será posible, a los que como yo lo deseen, vivir en decorosa reclusión, rodeados de las atenciones delicadas de máquinas calladas y graciosas y completamente libres de toda intrusión humana. Es una esperanza muy hermosa.

—Hermosa —asintió Dionisio—. Pero ¿y los contactos humanos deseables, como el amor y la amistad?

La negra silueta que se destacaba sobre las tinieblas meneó la cabeza.

—Hasta los placeres de estos contactos son considerados con harta

exageración —dijo la voz urbana y uniforme—. Me parece muy dudoso que puedan igualarse a los placeres de la lectura privada y de la contemplación. Los contactos humanos han sido tan altamente preciados en otros tiempos sólo porque la lectura no era patrimonio de todos y porque los libros eran raros y difíciles de reproducir. El mundo, no lo olvide usted, no hace ahora sino empezar a ser literato. A medida que la lectura se haga más habitual y se difunda más, un número cada vez mayor de personas descubrirá que los libros pueden procurarle todos los placeres de la vida social sin ninguno de los intolerables aburrimientos a que nos

expone. Por ahora, la gente que busca el placer tiende naturalmente a congregarse en grandes rebaños y a producir ruido; en lo futuro, su natural tendencia consistirá en buscar la soledad y la quietud. La ocupación propia de la Humanidad son los libros.

—Yo también lo he pensado algunas veces —dijo Dionisio; y al mismo tiempo se preguntaba si Ana y Gombauld estarían todavía danzando juntos.

—Y en lugar de todo eso —dijo Mr. Wimbush dando un suspiro—, ahora tengo que ir a ver si todo anda bien en el salón de baile.

Se levantó y se dirigió lentamente

hacia el blanco resplandor.

—Si toda esa gente hubiera muerto —continuó Henry Wimbush—, esta festividad resultaría en extremo agradable. Nada más gustoso que leer en un libro bien escrito un baile al aire libre celebrado cien años atrás. «¡Qué encanto!», nos diríamos: «¡Qué lindo y divertido!». Pero cuando el baile se celebra hoy, cuando nos encontramos enredados en él, entonces lo vemos en «su propia luz».

Y movió la mano en dirección a los fulgores del acetileno.

—En mi juventud —continuó, después de una pausa—, me encontré, del modo más fortuito, complicado en

una serie de intrigas amorosas en extremo fantásticas. Un novelista hubiera podido hacer fortuna escribiéndolas, y aun si yo le contara a usted, en mi desabrido estilo, los detalles de aquellas aventuras, se quedaría usted pasmado de tan romántica narración. Pero yo le aseguro que mientras me estaban sucediendo tales románticas aventuras, no me parecían ni más ni menos interesantes que cualquier incidente de la vida ordinaria. Trepar de noche por una escala de cuerda hasta una ventana de un segundo piso en una antigua casa de Toledo, me parecía mientras yo estaba realizando aquella hazaña peligrosa una

acción tan natural, tan dada de barato, tan —¿cómo decirlo?—, tan cotidiana, como tomar en Surbiton el tren de las 8:52 para dirigirse uno a sus negocios un lunes por la mañana. Las aventuras y las novelerías sólo adquieren sus cualidades aventureras y románticas, de segunda mano. Vívalas usted y le resultarán una tajada de vida como otra cualquiera. En literatura se vuelven tan encantadoras como se volvería ese lúgubre baile si ahora estuviéramos celebrando su tricentenario.

Habían llegado a la entrada del recinto, y allí se detuvieron, guiñando los ojos ante la luz deslumbradora.

—¡Qué lástima que no lo estemos

celebrando! —añadió Henry Wimbush.

Ana y Gombauld todavía estaban danzando juntos.

CAPÍTULO XXIX

Eran más de las diez. Los danzantes se habían ya dispersado y las últimas luces habían sido apagadas. Mañana, derribadas las barracas, el desmantelado tiovivo sería embalado y en vagones llevado a otro sitio. Una extensión de hierba raída, una mancha obscura y sórdida en pleno verdor del parque, sería todo lo que restaría de la fiesta. La Feria de Crome había terminado.

A orillas de la piscina quedaban todavía dos personas.

—¡No, no, no! —estaba diciendo

Ana, con un cuchicheo anhelante, echándose hacia atrás y volviendo la cabeza a un lado y a otro en su esfuerzo para escapar de los besos de Gombauld —. ¡No, por favor! ¡No! —Su voz, más firme, se había hecho imperativa.

Gombauld aflojó un poco su abrazo.

—¿Por qué no? —dijo—. Lo quiero.

Con súbito esfuerzo, Ana se libertó.

—Eso no está bien —replicó, indignada—. Ha intentado usted aprovecharse de la más desleal ventaja sobre mí.

—¿Ventaja desleal? —repitió Gombauld, con sincera sorpresa.

—Sí. Ventaja desleal. Usted me ha atacado después de haber estado

danzando durante dos horas, y cuando me sentía completamente embriagada por la agitación, con la cabeza perdida, ¡cuando no me quedaba ya sino un cuerpo rítmico! Es lo mismo que intentar la realización de propósitos amorosos con una persona a quien se ha dado un narcótico o un veneno.

Gombauld se reía de rabia.

—Sólo falta que me llame usted tratante en blancas.

—Felizmente —dijo Ana—, me encuentro ahora completamente serena, y si usted intentara besarme otra vez, le aplastaría las orejas. ¿Vamos a dar unas vueltas en torno al estanque? —añadió—. La noche está deliciosa.

Por toda respuesta, Gombauld produjo un murmullo de irritación. Fueron paseando lentamente, el uno junto al otro.

—Lo que más me gusta en la pintura de Degas… —empezó a decir Ana, en su tono más indiferente y coloquial.

—¡Que se vaya al diablo Degas! —dijo Gombauld, casi gritando.

Desde el sitio donde se encontraba, apoyado en actitud de desesperación contra el parapeto de la terraza, Dionisio había visto las dos pálidas figuras en un claro de luz lunar, allá lejos, junto al borde de la piscina. Había presenciado el comienzo de lo que prometía ser un interminable abrazo de

pasión, y al ver aquello había huido. Era demasiado; no podía soportarlo. Un momento más, bien lo comprendió, y no hubiera podido reprimir el llanto.

Se precipitó violentamente dentro de la casa, y casi chocó con Mr. Scogan, que estaba paseándose arriba y abajo fumando una última pipa.

—¿Qué es eso? —dijo Mr. Scogan, cogiéndole por el brazo.

Deslumbrado y apenas consciente de lo que estaba haciendo y del sitio donde se hallaba, Dionisio estuvo parado un momento como un sonámbulo.

—¿Qué sucede? —continuó Mr. Scogan—. Está usted turbado, afligido, agobiado.

Dionisio movió la cabeza sin contestar.

—Atormentado por lo que es el mundo, ¿eh?

Mr. Scogan le dio una palmada en el brazo.

—Ya conozco esa sensación —dijo —. Es un síntoma muy angustioso. ¿Cuál es el fin de todo esto? Todo es vanidad. ¿Para qué sirve continuar viviendo, si estamos condenados a que al fin y al cabo nos apaguen de un soplo como a todo lo demás? Sí, sí. Conozco exactamente lo que le pasa a usted. Y resulta mucho más angustioso si nos dejamos angustiar. Pero, bien mirado, ¿por qué tenemos que angustiarnos?

Harto sabemos ya que todo esto no tiene fin ni objeto. Pero ¿qué más da?

Al llegar a este punto el sonámbulo despertó súbitamente.

—¿Cómo? —dijo, parpadeando y frunciendo el ceño—. ¿Cómo? —Y luego, escapándose, echó escalera arriba subiendo los peldaños de dos en dos.

Mr. Scogan corrió al pie de la escalera gritándole:

—¿Qué más da? ¿Qué más da? Al cabo y al fin la vida es alegre siempre, suceda lo que suceda. Suceda lo que suceda —añadió, elevando la voz hasta gritar.

Pero Dionisio estaba ya lejos de su

alcance, y aunque no lo hubiera estado, aquella noche su espíritu era impermeable para todos los consuelos de la filosofía. Mr. Scogan volvió a ponerse la pipa entre los dientes y reanudó su meditativo paseo.

—Suceda lo que suceda —se repitió.

¿Era incorrecto insistir? Pero ¿era aquello verdad? ¿La vida es realmente su propia recompensa?, se preguntaba. Y cuando su pipa hubo ardido hasta su hediondo término, Mr. Scogan se tomó un trago de ginebra y se fue a la cama. Al cabo de diez minutos se quedó profundamente, inocentemente dormido.

Dionisio se había desnudado

maquinalmente y cubierto de aquel piyama de seda floreado de que estaba tan orgulloso, permanecía echado boca abajo en la cama. Pasó el tiempo. Cuando, por fin, levantó la cabeza, la bujía que había dejado encendida junto a la cabecera se había consumido casi hasta el cabo. Miró el reloj; eran cerca de la una y media. Le dolía la cabeza, sentía como si sus ojos secos e insomnes hubieran sido magullados por dentro, mientras la sangre latía en sus oídos con el golpeteo de un tambor arterial. Se levantó, abrió la puerta, atravesó de puntillas el pasadizo y empezó a subir las escaleras de los pisos superiores. Al llegar al alojamiento de los sirvientes

vaciló; luego, doblando a la derecha, abrió una puertecilla situada al extremo del corredor. Allí había un cuarto obscuro como boca de lobo, reducido como un armario, cálido, sofocante, oliendo a polvo y a cuero viejo. Avanzó cautelosamente por las tinieblas, a tientas. De aquella caverna partía la escalerilla que subía a la plataforma de la torre occidental dio con la escalerilla y puso los pies en sus barrotes; silenciosamente levantó luego la trapa que estaba sobre su cabeza; se halló bajo el cielo iluminado por la Luna y respiró el aire fresco y ligero de la noche. Al cabo de un instante se vio de pie sobre la plataforma, escudriñando el

confuso y descolorido paisaje, y mirando perpendicularmente abajo, a la terraza que se hallaba a setenta pies de profundidad.

¿Por qué había subido a aquel lugar tan alto y desolado? ¿Para mirar la Luna? ¿Para suicidarse? Por el momento, no lo sabía. La muerte —los ojos se le llenaron de lágrimas al pensarlo—. Su dolor adquiría cierta solemnidad; se sentía arrebatado por una especie de exaltación. Se hallaba en un estado en que era capaz de todo, hasta de cometer tina locura. Avanzó hacia el parapeto exterior; allí el abismo se abría recto, sin interrupción. Un buen salto y sin duda se podía pasar por encima de la

estrecha terraza yendo todavía treinta pies más allá, a estrellarse contra el suelo caldeado por el Sol. Se detuvo en el ángulo de la torre, mirando ora hacia abajo, en el tenebroso abismo, ora hacia arriba, a las escasas estrellas y la Luna menguante. Hizo un gesto con la mano, musitó algo que más tarde no pudo recordar; pero lo cierto fue que había dado a sus palabras un tono fuerte y una expresión particularmente siniestra. Luego miró otra vez a lo profundo.

—¿Qué está usted haciendo ahí, Dionisio? —preguntó una voz, muy cerca de su espalda.

Dionisio dio un grito de espantada sorpresa y estuvo a punto de saltar de

veras por encima del parapeto. El corazón le palpitaba terriblemente y estaba pálido cuando, recobrándose, giró en redondo en dirección a la voz que había oído.

—¿Está usted enfermo?

En la sombra profunda que dormía sobre el parapeto oriental de la torre, vio algo que no había advertido antes —una forma oblonga. Era un colchón en donde estaba echada una persona. Desde aquella primera y memorable noche de la torre, Mary había dormido siempre al aire libre; era una especie de manifestación de fidelidad.

—Me ha dado un susto —siguió diciendo Mary— al despertarme y verle

a usted agitando los brazos y mascullando palabras por ahí. Pero ¿qué diablos está usted haciendo?

Dionisio se echó a reír melodramáticamente.

—¡Eso es lo que yo me pregunto! —dijo.

Si ella no se hubiera despertado, ya estaría él hecho pedazos al pie de la torre; a lo menos así lo creía entonces.

—¿No lleva usted ninguna mala intención para conmigo, supongo? —inquirió Mary, precipitándose demasiado a las conclusiones.

—¡Pero si yo no sabía que estuviera usted ahí! —dijo Dionisio, riéndose más amarga y artificialmente que antes.

—Pero ¿qué le sucede, Dionisio?

Él se sentó al borde del colchón y continuó riéndose con la misma risa siniestra y extraña.

Una hora más tarde estaba reposando su cabeza en las rodillas de Mary, mientras ella, con afectuosa solicitud completamente maternal, iba enredando sus dedos en la enmarañada cabellera de él. Dionisio se lo había contado todo, todo… Su amor sin esperanza, sus celos, su dolor, su suicidio —que ella, providencialmente, había evitado. Le había prometido solemnemente no pensar nunca más en su propia destrucción. Y ahora su alma flotaba en una triste serenidad. Sentíase

embalsamado por la simpatía que Mary derramaba sobre él tan generosamente. No era únicamente por recibir simpatía por lo que Dionisio había cobrado serenidad y hasta algo así como felicidad; él también había podido comunicarlas. Porque si él había contado a Mary todos sus pesares, Mary, reaccionando ante aquellas confidencias, le había correspondido contándole todo, o casi todo, lo que le había pasado a ella.

¡Pobre Mary! ¡Cuánto lo sentía por ella! Pero también podía haber adivinado que Ivor no era precisamente un monumento de constancia.

—Y bien —concluyó ella—, a mal

tiempo buena cara.

Tenía ganas de llorar, pero no quería permitirse aparecer débil. Hubo un silencio.

—¿Cree usted —preguntó Dionisio, vacilando—, cree usted, realmente, que ella… y Gombauld…?

—Estoy segura de ello —respondió Mary, decidida.

Hubo otra larga pausa.

—Yo no sé qué hacer —dijo, por fin, completamente abatido.

—Lo mejor que puede usted hacer es marcharse —le aconsejó Mary—. Es lo más seguro y más razonable.

—Pero yo había dispuesto permanecer aquí tres semanas más.

—Puede usted tramar una excusa.

—Me parece que tiene usted razón.

—Estoy segura de tenerla —dijo Mary, que iba recobrando todo el firme dominio de sí misma—. No puede usted continuar de esta manera. ¿No le parece?

—No, no puedo continuar de esta manera —repitió él.

Inmensamente práctica, Mary inventó un plan de acción. Espantoso, en la obscuridad, el reloj de la iglesia dio las tres.

—Tiene usted que irse a la cama en seguida —dijo ella—. No creí que fuera tan tarde.

Dionisio bajó a tientas la escalera,

pisando con precaución los peldaños que crujían. Su habitación estaba a obscuras; la bujía hacía ya mucho rato que se había extinguido. Se metió en la cama y se quedó dormido casi instantáneamente.

CAPÍTULO XXX

Dionisio había sido despertado, pero a pesar de las cortinas separadas había caído de nuevo en aquel estado de modorra y sopor en que el sueño se torna un placer sensual saboreado casi conscientemente. Hubiera querido permanecer en esta situación durante una hora más, si no se lo hubiera estorbado un golpeteo en la puerta.

—Adelante —refunfuñó, sin abrir los ojos.

Se oyó el ruido de una aldaba, una mano lo cogió por los hombros y lo sacudió rudamente.

—¡Levántese usted, levántese usted!

Sus párpados pestañeaban aparte penosamente, y vio a Mary de pie ante él, con el rostro animado y serio.

—¡Levántese usted! —repetía—. Debe usted levantarse para enviar el telegrama. ¿Ya no se acuerda usted?

—¡Oh, Dios!

Retiró las ropas de la cama. Su verdugo se marchó.

Dionisio se vistió tan pronto como pudo y corrió por la carretera hasta la oficina de Correos del pueblo. Cuando volvió, la satisfacción brillaba dentro de él. Había mandado un extenso telegrama, que en pocas horas provocaría una respuesta en la que se había de ordenar

que volviera en seguida a la ciudad, para un asunto urgente. Aquello representaba un acto ejecutado, la realización de un paso decisivo —para él que tan raramente daba pasos decisivos—; estaba satisfecho de sí mismo. Se presentó al almuerzo con el apetito aguzado.

—Buenos días —dijo Mr. Scogan—. Espero que estará usted mejor.

—¿Mejor?

—Anoche estaba usted bastante preocupado sobre el enigma del Universo.

Dionisio intentó rechazar la acusación, echándose a reír.

—¿De veras? —preguntó

alegremente.

—Quisiera yo —dijo Mr. Scogan— que todas mis preocupaciones fueran como ésa. Sería hombre feliz.

—Sólo se es feliz, entregándose a la acción —enunció Dionisio, pensando en su telegrama.

Miró por la ventana. Grandes nubes de un barroco florido flotaban muy altas, en el cielo azul. Un vientecillo se revolvía entre los árboles, cuyas sacudidas hojas rutilaban, chispeaban como metal puesto al sol. Todo parecía maravillosamente bello. Al pensar que pronto tendría que dejar toda aquella belleza, sintió momentánea angustia; pero se consoló al recordar con qué

decisión había obrado.

—La acción —repitió en voz alta.

Fue al aparador y se sirvió una agradable mixtura de tocino y pescado.

Terminado el almuerzo, Dionisio volvió a salir a la terraza y, sentándose, levantó el enorme baluarte del Times contra los posibles asaltos de Mister Scogan, quien mostraba un deseo insaciable de continuar su conversación sobre el Universo. Sintiéndose seguro tras el crujiente papel, se puso a meditar. A la luz de aquella brillante mañana, las emociones de la última noche le parecían cosa bastante lejana. Pero ¿qué tenía que ver que los hubiera visto abrazarse a la luz de la Luna?

Quizás aquello, bien mirado, no tuviera mucha importancia. Y aunque la tuviera, ¿por qué no había de quedarse? Se sentía bastante fuerte para quedarse, bastante fuerte para mantenerse apartado, desinteresado, como un buen amigo y nada más. Y aunque no se hubiera sentido lo bastante fuerte…

—¿A qué hora le parece que llegará el telegrama? —preguntó de pronto Mary, apareciéndosele por encima del periódico.

Dionisio se sobresaltó como un culpable cogido *in fraganti*.

—Eso sí que no lo sé —dijo.

—Yo se lo preguntaba —dijo Mary — porque hay un tren muy bueno a las

3:27 y sería muy agradable que usted lo pudiera tomar. ¿No le parece?

—Excesivamente agradable —asintió débilmente.

Le pareció que estaba haciendo los preparativos de su propio entierro. «El tren sale de Waterloo a las 3:27. No se admiten flores ni coronas…». Mary se había marchado. No, que lo asparan si se dejaba facturar de aquel modo para la Necrópolis.

¡Ya lo habían aspado!

Al ver a Mr. Scogan mirando por la ventana del salón con ávidos ojos, izó de nuevo el Times. Lo mantuvo izado un buen espacio. Al bajarlo, por fin, para dar una cautelosa mirada en derredor, se

halló ¡con qué sorpresa!, frente a frente con la fina, frívola, maliciosa sonrisa de Ana. Estaba de pie ante él —la mujer que ere un árbol— con la cimbreante gracia de su movimiento, parada en una actitud que parecía también un movimiento.

—¿Hace mucho rato que está usted ahí? —preguntó, cuando la hubo mirado con la boca abierta.

—¡Oh!, casi una media hora, me parece —dijo ella, en tono ligero—. Estaba usted tan hundido en su periódico —¡hasta más arriba de las orejas!— que no quería molestarle.

—Está usted encantadora esta mañana —exclamó Dionisio.

Era la primera vez que se atrevía a expresar una observación personal de aquel género.

Ana levantó la mano como para defenderse de un golpe.

—No me abrume usted, por favor.

Se sentó en el banco junto a él. Pensó que era un buen muchacho, ciertamente encantador; en cambio, las violentas insistencias de Gombauld ya se iban haciendo cargantes.

—¿Por qué no se ha puesto usted los pantalones blancos? —le preguntó—. ¡Me gusta usted tanto con aquellos pantalones!

—Están lavándolos —respondió Dionisio, algo brusco.

Aquello de los pantalones blancos iba a estropearle un plan. Precisamente estaba preparando un medio para llevar la conversación al buen camino, cuando Mr. Scogan salió como una flecha de la casa, cruzó la terraza con mecánica rapidez e hizo alto frente al banco en que estaban sentados.

—Para continuar nuestra interesante conversación sobre el Universo —empezó— le diré que estoy cada vez más convencido de que las diversas partes de este todo son fundamentalmente discretas… Pero ¿quisiera usted hacerme el favor? —Se introdujo entre ellos para sentarse en el banco—. Y si usted, mi querida Ana, me

hiciera el favor de apartarse otro poquitín hacia la izquierda… Muchas gracias. Estaba diciendo «discretas», ¿no es eso?

—Eso es —dijo Ana. Dionisio se había quedado sin habla.

Estaban tomando el café después del almuerzo, en la biblioteca, cuando llegó el telegrama. Dionisio se ruborizó como un delincuente sorprendido, al tomar el pliego color naranja de la bandeja y rasgarlo para ver lo que decía: «Vuelva en seguida. Asunto familia urgente». Era demasiado ridículo. ¡Como si él tuviera asuntos de familia! ¿No sería mejor hacer una pelota con aquel papel y metérselo en el bolsillo sin decir nada?

Levantó la mirada; los grandes ojos de porcelana de Mary le miraban fijos, serios, penetrantes. Se ruborizó más intensamente que antes y vaciló con horrible incertidumbre.

—¿Qué dice su telegrama? —preguntó Ana significativamente.

Él perdió la cabeza.

—Mucho me temo —balbució—, mucho me temo que esto signifique tener que marcharme en seguida a la ciudad.

Miró el telegrama con ceño feroz.

—¡Pero eso es absurdo, imposible! —exclamó Ana.

Estaba de pie junto a la ventana, hablando con Gombauld; pero al oír las palabras de Dionisio se fue con paso

ondulante hacia él.

—Es cosa urgente —repitió con desesperación.

—¡Pero ha estado usted aquí tan poco tiempo! —protestó Ana.

—Harto lo sé —dijo, sintiéndose completamente desdichado.

¡Oh! ¡Si al menos ella pudiera comprenderle! Dicen que las mujeres tienen mucha intuición.

—Si tiene que marcharse, que se marche —dijo Mary con energía.

—Sí, tengo que marcharme.

Miró otra vez el telegrama, para inspirarse.

—¿Lo ven ustedes? Asuntos urgentes de familia —explicó.

Priscilla se levantó de su silla, muy nerviosa.

—La noche pasada he tenido un presentimiento muy claro de esto —dijo —. Un presentimiento muy claro.

—Pura coincidencia, sin duda —dijo Mary, apartando a Mrs. Wimbush de la conversación—. A las 3:27 hay un tren muy bueno. —Miró el reloj de la chimenea—. Le queda a usted bastante tiempo para hacer su equipaje.

—Voy a encargar el auto en seguida. —Henry Wimbush tocó el timbre.

El entierro se estaba preparando. ¡Era espantoso, espantoso!

—Siento muchísimo que tenga usted que marcharse —dijo Ana.

Dionisio se volvió hacia ella; parecía sentirlo muy de veras. Se abandonó a su destino, sin esperanza, fatalmente. Eso era lo que resultaba de la acción, de hacer algo decisivo. Mejor hubiera sido abandonarse al curso de los acontecimientos. Mejor hubiera sido…

—Yo echaré mucho de menos su conversación —dijo Mr. Scogan.

Mary volvió a mirar el reloj.

—Creo que debe usted ir a preparar su equipaje —dijo.

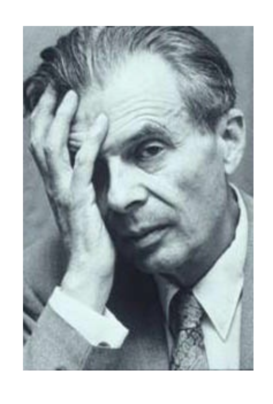
Obediente, Dionisio salió de la habitación. «Nunca más», se decía, «nunca más haría nada decisivo». Camley, West Bowlby, Knipswich para Timpany, Spavin, Delawarr; y luego

todas las demás estaciones; y luego, finalmente, Londres. La idea del viaje le aterraba. Y ¿qué diablos haría él en Londres cuando estuviera allí? Subió la escalera con paso cansado. Ya había llegado el momento de tenderse en su ataúd.

El auto estaba a la puerta —el coche fúnebre—. Toda la compañía se había reunido para verle partir. ¡Adiós! ¡Adiós! Maquinalmente golpeó el barómetro colgado en el soportal; la aguja se movió perceptiblemente hacia la izquierda. Una súbita sonrisa iluminó su lúgubre rostro.

«El barco se hunde y yo estoy dispuesto a partir», dijo citando a

Landor con exquisita oportunidad. Dio una rápida mirada a cada uno de los rostros. Nadie lo había notado. Subió al coche fúnebre.



ALDOUS LEONARD HUXLEY (26 de julio de 1894, en Godalming, Surrey, Inglaterra – 22 de noviembre de 1963, en Los Ángeles, California, Estados Unidos), fue un escritor anarquista británico que emigró a los Estados Unidos. Miembro de una reconocida familia de intelectuales, Huxley es

conocido por sus novelas y ensayos, pero publicó relatos cortos, poesías, libros de viaje y guiones. Mediante sus novelas y ensayos, Huxley ejerció como crítico de los roles sociales, las normas y los ideales. Se interesó, asimismo, por los temas espirituales, como la parapsicología y el misticismo, acerca de las cuales escribió varios libros. Al final de su vida estuvo considerado como un líder del pensamiento moderno.

Notas

[1] No debe olvidar el lector que aquí se trata de una parodia de sermón rural protestante, en que Huxley reúne satíricamente una serie de lugares comunes propios del género. <<

[2] Judío, en sentido despectivo. (N. del T.) <<

[3] Antiflatulento. (N. del T.) <<